
HARLEQUIN
Jazmín
La niñera y el ejecutivo
REBECCA WINTERS

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

LA NIÑERA Y EL EJECUTIVO, N.º 2392 - abril 2011
Título original: The Nanny and the CEO
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2011

I.S.B.N.: 978-84-9000-282-7
Editor responsable: Luis Pugni

E-pub x Publidisa

Inhalt

CAPÍTULO 1

–¿SEÑORITA Chamberlain? Usted es la siguiente. Segunda puerta a la izquierda.

–Gracias.

Reese se levantó de la silla y pasó delante de la mujer de la recepción para llegar al pasillo. A las diez de la mañana, la Agencia de Empleo de la Calle 59 East en el lado este de Nueva York ya estaba atestada de gente que necesitaba un trabajo. Había indagado y descubierto que se trataba de una de las agencias de más renombre de la ciudad.

No tenía idea de lo que alguien se ponía para hacer una entrevista para ser niñera. Al final había optado por una blusa amarilla de manga corta con una falda a juego, atuendo parecido al que había usado para la entrevista inicial del miércoles. Era la primera llamada que recibía en tres días. Como no la contrataran, al día siguiente no le quedaría más remedio que regresar a casa, en Nebraska, lo último que deseaba hacer.

Su padre era dueño de un almacén de madera y siempre podría darle un trabajo si no conseguía encontrar algo que le gustara, pero no le pagaría el dinero que necesitaba. Y lo que era peor, no le tentaba nada la idea de volver a ver a Jeremy, algo que sería inevitable, ya que daba la casualidad de que su ex novio trabajaba en el departamento de préstamos del banco con el que su padre hacía negocios. La noticia de que había vuelto no tardaría en propagarse.

–Pase, señorita Chamberlain.

–Hola, otra vez, señor Lloyd –era el hombre que había aceptado su primera solicitud.

–Permita que le presente a la señora Tribe. Es la secretaria personal del señor Nicholas Wainwright aquí en NuevaYork y ha estado buscando a la niñera adecuada para su jefe. Las dejaré solas durante unos minutos.

La mujer morena y elegante, impecablemente vestida con un traje de corte profesional, apenas pasaba de los cincuenta años.

–Por favor, siéntese. Reese, ¿verdad?

–Sí.

La otra mujer ladeó la cabeza.

–Posee excelentes referencias. Por su solicitud es evidente que es usted una estudiante y una intelectual. Ya que está soltera y carece de experiencia en el cuidado de los hijos de otras personas, ¿por qué solicitó el puesto de niñera?

Reese podía mentir, pero tuvo la impresión de que esa mujer vería a través de ella.

–Necesito ganar todo el dinero que sea posible este verano para poder seguir en la universidad hasta graduarme. Mi beca académica no cubre alojamiento y comida. Incluso los de fuera hemos oído que los trabajos de niñera se pueden llegar a pagar bien en Nueva York, así que pensé en presentarme al puesto –esperó que esa explicación le resultara lo bastante franca.

–Cuidar de niños es un trabajo excepcionalmente duro. Lo sé porque yo crié a dos propios.

Reese sonrió.

–Nunca he estado casada, pero soy la mayor de una familia de seis hijos e hice muchas veces de canguro a lo largo de los años. Tenía catorce años cuando nació mi hermana menor. Mi madre tuvo que permanecer en cama, de modo que yo ayudé con el bebé. Mi hermana era adorable y me encantó. Pero –dijo con un suspiro–, eso fue hace doce años. Sin embargo, cuidar de niños es como aprender a atarte los cordones de los zapatos, ¿no cree? En cuanto se descubre, jamás se olvida.

La otra mujer la observó con mirada penetrante mientras asentía.

–Estoy de acuerdo.

–¿Cuántos hijos tienen? –«por favor, que no sean más de tres». Aunque no rechazaría el trabajo si la paga era buena.

–El señor Wainwright es viudo, con un bebé de diez semanas llamado Jamie.

La noticia fue como una revelación. Había dado por hecho que trabajaría para una pareja con varios hijos, siempre y cuando le ofrecieran el trabajo.

–Entonces, aún lamenta la pérdida de su esposa –movió la cabeza–. Qué triste para él y para el niño, que jamás conocerá a su madre.

–Es una pérdida trágica para ambos. El señor Wainwright ha arreglado que una niñera que ha trabajado con otra familia empiece a trabajar para él, pero no puede venir hasta septiembre. Uno de los motivos por el que nos interesó su solicitud fue que sólo buscaba trabajo para el verano.

¿Uno de los motivos? Eso despertó su curiosidad.

–¿Cuáles fueron los otros?

–No solicitaba un sueldo descabellado. Y finalmente, uno de sus

profesores en Wharton me dijo que estudiaba allí con una beca completa. Bien por usted. Una oportunidad como ésa sólo se le presenta a un grupo de élite de estudiantes graduados. Significa que algún día tendrá una carrera brillante en los negocios.

El objetivo de Reese para el futuro era dirigir su propia empresa de corretaje de valores bursátiles.

–Es mi sueño.

El sueño que los había separado a Jeremy y a ella.

A Jeremy no le había molestado que terminara sus estudios en la Universidad de Nebraska, pero la beca en Wharton había representado un traslado importante a Pennsylvania. La insinuación de que era demasiado ambiciosa condujo al núcleo del problema que lo carcomía. Él no había querido por esposa a una futura ejecutiva. A cambio, Reese comprendió que había tenido suerte de escapar de un futuro marido demasiado controlador. La ruptura había sido dolorosa en su momento, pero el dolor ya comenzaba a menguar. No quería volver con él.

La señora Tribe se reclinó en su sillón y la estudió.

–También era mi sueño, pero yo no saqué las notas que he visto en las copias que ha presentado. Otro de sus profesores me dijo que ve un toque de genio en usted. Me gusta oír eso.

Reese no pudo imaginar qué profesor habría sido.

–Me ha alegrado el día.

–Lo mismo digo –murmuró, sonando sorprendida por sus propios pensamientos–. Siempre y cuando se sienta bien con la situación después de ver al bebé y hablar sobre las expectativas que alberga el señor Wainwright para usted en ese aspecto, creo que es perfecta para el puesto. Desde luego, la decisión final depende de él.

Apenas podía creer haber llegado tan lejos en la entrevista.

–No sé cómo darle las gracias, señora Tribe. Prometo que no los defraudaré a ninguno de los dos. ¿Tiene una foto del bebé?

La otra mujer frunció el ceño.

–No, pero conocerá al bebé y a su padre esta tarde. ¿Dónde ha estado alojándose desde que dejó Filadelfia?

–En el Hotel Chelsea Star, en la calle 30 Oeste.

–¿Dijo que estaría disponible de inmediato?

–¡Sí! –la habitación le costaba cincuenta dólares por noche. No podía permitirse el lujo de seguir en Nueva York pasado ese día.

–Eso está bien. Si él decide seguir mi recomendación y estipula un salario que a usted le resulte satisfactorio, entonces querrá que comience hoy mismo.

–¿Qué he de ponerme para la entrevista? ¿Necesito algún tipo de uniforme? Esto es completamente nuevo para mí.

–Para las dos –fue la respuesta sincera–. Vaya con lo que lleva puesto. Si él tiene alguna otra sugerencia, se la comunicará. Hay algo que debe saber. Desde que el bebé nació, ha estado cuidado por sus abuelos maternos.

–¿Siguen viviendo con el señor Wainwright?

–No. Los Hirst viven en White Plains. A una hora de distancia con tráfico denso.

¿Significaba eso que no había estado con su hijo en el último par de meses? No... eso no podía estar bien. Si contrataba a una niñera, probablemente los abuelos se marcharían a casa.

–Comprendo. ¿Tiene Jamie abuelos paternos también?

–Sí. En este momento, están de viaje –fue la respuesta vaga.

Reese procedía de una familia grande. Tanto sus abuelos maternos como paternos seguían vivos y muy activos con la familia. Tenía siete tíos. La última cuenta le había dado veintiocho primos. Con sus hermanos, incluida la siguiente mayor, Carrie, casada y con dos hijos menores de tres años, el número se elevaba a treinta y cuatro. Se preguntó si su jefe tendría hermanos u otra familia.

–Usted lleva tiempo con el señor Wainwright. ¿Considera que haya algo de importancia que deba conocer con antelación?

–Es puntual.

–Lo recordaré –se puso de pie–. No le ocuparé más tiempo. Gracias por esta oportunidad, señora Tribe.

–Ha sido un placer. Una limusina pasará a recogerla a la una en punto.

–Estaré esperando abajo. Oh... una pregunta más. ¿Cómo se gana la vida el señor Wainwright?

La otra mujer enarcó las cejas.

–Como estudió en Wharton, pensé que ya habría establecido la conexión, de lo contrario se lo habría dicho. Es el presidente de Sherborne-Wainwright & Co., en Broadway. Buena suerte.

–Gracias –murmuró Reese conmocionada.

¿Era *ese* Wainwright?

Era una de las firmas bursátiles más prestigiosas de Nueva York, si no la principal, con raíces que se remontaban a un par de cientos de años. La revelación la aturdió en varios sentidos. De algún modo, había imaginado al hombre que dirigía esa gran empresa con cincuenta y tantos años. Por lo general se requería ese tiempo para llegar a ese nivel. El bebé podía estar justificado por haberse casado con una mujer más joven.

Nick Wainwright se hallaba a un lado de la tumba. *En recuerdo de Erica Woodward Hirst Wainwright.*

Se era muy joven para morir con treinta y dos años.

–Lamento haberte descuidado tanto como para que eso llevara a nuestro divorcio, Erica. Antes de separarnos, ni por un momento pensé que podrías estar embarazada con nuestro hijo o que perderías la vida en el parto. Mi corazón sufre por nuestro pequeño que necesita a su madre. Fue tu último deseo que yo lo criara, pero temí no saber cómo ser un buen padre para él. Por eso dejé que tus padres cuidaran de él todo este tiempo, pero ya estoy preparado. Te juro que haré todo lo que esté en mi poder para ser un mejor padre para él que marido fui para ti. Si me estás escuchando, sólo quería que supieras que juro mantener esa promesa.

Después de apoyar unas flores frescas sobre la lápida, regresó rápidamente a la limusina que lo esperaba en la distancia. No había vuelto al cementerio desde el funeral. La visita lo llenó de pesar por lo que había salido mal, pero con la decisión tomada de llevarse a Jamie a casa, era idóneo que primero hubiera ido a la tumba de Erica.

A esa hora tan temprana, sólo estaba Paul, su chófer, para verlo. Al cerrar la puerta de atrás, miró el último y más seguro modelo de asiento de coche para bebé que había encargado. Antes de que acabara la mañana, su hijo de diez semanas volvería a la ciudad con él.

–Vayamos a la casa de mis suegros.

Su chófer, de mediana edad, asintió y arrancó. Paul había trabajado para su padre cuando Nick era un adolescente. Con su padre en una jubilación parcial y estando él al frente de la empresa, lo había heredado. Con el paso de los años, se habían hecho buenos amigos.

En cuanto salieron del cementerio, se reclinó en el asiento y se pasó una mano por la cara. En unos pocos minutos iba a tener lugar una escena, pero se había estado preparando para ella.

Antes del nacimiento del bebé, durante los nueve meses del embarazo no había vivido con Erica. Su muerte le había llegado como una conmoción tremenda. Aunque había dejado que sus padres se llevaran al bebé desde el hospital, no había tenido intención que esa situación durara más que unas pocas semanas.

En ese tiempo, pretendía encontrar una ayuda a tiempo completo para el bebé, pero debido a la culpa que sentía por el modo en que su matrimonio se había desmoronado, había dejado que la situación se prolongara demasiado.

Cuando llamó al pediatra de White Plains al que habían recurrido en el momento del parto, éste le había informado de que si pretendía establecer

un vínculo con su hijo, no debería esperar mucho más tiempo para ser su padre las veinticuatro horas del día.

También le dio el número del doctor Hebert Wells, un pediatra altamente recomendado que tenía una clínica en la zona del Upper West Side de Nueva York y que podría ocuparse del cuidado de Jamie. Luego le deseó buena suerte.

Después de esa conversación, había llamado a su abogado y le había explicado lo que quería hacer. Éste se había puesto en contacto con el abogado de los Hirst para comunicarles que Nick estaba preparado para asumir las responsabilidades de padre y que iría a buscar a Jamie con el fin de llevarlo a casa.

Los padres de Erica habían deseado que esperara hasta que la niñera que habían elegido estuviera disponible. Querían el control sobre el modo en que su único nieto, un futuro Hirst que continuaría con la tradición familiar, sería criado.

Pero él no estaba dispuesto a esperar más. A través de sus abogados les prometió consultarles algunos asuntos y llevar a Jamie de visita a White Plains, pero en el fondo sabía que nada de lo que les dijera los tranquilizaría. El tiempo debería ocuparse de ese problema.

Su familia, que vivía en Long Island, también quería el control de su único nieto. Pero en ese momento se hallaban en la villa de Cannes con unos amigos, seguros de que Nick haría lo que fuera necesario para mantener sosegada a la familia política.

–Los padres de Erica están dispuestos a tenerlo por ahora –le había explicado su madre–. Sería mejor si dejaras que Jamie se quedara con ellos durante el próximo año.

Nick se conocía el guión de memoria. Sus propios padres ya habían encontrado a otra mujer adecuada para presentarle cuando él se sintiera listo. No veían nada malo en dejar que los padres de Erica supervisaran el cuidado de Jamie, una especie de premio de consuelo para desterrar la culpabilidad por asociación con el hijo que se había divorciado de «la mujer de la temporada».

Esa actitud no lo sorprendía. Él mismo había sido hijo único, criado en el lujo por un completo personal doméstico y no por sus propios padres. Lo que éstos jamás habían entendido era que había sido una vida solitaria, que le había causado gran dolor. No quería eso para Jamie. Pero en el fondo se sentía condenadamente nervioso.

Aunque dirigiera la empresa bursátil familiar con una tradición de doscientos años, no terminaba de saber qué hacer con Jamie. El mundo de un bebé de dos semanas y media era un enigma para él.

Lo había visitado todos los sábados, pero había sido un visitante no bienvenido en lo referente a la familia de Erica. Un personal bien entrenado, aparte de una niñera privada, se encargaba de todas las necesidades de su hijo.

Cuando la antigua mansión colonial de estilo georgiano apareció a la vista y cruzaron la verja principal, Nick decidió que todo iba a cambiar a partir de ese momento. Se bajó de la limusina.

–No tardaré mucho, Paul.

El hombre que empezaba a quedarse calvo sonrió.

–Tengo ganas de verlo. Cada vez que venimos está más grande.

Ése era el problema. Jamie cambiaba y crecía con cada día que pasaba y él no estaba presente para verlo.

Antes de llegar a la resplandeciente puerta blanca, el padre de Erica la abrió. Walter tenía una tupida cabellera blanca y el cuerpo de un golfista. Los padres de Erica eran personas atractivas, pero la expresión furiosa del otro hizo que Nick tuviera que esforzarse para mantener a raya su temperamento.

–¿Walter?

–Antes de dejarte entrar, quiero comunicarte que Anne se encuentra en un estado altamente emocional.

–¿Crees que no soy consciente de ello?

El hombre mayor hizo una mueca.

–Me pidió que te dijera...

–Me lo sé de memoria, Walter –cortó–. Aunque no puedo dar marcha atrás y modificar el pasado, pretendo hacer lo correcto para nuestro hijo. Le dije eso a Erica cuando fui al cementerio hace poco.

El otro pareció sorprendido por esa admisión. Tras una leve vacilación, dijo:

–Pasa a la sala de estar. La niñera te tiene preparado a Jamie.

–Gracias.

Después de tres años de matrimonio, el último separados mientras el divorcio se llevaba a cabo, el hogar de sus suegros estaba lleno de fantasmas del pasado. Al principio, su matrimonio con Erica había sido bastante feliz. Todo el mundo afirmaba que la hermosa hija de los Hirst era el partido de la temporada, pero el tiempo demostró que no eran el uno para el otro, y ella había terminado pasando gran parte del tiempo allí en vez de en la ciudad.

Siguió a su suegro por la casa hasta que llegaron a la sala de estar, una estancia que se había añadido después de que Erica volviera a vivir con ellos. Sin duda con el fin de mantenerla ocupada con algo mientras

esperaba que llegara el bebé.

Los ventanales daban a varios acres de jardines inmaculadamente cuidados, verdes y suaves como el terciopelo.

Su suegra se hallaba en uno de los sillones, rígida como una pieza de madera petrificada. Nick miró a su hijo, tumbado en el elegante cochecito. Lo habían vestido para un viaje y se encontraba bien despierto.

No tenía ninguna queja acerca del cuidado recibido por Jamie, pero estaba ansioso por llevárselo, ya que no pensaba permitir que la historia se repitiera ni un día más. Sus padres lo habían descuidado emocionalmente. Erica había sufrido el mismo destino, aunque nunca había sido capaz de reconocerlo y había preferido vivir negándolo.

Se había hecho mucho daño. No pensaba cometer el mismo patrón con Jamie.

–Hola, Anne.

Ella no pudo mirarlo.

Nick fue hacia el cochecito, todavía atónito ante el hecho de que era padre, de que Erica y él eran responsables de la existencia de Jamie.

El bebé había heredado su cuerpo delgado y largo, junto con el pelo negro, pero Nick veía vestigios de la nariz y de la estructura ósea del rostro de Erica en esa carita. Había sido una morena atractiva y esbelta de altura media, como Anne.

–Hola, colega. ¿Me recuerdas? –se inclinó y tomó la mano diminuta de Jamie. Nada más mirarlo, la respiración del bebé se aceleró por la excitación. Agarró el dedo índice de Nick con todos sus deditos. Lo siguiente que supo fue que se lo llevó a la boca, haciendo que su padre riera entre dientes.

Hasta el momento, tenía los ojos de un color terroso y probablemente terminarían siendo castaños como los de Erica y los suyos. Sin duda se llenarían de lágrimas cuando se lo llevara y el bebé se encontrara en un entorno desconocido. Lo mejor era acabar con rapidez.

Alzó al bebé y lo acomodó contra su hombro.

–Vamos, hijo. Iremos a dar una vuelta en el coche con Paul. ¿Te gustaría eso?

Walter le entregó la manta y una bolsa con pañales. Con los ojos le transmitió el mensaje que más le valía cumplir con las promesas que había hecho.

–La niñera imprimió las costumbres de Jamie y las cosas que necesitarás cuando llegues a tu piso.

–No puedo agradeceros lo suficiente que cuidarais de Jamie hasta ahora. Prometo que lo traeré de visita el sábado próximo.

–Te esperaremos –pero no consiguió que su mujer alzara la cabeza.

–Siempre que cualquiera de vosotros desee verlo, pa-saos por el piso. Si yo estoy trabajando, la niñera os dejará entrar.

En ese momento Anne alzó de repente la cabeza, el rostro carente de animación.

–Barbara Cosgriff no puede dejar libre a su niñera hasta septiembre. No hay motivo alguno para que te lleves a nuestro nieto –el reproche en su voz fue palpable.

–Sobran los motivos, Anne. Echo de menos a mi hijo y hasta entonces voy a contratar a alguien.

–¿A quién? –demandó.

–Aún no estoy seguro. Mi secretaria ha estado entrevistando candidatas toda la semana. Para mañana espero que me haya encontrado a varias a las que pueda entrevistar yo en persona. Hará una criba exhaustiva. Esa mujer vale su peso en oro y jamás me ha decepcionado.

–¿Qué sabe sobre ser niñera?

–Aunque comprendo que no puedes entenderlo, ha sido una excepcional madre trabajadora y eso jamás ha cambiado desde que vino a trabajar conmigo hace ocho años. Me revela que sabrá qué buscar. Recuerda que la niñera que encuentre estará conmigo sólo tres meses, hasta que la de los Cosgriff quede libre.

Eso era lo que decía, pero en realidad no tenía idea de si contrataría a la niñera de los Cosgriff. Pero esa revelación se podía guardar para otra ocasión.

–Planeo trabajar menos este verano, de modo que no será como si Jamie vaya a estar solo con ella doce horas.

–Si hubieras dedicado más tiempo a viajar con Erica, podrías haber salvado tu matrimonio.

«No, nada lo habría salvado, Anne». Pero sabía que entrar en una discusión postmortem con ella en ese momento sería inútil.

–Tu ático no está acondicionado para albergar un bebé, pero insististe en que Erica viviera allí contigo para que tú pudieras estar más cerca de tu oficina. Ella necesitaba un hogar verdadero donde pudiera recibir a sus amigos.

Volvió a lograr contener su deseo de replicar con sequedad.

–Lo convirtió en un sitio al que podía invitar a sus amigos después de la ópera y el ballet. Me ofrecí a comprar la Mansión Sedgewick en los Hamptons para ella, pero prefirió quedarse con vosotros porque afirmaba que le iba mejor. Jamie y yo nos arreglaremos –aún no sabía cómo, pero lo descubriría. Besó la cabeza sedosa del bebé–. Dadle las gracias a la niñera

por las notas que me imprimió. Estoy seguro de que tendré que recurrir a ellas hasta que me acostumbre a la rutina.

–La niñera ha dicho que tiene que tomar otro biberón a la hora de su siesta del mediodía –mantuvo las manos rígidamente unidas sobre el regazo.

–Es bueno saberlo. Por ese entonces habremos llegado al piso –con suerte, ya tendría noticias de Leah Tribe acerca de la niñera–. Os veré el sábado próximo. Recordad que podéis llamar en cualquier momento.

Al marcharse, aún lo invadía cierta incredulidad de que hubiera llegado el día en que dejara todo el horrible pasado atrás. Y le dolió haber esperado tanto para ir en busca de su hijo. Carne de su carne. Sintió un nudo de emoción en la garganta.

Mientras Paul conducía, abrió la bolsa de pañales y sacó las instrucciones. Aparte de incorporar algunos suministros, la niñera había dejado notas precisas sobre la rutina con Jamie, las dosis precisas de leche preparada para el biberón, la asiduidad con la que dormía y ese tipo de cosas.

Ya había encargado a unos grandes almacenes que le llevaran una cuna y un nuevo asiento para coches que había llegado el día anterior. Mientras pensaba en la lista de cosas que aún quedaban por hacer, sonó su teléfono móvil. Contento de ver que era su secretaria, contestó:

–¿Leah? ¿Algún éxito ya?

–He encontrado a alguien que creo que les irá bien tanto a usted como al bebé.

El tipo Mary Poppins sólo existía en el cine.

–Mientras le gusten los niños y sea maternal de verdad, me inclino ante tu sabiduría.

–Dejaré que usted lo juzgue. Sabe que todavía no está contratada. Le dije que una limusina iría a recogerla a la una para que pudiera conocerla y tomara la decisión final.

–¿Puede empezar hoy?

–Sí. Necesita un trabajo con urgencia.

Excelente.

–¿Cómo se llama?

–Reese Chamberlain.

–Háblame más de ella.

–Si no le importa, Nick, he decidido adoptar una regla de su propio libro. En una ocasión me dijo que prefería abordar un proyecto nuevo sin escuchar ninguna otra voz antes de formarse su propia opinión. Creo que es una buena filosofía, en especial en este caso. Estará ante la puerta del Hotel

Chelsea Star, en la calle 30 Oeste.

La señorita Chamberlain se hallaba en verdaderas dificultades económicas si tenía que hospedarse allí.

–Dígale a Paul que esté atento a la señorita vestida de amarillo.

–Estás siendo misteriosa, si no críptica. Dame algo con lo que continuar.

–Apuesto que no se parece a nadie que haya conocido.

–Eso suena prometedor.

–Esperaba que así fuera.

–¿Sigues acusándome de ser un cínico?

–Jamás haría eso. Si he cometido un error, llámeme luego y dígamelo, para que pueda seguir buscando a la persona adecuada.

–Hazme un favor y llama a la señorita Chamberlain. Si puede estar lista en cuarenta y cinco minutos, la recogeremos de camino al piso.

Nick guardó el teléfono en el bolsillo. Quería aprobar la evaluación que había hecho Leah de la mujer, ya que no quedaba tiempo. Establecer una rutina de trabajo con la nueva niñera lo antes posible, significaba que dormiría mejor por las noches.

CAPÍTULO 2

REESE apenas había llegado al hotel cuando sonó su teléfono. Comprobó el identificador de llamada y sintió un nudo en el estómago.

–¿Señora Tribe?

–¿Señorita Chamberlain? He hablado con el señor Wainwright. Tiene una agenda apretada y le gustaría que estuviera ante el hotel en unos cuarenta minutos. ¿Es posible?

Soltó un enorme suspiro de alivio.

–No hay ningún problema.

–Perfecto, entonces. Se lo comunicaré. Le deseo buena suerte.

–Gracias otra vez.

Después de colgar, fue al dormitorio que había compartido con otras tres mujeres. La que tenía los *piercings* góticos y mechas púrpura en el pelo seguía allí, guardando todo lo que tenía en la cama en una mochila. Miró a Reese.

–¿Cómo ha ido la entrevista, encanto?

Su acento sureño resultaba inconfundible.

–Creo que he conseguido el trabajo, pero me queda pasar una última prueba.

La mujer terminó de guardar sus cosas y se volvió hacia Reese.

–Ha sido agradable conocerte, encanto. A partir de ahora ten cuidado, ¿eh?

–Tú también. Buena suerte localizando a tu novio.

–Voy a necesitarla.

La puerta se cerró. Al fin sintió paz.

Fue al cuarto de baño a refrescarse. Un vistazo al espejo la indujo a recogerse el pelo en una coleta. A los bebés les encantaba tirar de ellas, aunque la suya estaría mejor sujeta. Con el calor cada vez mayor, el pelo revuelto y la cara ruborizada no ayudarían a provocar la mejor impresión. Tenía el tipo de piel que enrojecía cuando la temperatura se disparaba.

Después de aplicarse una capa fresca de lápiz de labios, abandonó el baño, ansiosa por terminar con esa entrevista final. Con el bolso y el maletín en una mano y la maleta en la otra, bajó al vestíbulo para pagar la

factura.

Había una pequeña crisis detrás del mostrador. Los ordenadores se habían bloqueado. Si el problema no se solucionaba con rapidez, iba a llegar tarde. Pasaron cinco minutos. Tomó la decisión de salir a la calle. Desde luego, eso significó perder su puesto en la fila de los huéspedes que también querían pagar. Si la limusina había llegado, le pediría al chófer que esperara mientras liquidaba su cuenta.

Y ahí estaba. Un vehículo negro con cristales tintados junto al bordillo. Al ir hacia ella, un chófer uniformado de mediana edad bajó del vehículo.

–¿Señorita Chamberlain?

–Sí. Lo siento si lo he hecho esperar. Aún estoy haciendo cola para pagar mi factura. ¿Podría dejar mi maleta con usted mientras vuelvo dentro? No creo que tarde mucho.

–Tómese su tiempo.

–Gracias.

Diez minutos más tarde salía a toda velocidad. El chófer le abrió la puerta de atrás para que pudiera entrar.

–Oh...

«Oh» era la palabra adecuada, se dijo Nick mientras esa mujer de piernas largas y cabello rubio ceniciento ocupaba el asiento opuesto al suyo y al de Jamie. Introdujo una fragancia floral en el interior del coche. Se preguntó si tendría veinticinco, veintiséis años.

Su blusa y falda vulgares no podían ocultar las curvas de un cuerpo bien hecho. Debía medir un metro setenta con sus sandalias de color hueso y difería tanto de la imagen que se había hecho de ella, de un tipo regordete y maternal, que no pudo imaginar en qué había estado pensando Leah.

–¿Es usted Reese Chamberlain? –quiso asegurarse.

–Sí.

–Yo soy Nicholas Wainwright.

Los ojos de un azul claro de ella brillaron con cierta sorpresa.

–Encantada.

Reese habló con una voz ligeramente ronca que por ningún motivo en especial le gustó. Cuando vio al bebé que se había quedado dormido, los ojos cobraron vida. Se inclinó hacia Jamie, en apariencia ajena a él.

–Oh... ¡es precioso con todo ese pelo negro y esas pestañas largas y sedosas sobre sus mejillas! –al final volvió a mirar a Nick–. Lamento haberlo hecho esperar. La señora Tribe me advirtió de que es usted un hombre puntual y ya he cometido mi primer pecado. Pero los ordenadores se habían bloqueado en el hotel y tuve que hacer cola hasta poder pagar.

Su acento posiblemente indicara que procedía del medio oeste.

–Eso me explicó mi chófer. No tenemos prisa. Jamie no ha dejado de cooperar.

–Es un niño maravilloso –lo miró con ojos llenos de emoción–. Lamento mucho su pérdida. Si decide contratarme, le prometo hacer todo lo que esté a mi alcance para hacer que su hijo esté tan seguro y feliz como sea posible hasta que la niñera permanente vaya a vivir con ustedes.

O bien era la mejor actriz que había conocido o bien era así de verdad. Leah era una analista penetrante de la personalidad humana. Algo debió de gustarle a su secretaria para que eligiera a esa mujer cuyo aspecto y edad no casaban en absoluto con el puesto. Tenía la estructura ósea y la altura de una modelo. Lo único que tenían que hacer Walter y Anne, o cualquier otra persona, para el caso, era echarle un vistazo y...

Al poco tiempo Paul frenó ante la entrada de su piso. Nick necesitaba más información antes de bajar de la limusina.

–Comida y alojamiento aparte, ¿qué tipo de sueldo esperaba, señorita Chamberlain?

Mencionó una cifra por debajo de lo que Nick había esperado que pediría.

–¿Esa cantidad le parece bien?

–Está bien –musitó, desconcertado por todo lo que salía de la boca de ella–. ¿Dígame qué sucederá cuando nos deje en septiembre?

–Volveré a Filadelfia.

Él enarcó las cejas.

–¿A otro puesto como niñera?

Ella lo estudió confusa.

–No. Volveré a la universidad. Supongo que a la señora Tribe se le pasó comentárselo.

Algo hacía Leah que no terminaba de entender. Sin conocer todos los hechos, no podía realizar un análisis correcto.

–Probablemente lo mencionara, pero me temo que he estado ocupado con todos los arreglos necesarios para el traslado de mi hijo.

–Por supuesto. Comentó que sus suegros habían estado ayudándolo. No hay nada como la familia para presentarse al rescate en un momento de crisis. Probablemente, al principio el bebé no se acostumbre a mí, ya que los buscará a usted o a sus abuelos. ¿Ha pensado en establecer un periodo de prueba? Haré lo que sea necesario. Y, por favor, no se preocupe. Si decide buscar a otra persona, dispongo de un plan alternativo.

Él parpadeó sorprendido.

–Creía que necesitaba un trabajo.

–Y así es, pero si falla todo, iré a mi casa y mi padre me dejará trabajar para él este verano. No es lo que quiero hacer –añadió–, pero como ya le dije, no hay nada como la familia en una emergencia. Mi padre es un encanto.

¿Qué había dicho Leah? «Apuesto que no se parece a nadie que haya conocido».

–¿Dónde está su casa?

–En Lincoln, Nebraska.

No se había equivocado.

–¿Cómo se gana la vida su padre?

–Tiene un almacén de madera. Ya lo he ayudado en la oficina en otras ocasiones.

–Está lejos de casa. Supongo que la universidad la ha traído a la Costa Este.

–Así es. Estudio Económicas.

Nick volvió a fruncir el ceño.

–¿Ha trabajado alguna vez de niñera?

–No –repuso con sinceridad–, pero vengo de una familia numerosa y he tenido que cuidar muchas veces de niños.

–¿Su madre también trabajaba?

Ella emitió una risa gentil.

–Oh, trabajaba... pero no fuera de casa. Ser madre de seis hijos es como dirigir una gran corporación. Desde que nací ha estado disponible las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana –miró a Jamie–. No hay nada más dulce que un bebé. Todo lo que necesitan es mucho amor entre comer y dormir.

De pronto se abrió la puerta. Ahí estaba Paul, recordándole que habían llegado. A menos que se le ocurriera una razón apremiante para no contratarla en ese momento, llevarla al ático consumaría el pacto.

Mientras vacilaba, una sirena estridente cortó el aire. Despertó a Jamie con un sobresalto, haciendo que llorara. Antes de que pudiera soltar el cinturón de seguridad del asiento del bebé, la señorita Chamberlain lo había hecho, alzándolo en brazos.

En un instante lo tuvo acurrucado contra su hombro. Se había movido con la velocidad nacida de la naturalidad.

–¿Esa sirena fea te ha asustado? –apoyó la mano contra la parte de atrás de su cabeza–. A mí también, pero no pasa nada –lo meció, dándole besos hasta que los gritos asustados se convirtieron en gemidos. Lo siento –dijo mirando a Nick–. No era mi intención alzarlo, pero esa sirena me sobresaltó y fue más fácil para mí saltar hacia él que para usted. Tiene el

corazón desbocado –fue a devolver al pequeño a su padre, pero él movió la mano.

–Por el momento, parece perfectamente feliz donde está ahora.

Con esas palabras, dio la impresión de haber sellado su propio destino. Aún desconcertado por lo sucedido, se volvió hacia un extrañamente silencioso Paul, quien ya había sacado la bolsa de los pañales y la maleta de ella de la limusina.

–¿Subimos?

La voz profunda hizo que girara la cabeza, sorprendida de que él ya hubiera bajado del vehículo. Respiró hondo porque daba la impresión de que todavía no iba a despedirla. Sentir al bebé agarrarse a ella había hecho que por primera vez la sensación pareciera real. Descubrió que anhelaba ese trabajo.

–Jamie parece haberse calmado –comentó.

–Gracias a usted.

El comentario la llenó de calidez antes de que él alargara los brazos hacia su hijo. Calculó que el señor Wainwright tendría treinta y pocos años, aunque costaba adivinar la edad cuando el dolor hacía acto de presencia.

Bajó de la limusina con el bolso en la mano y lo siguió al interior de un edificio anterior a la guerra, de ladrillo visto y piedra caliza. Era evidente que había sido sometido a una rehabilitación exhaustiva, porque el interior irradiaba lujo. Entraron en el ascensor y subieron al piso catorce.

Cuando las puertas se abrieron, vislumbró un ático que la gente sólo podía ver a través de las páginas de las revistas de arquitectura. El piso en sí mismo era una pieza de escultura moderna con las paredes altas y curvas y un enorme espacio diáfano donde vio muchas librerías llenas de libros y diversas esculturas. En cada giro quedaba sorprendida por un conjunto de artefactos de bronce mesoamericanos aquí o un cuadro cubista allí.

Las antigüedades, las piezas de arte y los tapices de seda volaron hacia ella como colores a través de un prisma. Había un piano de cola y una serie de magníficos biombos japoneses en un rincón. Allí donde posara la vista, percibía algún tesoro. Un conjunto de mobiliario del siglo XVIII daba a la chimenea.

–Como es de Nebraska y de los espacios abiertos, probablemente esta zona le resulte de su agrado.

Lo siguió al salón lleno de alfombras orientales y aterciopeladas que se extendían hasta unos ventanales arqueados que recordaban a los maestros italianos. Él abrió unas puertas correderas. Cuando Reese salió a la terraza, sintió como si hubiera entrado en un parque lleno de árboles, setos, una piscina y maceteros con plantas en flor distribuidos alrededor con artística

elegancia.

Al acercarse al borde, disfrutó de una vista sin obstáculos de Park Avenue hasta el Edificio Helmsley. Todo resultaba increíble.

–Imagino que después de un duro día de trabajo en el despacho, éste también será su lugar predilecto –vio un telescopio en un extremo, más allá de los muebles de la terraza.

–Es agradable si no hace demasiado calor. Aunque no puedo afirmar haber pasado mucho tiempo aquí últimamente, pero sí utilizo el gimnasio cada mañana. Está en la cubierta superior de mi terraza. Verá las escaleras. Puede ejercitarse en él si así lo desea.

–Gracias –la tensión en sus labios le indicó que su estado de ánimo era algo sombrío.

–Volvamos dentro. La dejaré elegir el dormitorio que quiera, pero quizá primero desee refrescarse un poco. El cuarto de baño de invitados está en esa puerta.

–Gracias. Estoy segura de que Jamie necesita que le cambien los pañales. ¿Podríamos ir primero a su habitación?

Él le dedicó una mirada intensa.

–Por ahora, sólo hay una cuna en mi dormitorio que fue entregada ayer. Aún no he decidido dónde debería dormir.

De modo que Jamie había estado con sus abuelos desde el principio. Le habría gustado conocer la causa.

–Comprendo. Bueno, deje que primero me lave las manos.

Entró en el cuarto de baño que parecía más un vivero por las plantas y flores que exhibía. Después de lavarse y secarse las manos, se reunió con él y lo siguió por el fabuloso ático hasta el dormitorio principal que proyectaba un aire decididamente masculino.

Mostraba una decoración de líneas rectas y mobiliario contemporáneo, con predominio de verdes y azules. Algunos cuadros en las paredes. Ningún adorno, ningún toque femenino. Por encima de todo, ninguna foto familiar. ¿Un recordatorio demasiado doloroso? Tal vez las tuviera en el salón y no las había visto.

La cuna de caoba se hallaba al pie de la cama enorme. Tenía un colchón pero ningún edredón. La bolsa con los pañales estaba en la habitación junto con su maleta. Sin titubear, sacó un pañal. Entre la docena que había, se veían numerosos biberones, un pijama, una toalla, una camisa y una manta. La extrajo y la extendió encima de la cama.

–Si lo coloca aquí, lo cambiaremos.

Él se acercó y dejó a Jamie sobre la mantita.

–Muy bien, amigo. Ésta va a ser una experiencia nueva para todos

nosotros.

Una vez terminada la tarea con sorprendente sincronización y predisposición por parte de los tres, Reese fue a lavarse las manos al cuarto de baño que tenía detrás y salió.

–¿Sabía que toda mi familia podría encajar ahí dentro con absoluta comodidad? –él sonrió. Cada vez que hacía eso, la tensión se esfumaba y parecía demasiado atractivo–. ¿Cuántos dormitorios hay aparte de éste?

–Uno enfrente, del otro lado del pasillo, y otro en el extremo opuesto del ático.

–He estado pensando... ¿sería posible trasladar su despacho a ese otro dormitorio o a cualquier otra parte del piso?

Él ladeó la cabeza.

–Todo es posible.

–Es que su despacho es perfecto para la habitación de un niño, ya que tiene una puerta que da a su dormitorio así como otra que lleva al pasillo. Si acomodara a Jamie allí, estaría cerca de usted. Doy por hecho que es lo que quiere. En cuanto a mí, podría quedarme el del otro lado del pasillo, donde también podría oírlo. No sé usted, pero de pequeña, a mí no me gustaba estar aislada de mis padres –la miró tan fijamente que hizo que le preocupara haber traspasado sus límites–. ¿Qué le parece? –instó con voz queda.

–Es una idea brillante que jamás se me habría ocurrido.

–Oh, bien –la asombró que reconociera algo así. La mayoría de los hombres tienen demasiado orgullo. Le gustaba mucho esa cualidad en él. Para su asombro, se dio cuenta de que no tenía nada que no le gustara.

¿Por qué su esposa no había preparado un cuarto para el niño antes de que el bebé naciera? ¿Acaso habían vivido en otra parte? En ese caso, ¿por qué él no había trasladado todo lo de su hijo con el resto de las pertenencias?

Fuera cual fuere la respuesta, habría cabido imaginar que su esposa habría asumido la tarea de prepararse para la llegada de un bebé, pero ésta ya no estaba. Sólo la tenía a ella.

–Le diré lo que haremos. Si quiere quedarse aquí con Jamie, quizá podría pedirle a su chófer que me lleve a una tienda donde pueda comprar todo lo necesario en un único lugar. Hará falta una limusina para traer lo imprescindible en un solo viaje.

Al no obtener respuesta, añadió:

–O si quiere puedo hacerle una lista y va usted a comprar todo mientras yo me ocupo del bebé. Luego podemos mover los muebles y dejar todo preparado. Es divertido hacerlo con más gente. Jamie puede mirarnos. Es

un bebé muy brillante y atento. Para esta noche este lugar habrá quedado transformado y el pequeño sabrá que está en casa con su papá.

Lo vio sacar el teléfono móvil del bolsillo.

–Llamaré a Paul y le diré que se reúna con usted en la entrada del edificio. La llevará a un lugar donde tengo cuenta. Compre todo lo que necesite. Cuando vuelva, el conserje se ocupará de hacer que nos suban las cosas.

Pensó que no tener que preocuparse por el dinero representaba una novedad en su vida. Y como todo sería para Jamie, disfrutaría de la experiencia.

–Una vez que haya vuelto, le pediré al chef que nos suba la comida. ¿Es alérgica a algo?

Chef, un portero, un conserje, ningún límite para gastos... Sería fácil acostumbrarse a eso.

–No, pero gracias por preguntar. ¿Hay algún plato que no pueda tolerar, señor Wainwright?

–No.

–¿Y el bebé?

–Hasta ahora, ningún problema que yo conozca.

–Excelente. Excúseme un momento mientras voy a refrescarme a mi cuarto de baño.

Llevó la maleta y el maletín al dormitorio del otro lado del pasillo, que exhibía una opulenta decoración mediterránea. Tenía su propio cuarto de baño con dos lavabos ornamentados. Dedicaría uno a bañar a Jamie.

Miró alrededor, incrédula de que eso estuviera sucediendo. ¿Cómo era posible que fuera a dormir en la habitación de enfrente del hombre más fabuloso que había conocido en la vida?

Después de que la señorita Chamberlain se hubiera marchado, Nick le dio otro biberón al bebé. Había observado cómo la niñera lo hacía eructar y ya lo tenía aprendido. En cuanto el pequeño se quedó dormido, lo depositó en el centro de la cama y lo cubrió con la manta. En el proceso, notó la hora en su reloj de pulsera. Eran pasadas las tres. El día había pasado sin que se enterara.

Sacó el teléfono del bolsillo y llamó a la oficina.

–¿Tío Sam?

–¿Dónde has estado? Necesito hablar contigo sobre la fusión Grayson. He encontrado un obstáculo y quiero tu ayuda.

–Soy consciente de eso, pero no será posible ni hoy ni mañana. ¿No puedes tratarlo con el tío Phil?

–Esta tarde tiene cita con el dentista.

–Entonces, pídeselo a Greg.

–No conoce todos los detalles. Es demasiado complicado para él.

–No obstante, no puedo ir a la oficina hasta el lunes.

–Por entonces, ya podría ser demasiado tarde, Nicky.

El hermano menor de su padre siempre había sido un alarmista.

–Lo siento, pero no es posible.

–¿Desde cuándo? No entiendo.

No, sabía que no podría. No había tenido hijos.

–Hoy he traído definitivamente a Jamie a casa...

Reinó un silencio ensordecedor.

–Creía que él...

–Ya ha estado demasiado tiempo con sus abuelos –intervino.

–Pero, ¿cómo te arreglarás?

Hasta el momento... mejor que lo que había imaginado.

–He contratado a una niñera –una femenina, hermosa e inesperada mujer joven.

–No tenía idea de que estuvieras buscando una. Tu padre no dijo una palabra.

–Mamá y él estaban ya en Cannes cuando tomé la decisión.

–Me han dicho que es imposible conseguir una competente. ¿Tiene más de cuarenta años?

Empezaba a agotársele la paciencia.

–¿Por qué lo preguntas?

–Porque cualquiera más joven y que no esté ciega, hará lo que sea necesario para atraparte.

Si Nick había heredado un gen cínico, sin duda lo había recibido de su tío. Pero en ese caso no sentía preocupación. Leah habría llevado a cabo una comprobación minuciosa de los antecedentes de la señorita Chamberlain. Le pagaba a su secretaria un sueldo que garantizaba que los errores que mencionaba su tío no se produjeran.

–Te veré el lunes, tío Stan –se despidió antes de cortar.

Debía ocuparse en desmantelar su despacho, aunque antes de hacerlo se pondría algo más cómodo que el traje.

Para su alivio, Jamie permaneció dormido durante las siguientes dos horas. Cuando el conserje lo llamó a las cinco y le dijo que subía con la señorita Chamberlain, ya había llevado la cuna a la habitación vacía.

Atravesó el ático y fue a abrir la puerta. Al rato su niñera salió del ascensor con bolsas en ambas manos. Al pasar junto a él dijo:

–Feliz Navidad.

Era desconcertante y fascinante al mismo tiempo.

Detrás de ella iba el conserje empujando una plataforma cargada de cajas. Paul iba en la retaguardia con más bolsas. Le guiñó un ojo a Nick.

–Esta bolsa va a la cocina. Luego hay otro cargamento –susurró antes de continuar su camino.

–Ha hecho el trabajo de mil... –le dijo a Nick después de que los otros dos hombres hubieran salido del cuarto del bebé–. A Jamie le va a encantar esta habitación una vez que la hayamos completado. ¿Cómo lo lleva hasta ahora?

Nick estaba hipnotizado por la personalidad vivaz de esa mujer. No le extrañó que Leah la contratara.

–Sigue dormido en mi cama.

–Iré a lavarme las manos y después le echaré un vistazo.

–Mientras lo hace, pediré a la cocina que nos suban la cena –hizo la llamada y luego miró el contenido de las bolsas, curioso por ver qué había comprado para un bebé. En un minuto el conserje subió con más cajas.

–Que se divierta montando todo esto, señor Wainwright. Deje las cajas vacías en el pasillo que yo las recogeré más tarde.

Nick le dio las gracias y lo acompañó a la puerta a tiempo de ver al camarero colocando la cena en el salón. A medio camino de su dormitorio, se encontró con ella en el pasillo con Jamie en brazos.

–Este pequeñín está despierto. Supongo que oyó el ruido. Necesitaba un cambio de pañales y me permitió ocuparme de ello, pero creo que deseaba que usted hiciera los honores.

–Bueno, una vez realizada la tarea, la cena está lista en el salón.

–Eso suena bien. Si abre la caja que pone hamaca de bebé, la colocaremos allí y él podrá mirarlo mientras comemos. Será perfecta para Jamie cuando salgamos a la terraza durante el día.

No había visto ninguna en casa de los Hirst.

–¿Quieres hamacarte? –besó la mejilla del bebé antes de ir a su cuarto. Reese lo siguió y esperó mientras abría la caja.

–Debería haber unas pilas pegadas en el interior de la tapa.

–¿Pilas?

–Hacen que se balancee y que suene música al mismo tiempo.

Agradeció que montarla no fuera tan complicado como instalar la base del asiento infantil en la limusina. Necesitó varios intentos antes de conseguirlo.

–Vayamos a probarla.

–Tu papá es un genio por haberla montado tan deprisa, Jamie.

–No lo afirme tan categóricamente, a ver si no se desploma antes.

–No estamos preocupados.
Miró esos luminosos ojos azules, atónito por el hallazgo de Leah.
–Pues deberían estarlo.

CAPÍTULO 3

CUANDO Nick la miraba de esa manera, el corazón de Reese comenzaba a latir con fuerza por motivos que no se atrevía a explorar en ese momento.

Lo siguió de vuelta al salón. Los ventanales que había en un extremo se habían abierto y revelaban un comedor que quitaba el aliento. Primero estaba la araña de cristal checoslovaco, una pieza única, de museo. Pensó lo mismo de un sólido aparador provinciano italiano que se alineaba contra la pared del extremo.

Los anaqueles contenían copas de cristal veneciano y asombrosas piezas de porcelana que ya no se fabricaban. En la pared opuesta había una larga tabla con una escena de caza europea con estilizados faisanes y pavos reales. Encima colgaba un bodegón al óleo.

La ventana exhibía tapices con diversas escenas pastorales. Cuando pudo apartar la vista de todo aquello, la posó en la mesa rectangular de roble oscuro que dominaba la estancia. Contó dieciséis sillas alrededor. La ebanistería exquisita se veía complementada por una tapicería que mezclaba unas rayas de verde exuberante y crema sobre terciopelo.

Dos candelabros con velas encendidas flanqueaban un maravilloso centro de flores en el que se veían lilas y rosas mezcladas con hojas verdes. La superficie de la mesa bellamente tallada tenía una superficie tan barnizada que todo relucía. Cerca de las puertas se habían colocado dos lugares donde los esperaba la cena.

Finalmente, alzó la vista para mirar a su jefe.

–Me temo que quien diseñó esta maravilla de habitación no tenía en mente esa hamaca. Él la había puesto sobre una magnífica alfombra persa a un lado de la mesa. –He de darle el mérito a mi esposa por gran parte de la decoración del ático. De modo que habían vivido juntos allí. Debía de ser muy doloroso para él.

–Tenía un gusto incomparable.

Le quitó al bebé de los brazos y lo aseguró en el asiento.

–A ver si le gusta –cuando presionó el botón, se puso a mecerse y a sonar una melodía infantil. Jamie miró a su padre. El bebé se veía feliz, lo

que le provocó el esbozo de una sonrisa. De pronto la observó con ojos entrecerrados–. Su contribución a la habitación hace que no parezca un museo. ¿Cenamos?

Dejándole la cabecera de la mesa, se sentó en un costado, justo en el momento en que la canción de la silla pasaba a ser una nana. Tocaba hasta diez melodías.

Él quitó las tapas de las bandejas, y el lugar se llenó con un aroma que hacía la boca agua.

–Sírvase café o té.

–Gracias, pero prefiero agua –llenó una copa y bebió un poco antes de comenzar con la cena–. Este pollo asado está delicioso.

–Se lo diré al chef. Lo conseguimos de un restaurante parisino de cinco estrellas.

–¿El pollo o el chef?

La risa profunda de él la desarmó.

–*Touché* –también ella rió–. Es refrescante oírla reír, Reese. ¿Le importa que la llame por su nombre de pila?

Su calidez auténtica le llegó como una sorpresa para alguien de su nivel y poder.

–Para ser sincera, odio que me llamen señorita Chamberlain, *señor* Wainwright.

Él volvió a sonreír.

–He captado la indirecta. Llámeme Nick.

–Gracias. Durante un momento, temí que no fuera a pasar.

–¿Tan imposible soy? –preguntó con sarcasmo.

Reese ya se sentía demasiado adicta a su poderoso carisma.

–En absoluto, pero me gustaría que Jamie supiera que tengo un nombre de pila –dejó el tenedor en el plato–. Hablando del bebé, sé que da la impresión de que compré la tienda entera, pero todo lo que he adquirido fue por un motivo. Desde luego, devolveré cualquier cosa que no le guste o considere innecesaria.

–Me reservaré el juicio hasta mañana. Hoy ya hemos trabajado bastante y necesitamos retirarnos pronto.

–Lo único que tenemos que hacer antes de eso, es arreglar la cuna de Jamie.

–¿Qué le pasa?

–Nada, pero necesita una funda de colchón debajo de la sábana y unas tiras acolchadas alrededor de los bordes para que no se haga daño con las barras. Y le he comprado un móvil precioso de animales de granja que emite melodías. Cualquier cosa de colores brillantes hará que estire los

brazos para intentar asirla.

Él miró a su hijo.

–¿Sabes una cosa, compañero? Tengo la impresión de que Reese te va a malcriar mucho.

–Ése es el plan –confesó ella–. Nunca se puede malcriar demasiado a los bebés, porque son preciosos –se adelantó para acariciarle la mejilla.

–¿Quiere el postre ahora? –murmuró Nick.

–Creo que ya no me queda sitio para nada más, gracias. La cena ha estado deliciosa.

Fue a levantarse, dispuesta a llevar los platos a la cocina. Dio por hecho que estaba detrás de la puerta que había en el otro extremo del comedor. Pero él le dijo:

–Déjelo todo para el camarero. Él entra y sale con las cosas. Igual que las doncellas.

–No lo sabía –permaneció en su sitio.

–Cuando necesite lavar algo suyo o del bebé, simplemente déjelo en una bolsa de la lavandería en la encimera de su cuarto de baño. Las encontrará en el armario que hay bajo los lavabos. Si necesita que le planchen o retoquen algo, llámelos para indicarles lo que desea.

Reese dejó la servilleta junto a su plato.

–¿Siempre hace que le suban las comidas?

–No. Casi siempre como fuera. De vez en cuando me preparo algo en la cocina y lo tomo allí. Durante su estancia aquí, sienta la plena libertad de pedir lo que le plazca. Lo único que tiene que hacer es alzar el auricular del teléfono interno y marcar uno para llamar al despacho del chef, o dos para el servicio de doncellas. Vienen cada mañana. Su trabajo es ocuparse de Jamie, nada más.

–Entendido.

–Puede prepararse sus propias comidas sin importar que yo esté o no. Mañana tendrá tiempo de inspeccionar la despensa y hacer una lista de la compra de cosas que le gustaría tener a mano. Marque tres para el conserje. Entréguele la lista y él se encargará de que la traigan –retiró la silla y se levantó con el fin de alzar al bebé de la hamaca–. Vamos, Jamie. Veamos cuánto tiempo necesita tu padre para montar ese móvil.

–Eso no le planteará ningún problema –comentó ella, siguiéndolo–. Lo único que tiene que hacer es sujetarlo en el extremo de la cuna y activar la música. En alguna parte hay un paquete pequeño de pilas, pero concédame primero un minuto para preparar la cuna.

Al llegar a la habitación, le entregó el móvil y de inmediato se puso manos a la obra. Después de acondicionar la cuna a su gusto, alargó los

brazos hacia Jamie.

–Le daré un biberón mientras usted coloca el móvil.

Fue al dormitorio de Nick, sacó un biberón de la bolsa de los pañales y se sentó en el pie de la cama para alimentar al bebé.

–Tienes hambre, pequeño –chupaba la tetilla ruidosamente. Sus eructos también fueron sonoros, lo que le produjo una carcajada. Al terminarse el biberón, regresó al cuarto del niño, donde vio a Nick contemplar el móvil mientras daba vueltas al tiempo que tocaba una canción.

Cuando entró, él la miró.

–Desde luego, yo no tuve uno de pequeño.

Reese sopló en el cuello del bebé.

–Creo que te va a gustar lo que tu papá acaba de montar –al depositarlo en la cuna, la melodía captó su atención, igual que los animalitos de peluche que rodeaban el colchón. Al levantar la vista, sus ojos se encontraron y no se apartaron. La intensidad de la mirada de Nick le dificultó respirar.

–Si quiere acostarse pronto, adelante. Yo me levantaré por la noche para atenderlo. Mañana podremos preparar todo lo demás y establecer unos horarios.

Luego miró a Jamie con tanto amor que Reese se quedó hechizada, aunque captó el sentido de sus palabras.

Quería tiempo a solas con su hijo. Y no había nada que pudiera ser más natural o tranquilizador para el pequeño.

–Entonces, les desearé buenas noches y los veré por la mañana –al llegar a la puerta, se volvió–. Gracias por darme esta oportunidad. Le estoy muy agradecida. Es un niño maravilloso –sin aguardar una respuesta, salió.

Después de ducharse, se metió en la cama y sacó el teléfono móvil para llamar a sus padres. Era una hora antes en Lincoln.

–¿Reese? Esperaba que llamaras, cariño.

–Lo siento, mamá, pero hoy he estado muy ocupada y ésta es la primera oportunidad que se me presenta de poder llamar. He conseguido un trabajo de niñera.

–Desde luego que me alegro por ti, pero todo el mundo te echa de menos.

–Yo también los echo de menos, pero con el sueldo que ganaré, podré concentrar mi tiempo en estudiar para las Series 7 y 65. He de realizar el examen a finales de julio antes de que las clases se reanuden a últimos de agosto.

–¿Sólo tienes que cuidar de un niño?

–Sí. Tiene diez semanas. Oh, mamá, Jamie es el bebé más bonito que

has visto nunca.

–¿Cómo son sus padres? Espero que agradables. ¿Crees que os llevaréis bien?

Reese se mordió el labio.

–Sólo está su padre. Su madre murió al dar a luz.

–Oh, no...

–Es muy triste.

–¿Cómo se llama?

–Nick Wainwright. Es presidente de Sherborne-Wainwright. Es la clase de empresa bursátil por la que todo estudiante de Wharton mataría para trabajar en ella. ¿Puedes creerte que me he instalado en su ático de Park Avenue?

–¿Cuántos años tiene?

–Cuesta adivinarlo. Treinta y tres, quizá treinta y cuatro.

–Bueno... Tienes una cabeza magnífica sobre esos hombros y rompiste con Jeremy por un motivo. Aún no tengo que preocuparme de que pierdas de vista tus planes de carrera, ¿verdad?

–Nada podría impulsarme a hacer eso.

–Te creo. El destino ya ha elegido a mi brillante hija para algo especial. Cuéntame más cosas sobre ese príncipe de las finanzas de Park Avenue

–Mamá... –Reese rió–. Príncipe de las finanzas... vaya imaginación.

–Cuéntame la verdad. ¿Es tan atractivo como lo era el hijo de Jackie?

Su madre se desmayaría si alguna vez posaba la vista en el padre de Jamie.

–No hay palabras para hacerlo.

–Bueno, viniendo de ti, eso lo dice todo.

Era lo que temía.

–No obstante –prosiguió su madre–, si conozco bien a mi hija, no dejarás que nada se interponga entre tu objetivo. Sé que algún día serás un nombre importante en el mundo de los negocios.

–Gracias por creer en mí, mamá.

–¡Por supuesto que creo en ti! Simplemente, no dejes que esos instintos maternales te lleven a apegarte demasiado al bebé. Puede suceder.

Sabía que era uno de los riesgos del trabajo, pero se ocuparía de él. Sólo tenía que recordarse que estaría con ellos tres meses.

Nada más colgar, comprobó los mensajes de voz. Uno era de su compañera de habitación, Pam, que había ido a su casa de Florida a pasar el verano. La llamaría al día siguiente.

El otro era de su compañero de estudios, Rich Bonner. Le pedía que lo llamara en cuanto pudiera. Había ido a California a descansar un poco antes

de regresar a Filadelfia. Igual que ella, se preparaba para los exámenes. Habían estudiado mucho juntos. Sabía que Rich quería algo más que una relación platónica, pero eso a ella no le interesaba.

Si no le devolvía la llamada en un tiempo, esperaba que captara la indirecta. Uno de los problemas con Rich radicaba en que era bastante competitivo. Mientras siguieran siendo amigos, tenía que ser amable con ella, ya que sacaba mejores notas que él.

Pero apostaba que si empezaban a salir, no tardaría en decirle cómo debía llevar su vida. Otro maniático del control como Jeremy. Rezaba para que eso se hubiera acabado.

Suspiró, apagó la luz de la mesilla de noche y se tapó con el edredón. Habiendo aceptado la palabra de Nick de que él se levantaría a atender al bebé, había cerrado la puerta de la habitación. A partir del día siguiente, colocaría el nuevo monitor infantil en su habitación para poder oírlo cuando llorara.

El día había sido largo y se sentía exhausta, pero también eufórica, porque había encontrado el tipo de trabajo que había estado buscando, sin soñar jamás que realmente existía.

Como el padre, que era arrebatador.

***

–Buenos días, Reese –Nick dejó el periódico sobre la mesa de cristal del patio. La vio entrar con una discreta blusa naranja y unos vaqueros que a pesar de todo lograban ceñirse a su figura femenina. Supo que le iba a costar mantener los ojos apartados de ella.

–De modo que aquí estás –se acercó y se puso en cuclillas ante Jamie, sujeto a la hamaca y bien despierto–. Te he estado buscando –le dio un beso en la mejilla y en el cuello. Estaba precioso con su pijama aún puesto.

El bebé trasladó su atención a ella y respiró con bocanadas cortas de aire, como si la reconociera. En esa ocasión le dio un beso en la barriguita, provocándole una sonrisa.

–¿Has dormido toda la noche como un niño bueno?

–Tomó un biberón a las dos y media y sólo volvió a despertarse a las siete y media.

–Bravo por ti –le hizo cosquillas en el mentón y consiguió que riera en voz alta–. Cinco horas es estupendo. La pregunta del millón ahora es cómo está papá –miró a Nick.

–Papá está bien para ser un hombre mayor. ¿Y usted?

–He dormido muy bien y ya estoy preparada para organizar el cuarto del pequeño.

–No antes de que desayune o herirá los sentimientos de Cesar. Ha preparado una tortilla francesa de cangrejo en su honor.

–¿Has oído eso, Jamie? Será mejor que me la coma mientras aún está caliente –se sentó frente a Nick y quitó la tapa de su bandeja–. ¿También cruasanes? –miró al bebé, que seguía todos sus movimientos–. Vamos a tener que dar un largo paseo con el carrito para quemar todos los kilos que ya puedo sentir que empiezo a ganar. Pero está bien, porque es un plato delicioso como para resistirlo.

Nick no pudo imaginarla teniendo alguna vez ese tipo de problema.

–¿Café?

–Por favor.

Descubrió que aparte de su capacidad para divertirse, Reese disfrutaba de todo y tomaba sus comidas con verdadero placer. Ninguna de las mujeres que conocía hacía eso, y menos Erica, que constantemente velaba por no excederse ni en un gramo.

Después de terminarse el café, ella lo miró con expresión risueña.

–Si no le importa, lo llevaré a mi dormitorio para darle un baño rápido. Luego seremos completamente suyos.

Nick no sabía qué pensar de ella. Pero al verla desaparecer con Jamie, decidió que no importaba, porque daba la impresión de que su hijo se hallaba en las mejores manos. La mañana anterior no habría sido capaz de prever los cambios que ya habían tenido lugar desde que la recogió con la limusina.

Llevó la hamaca a la habitación de Jamie. Después de depositarla en un rincón, en un impulso fue por el pasillo hacia el cuarto de ella. Reese había dejado todas las puertas abiertas, de modo que no se detuvo. Al llegar al cuarto de baño, la visión que encontró le provocó un nudo en la garganta.

Reese había llenado uno de los lavabos con agua. Mientras sostenía la nuca de Jamie en el agua, le lavaba la cabeza y le hablaba con tono apacible y tranquilizador. Su hijo estaba hipnotizado. Despacio le quitó el champú infantil con agua y luego le lavó el cuerpo con jabón para bebés. Con suma ternura, le dio la vuelta y le lavó la espalda.

Sin una decisión consciente, Nick sacó una toalla y la extendió hacia ella. Sus ojos se encontraron unos instantes. Reese dijo:

–Mientras usted lo seca, le buscaré un traje nuevo para ponerle.

Él acurrucó a su pequeño contra su cuerpo sin importarle que aún estuviera mojado. Olía tan bien. Mientras sentía cómo Jamie se acomodaba contra su cuello, lo invadió una sensación de amor tan intensa que lo aturdió.

–¿Qué le parece? –preguntó ella, apareciendo en la puerta del cuarto del

bebé con tres trajes–. ¿El blanco con el tigre, el verde con el pez o el azul con Snoopy?

–Tal vez deberíamos dejar que decidiera Jamie –lo giró en brazos y fue hacia ella–. A ver cuál elige.

Reese rió expectante al tiempo que lo observaba con atención.

–No deja de mirar al perro.

–Todo niño debería tener uno –declaró Nick–. Está decidido. Snoopy.

–¿Usted tuvo uno?

–No. ¿Y usted?

–Tuvimos tres antes de irme de casa.

Reese tenía el pañal listo. Nick bajó a su hijo a la cuna y en esa ocasión se lo puso sin vacilación alguna. Ella le entregó el traje de una pieza sin piernas. Después de enfundárselo, volvió a alzarlo en brazos.

–Deje que lo peine y estará listo –al levantar el brazo, rozó el de Nick.

Algo inconsciente, leve, pero sintió su calidez contra la piel y lo siguiente que supo él fue que le había invadido todo el cuerpo.

Ni siquiera había tenido un contacto íntimo con una mujer desde la última vez que se había acostado con Erica. Ésa era la razón de esa total reacción física. *Tenía que serlo.*

–Lo primero es lo primero –declaró Reese–. Por aquí hay un cubo para pañales con un desodorante perfumado. Ah... –abrió una de las cajas–. Justo lo que necesitamos –después de colocar una bolsa, dentro fue el pañal sucio. Luego alzó la cabeza–. ¿Dónde quiere que vaya la cuna?

Él luchó por concentrarse.

–¿Qué le parece la pared más alejada? El sol allí no le dará cuando las persianas estén abiertas y dejará libre ambas puertas.

–Perfecto –apartó cosas para que él pudiera hacerla rodar por el parqué.

Nick volvió a dejar a Jamie en la hamaca y los dos se pusieron a trabajar abriendo cajas. Mientras él montaba el cochecito, ella guardó pañales, baberos, talco, crema y loción infantiles en los compartimentos de la mesa para cambiarlo. Después de verla bañar al bebé con productos no alérgicos, comprendió que había un motivo para todo lo que había comprado.

–Me alegro de que se llevara la alfombra oriental. Tengo ganas de que vea los muebles para el bebé –comentó ella al verlo ir hacia una de las cajas más grandes.

Curioso, Nick abrió la caja y descubrió una antigua cómoda blanca infantil, con rebordes verde oliva y un Winnie the Pooh pintado a mano sobre los cajones. La siguiente caja contenía una silla para bebés con forma de cerdito. En otra caja encontró una lámpara cuya base exhibía la forma de

un bote de miel. La última era la más grande. Al abrirla, encontró una mecedora para adultos con un Búho como motivo.

–Es para que pueda sentarse aquí y alimentarlo mientras lo mece y se duerme.

Había pensado en todo. El juego le encantó. *Ella* le encantaba.

Sacó todas las cajas del piso y las apiló en el pasillo. Al regresar, Reese había distribuido los muebles y depositado un suave osito de peluche en un rincón de la cuna.

–Me gusta cómo ha dejado la habitación.

Ella giró y lo miró con expresión ansiosa.

–¿De verdad?

–Dudo que haya otro cuarto de niños más acogedor que éste. Jamie crecerá encantado de estar aquí. Gracias por ayudarme –era una persona asombrosa que hacía que todo pareciera estimulante.

–Hacía años que no me divertía tanto.

También él. Las ramificaciones de ese reconocimiento empezaban a acosarlo

–Es mediodía. Necesitamos un descanso.

Reese asintió.

–Creo que su hijo está listo para otro biberón –terminó de guardar los trajecitos que había comprado en los cajones.

–En cuanto me lave las manos, probaré la mecedora nueva con él.

Al regresar unos minutos más tarde, la encontró colocando más cosas encima de la cómoda. Aparte de una edición ilustrada de Winnie the Pooh y un libro encuadernado en piel que ponía *Recuerdos del Bebé,* había añadido un chupete, un par de sonajeros, un analgésico infantil, un termómetro para bebés, su pequeño cepillo y una cajita de pañuelos de papel.

En un periodo de tiempo increíblemente corto, había dejado la firma de Jamie en el piso. En ese momento era *su* hogar, padre e hijo.

Queriendo sentir el cuerpo de su hijo, lo alzó de la hamaca y se sentó en la mecedora. Reese había dejado el biberón al lado. Mientras lo alimentaba, le puso sobre el hombro la toallita para los eructos.

–Enseguida vuelvo –dijo ella. Al regresar, se puso a sacar instantáneas con la cámara de su teléfono móvil del padre y el hijo y de la habitación–. Haré que impriman estas fotos y serán el inicio de su álbum de recortes. Mi madre llevó uno para cada uno de nosotros y yo todavía ojeo el mío. Cuando tenga tiempo, déme cualquier foto que desee añadir.

–Lo haré –después de separarse de Erica. Había instruido a las doncellas de que guardaran el álbum de la boda y las fotos juntos en la

cómoda del dormitorio que había en el otro extremo del pasillo.

Al terminar, se detuvo en el umbral de la puerta.

–Los dos se merecen un rato a solas. Mientras lo alimenta, ¿le importa que haga un recorrido del piso?

–Éste será su hogar durante los próximos tres meses. Quiero que lo trate como tal.

–Gracias.

Por el momento, necesitaba familiarizarse con la cocina. Sólo quedaban dos biberones desechables de los que había metido la niñera en la bolsa de los pañales. Reese había comprado la misma marca para prepararlos y un juego nuevo de biberones. Necesitaba pasarlos por el lavavajillas.

Al llegar a esa cocina de fantasía, sonó el teléfono de la casa. Fue tan alto, que la sobresaltó y la impulsó a correr para contestar por miedo a que pudiera despertar a Jamie, quien probablemente ya se habría quedado dormido.

–¿Hola?

–Señorita Chamberlain? Soy Albert, el conserje.

–Oh, sí. Gracias por la ayuda que me prestó ayer, Albert.

–Desde luego compró muchas cosas. ¿Cómo va la habitación del bebé?

–La tenemos montada.

–Eso suena típico del señor Wainwright. Hacer el trabajo de diez sin pensar en ello. La llamo porque han llegado sus suegros y quieren subir. ¿Está disponible?

Reese estaba segura de que Nick no esperaba a nadie, pero ella no era quien para decidirlo.

–Un momento y le diré que se ponga al teléfono –dejó el auricular y se apresuró a ir al cuarto de Jamie.

El bebé había terminado el biberón y empezaba a cerrar los ojos apoyado sobre el hombro de su padre. Odió molestarlos, pero no tenía alternativa.

–Albert está al teléfono. Dice que sus suegros están abajo y que quieren subir –musitó de forma apenas audible.

Nick le dio un beso a Jamie en la cabeza antes de incorporarse con un movimiento ágil y fluido.

–Hablaré con él desde el teléfono de mi dormitorio.

Regresó a la cocina. En cuanto oyó la voz profunda de él, colgó el auricular.

Los biberones aún esperaban. Los sacó de sus envoltorios y los metió en el lavavajillas. Debajo del fregadero encontró todo lo necesario para

poner en marcha el electrodoméstico.

Una vez terminado el proceso, leyó las instrucciones y se puso a preparar los biberones. Nick eligió ese momento para introducir a una pareja mayor, atractiva y bien vestida, en la cocina.

–Lo siento. Estaba preparando los biberones de Jamie –se secó las manos con un trapo limpio.

Vio que los ojos de él brillaban con una emoción que no logró definir.

–No pasa nada. Reese Chamberlain, quiero que conozca a los abuelos de Jamie, Anne y Walter Hirst. Querían conocerla.

–Por supuesto –se acercó para estrecharle las manos–. Es un placer conocerlos.

CAPÍTULO 4

AUNQUE los suegros de Nick eran personas atractivas, los ojos del señor Hirst reflejaron desagrado al saludarla. Su mujer se mantuvo rígida y muda. Reese sintió pena por la mujer que había perdido a una hija hacía tan poco tiempo. En las dos caras aún podían verse vestigios de dolor.

Eso debía ser algo brutal para Nick, quien también aún intentaba superar la pérdida de su esposa. Cambió a Jamie al otro hombro. Mirándola a ella, dijo:

–Les he explicado que los tres todavía estamos tratando de conocernos. Deje lo que esté haciendo y venga con nosotros mientras les enseño el cuarto del pequeño.

No sabía por qué deseaba que los acompañara, pero obedeció la orden subyacente en la petición. Al llegar a la habitación, a la abuela de Jamie se le escapó un súbito jadeo.

–¡Qué sorpresa! –exclamó–. ¿Dónde has puesto tu despacho?

–Desmantelado en otro dormitorio. Como podéis ver, vamos progresando gracias a la señorita Chamberlain, así que no debéis preocuparos por el bienestar del bebé. Siéntate en la mecedora y sostén a Jamie. Acaba de recibir su baño y de tomar un biberón. Dudo que vuelva a tener hambre al menos hasta dentro de un par de horas.

Le entregó al bebé. Reese esperó que no se pusiera a llorar al abandonar los brazos de Nick. Para su alivio, alzó la vista hacia la cara de la abuela. Fue un momento dulce. Jamie tenía una naturaleza maravillosa.

–Te traeré una silla de mi habitación, Walter –Nick regresó en un segundo–. Ahora podéis disfrutar del pequeño juntos.

Con movimientos tiesos, se sentó junto a su esposa.

Por acuerdo tácito, Reese abandonó la habitación con Nick y se dirigieron a la cocina.

–¿Qué puedo hacer para ayudar?

–Necesito terminar de preparar estos biberones –Nick encontró las tapas y al rato la tarea estaba acabada y ocho biberones frescos guardados en la nevera–. Tenía la impresión de que harían una visita sorpresa –murmuró–, pero no antes de mañana.

Lo que quería dar a entender era que sabía que aparecerían cuando ella estuviera sola para comprobar cómo se ocupaba de su nieto. Pero al presentarse ese día, quedaba claro que no habían sido capaces de esperar tanto.

–Lo echan de menos –comentó–. ¿Y quién no? Vale su peso en oro. Todavía no ha llorado ni una sola vez.

Nick asintió.

–Lo sé.

–No todos los bebés muestran esa disposición maravillosa. Debería tranquilizar a su suegra ver que se adapta tan bien al cambio de entorno.

La atrapó con su mirada.

–Eso se debe a que usted no le ha dado ningún motivo para irritarse. Cuando buscaba niñera, jamás se me pasó por la cabeza que en mi limusina se subiría Mary Poppins.

Ella sonrió. Era mejor que Nick la viera como ese personaje ficticio.

Por desgracia, a ella no le pasaba lo mismo con él. Conocerlo había hecho que lo viera como alguien muy real y carismático a pesar del profundo dolor que lo embargaba, o quizá debido a ello. Ni por un segundo se permitía el lujo de olvidar que se trataba de un hombre que acababa de perder a su esposa. Ni siquiera habían pasado tres meses. Lo que tenía que hacer era centrarse únicamente en Jamie.

Se miraron y algo intenso pasó entre ambos, dejándola sin aliento.

–¿Nick?

Los dos se volvieron en la dirección de la voz de su suegra. La interrupción había estropeado un momento que Reese había disfrutado mucho y algo más que todavía no estaba preparada para analizar.

–Nos gustaría hablar contigo un minuto, por favor –añadió la mujer mayor.

Las palabras secas e imperiosas significaban que los había oído reír juntos. Temió que hubiera representado una afrenta a su sensibilidad. Era una situación incómoda. Se dijo que Nick no debería haber ido a la cocina con ella.

–Claro, Anne –miró a Reese otra vez–. Discúlpeme. ¿Por qué no llama abajo y pide sándwiches y ensalada para nosotros? Que nos preparen el almuerzo en la terraza. Cesar sabe lo que me gusta.

–De acuerdo –alzó el auricular y dio la orden de Nick a la cocina, pidiendo que añadieran una jarra de café.

Aliviada al quedarse sola al fin, arregló las cosas que había usado en la cocina hasta que volvió a quedar inmaculada, luego salió a la terraza, el único lugar seguro del piso en ese momento. Mientras esperaba que

llevaran la comida, miró por el telescopio. En cuanto realizó unos ajustes, disfrutó de una vista espectacular de la Gran Manzana. A partir del día siguiente se llevaría a Jamie a explorarla en el cochecito. Central Park estaba a sólo dos manzanas de distancia.

–¿Señorita Chamberlain?

Apartó la cabeza del visor del telescopio y descubrió a un camarero uniformado distribuyendo platos en la mesa de la terraza. Sus ojos negros la estudiaron con evidente interés masculino. Tendría poco más de veinte años.

–Estoy seguro de que no la he visto antes. Me llamo Toni.

–Hola.

–Tengo entendido que es la nueva niñera.

–Así es.

–Yo trabajo aquí toda la semana desde los martes.

–¿Le gusta?

Él sonrió.

–Ahora sí. Si quiere algo, llame a la cocina durante mi turno y pregunte por mí.

–Creo que tenemos todo lo que necesitamos –respondió por ella una voz profunda y masculina.

Nick había salido a la terraza, sorprendiéndolos a ambos. Tenía un aura que podía intimidar. En ese momento, sonaba vagamente desdeñoso.

–Buenos días, señor Wainwright –Toni se marchó de la terraza con el carrito sin más demora.

–¿La estaba molestando, Reese?

Ella movió la cabeza.

–Sólo se mostraba amigable. Nada más –fue hasta la mesa con la enorme sombrilla y se sentó–. ¿Sus suegros siguen aquí?

Se sentó frente a ella.

–No. Después de que Jamie se quedara dormido, se marcharon para comer con unos amigos. De lo contrario, los habría invitado a almorzar con nosotros.

–¿Cree que esta visita los ha ayudado?

Nick quitó las tapas de sus bandejas.

–Estoy seguro de que no ha sido así, pero no había nada sobre lo que pudieran quejarse. Es evidente que con usted aquí, todo se halla bajo control.

Pero Reese sabía que habían hecho comentarios despectivos sobre ella. Si la mirada que la señora Hirst le había dedicado en la cocina podía causar daño, habría quedado vaporizada en un instante.

–Antes Walter me dijo que Anne se sentía... frágil –añadió él, como si eligiera las palabras con cuidado–. Después del modo en que ambos se comportaron hoy, puedo ver que siguen molestos por la idea de que trajera a Jamie a casa. Debería haberlo hecho antes.

–Cuesta tomar decisiones cuando se está sufriendo.

–¿Lo sabe por propia experiencia? –planteó la pregunta con suavidad mientras comía un sándwich.

–Mi novio y yo rompimos en Navidad. Fue muy duro, pero no podría compararlo con su pérdida. Es difícil sacar a un bebé adelante sin su madre.

–Erica estaba con buena salud hasta que ingresó en el hospital. El parto no fue normal. Cuando llegamos allí, la placenta se había desgarrado y ella ya había perdido demasiada sangre. El médico realizó una cesárea antes de que Jamie sufriera problemas.

–Gracias al cielo por eso –susurró ella–. Es un angelito.

La observó con mirada velada.

–¿Eso significa que aún no piensa en romper el contrato?

–Si me conociera mejor, sabría que jamás haría eso, pero doy por hecho que sus suegros no tienen mucha fe en mí. Desde la perspectiva de ellos, supongo que es comprensible.

–Me siento muy complacido de que esté aquí para ayudar a Jamie, así que no nos preocupemos por ellos. Como usted ha dicho, cuando una persona está de luto, sus emociones se encuentran alteradas. Nada los ayudaría salvo recuperar a Erica.

Era evidente que Nick también hablaba de sí mismo. Lo mejor era cambiar de tema.

–He estado pensando... ¿Qué le parece que mañana me lleve a Jamie a dar una vuelta en el cochecito? Al principio, paseos cortos. Dependiendo de cómo reaccione, tal vez los alarguemos.

–Perfecto. Luego programaremos su teléfono móvil para que pueda llamarme a mí o a Paul en cualquier momento. Cuando quiera llevar a Jamie más lejos, arréglelo con él. La conducirá a sitios donde podrá explorar hasta que se canse. Le daré un juego de llaves del ático para que lo lleve consigo siempre. Lo único que le pido es que hable con Albert cuando salga o cuando venga. Es por su seguridad.

En otras palabras, con el dinero de Nick, sería un blanco natural si alguien decidiera organizar un secuestro. Empezaba a comprender la enorme responsabilidad que había asumido.

–Tendré extremado cuidado con él, Nick.

–No lo dudo –terminó su ensalada–. Por la mañana le abriré una cuenta en el banco para que pueda disponer de fondos a los que poder recurrir.

–Gracias.

–Todavía no hemos hablado de su horario. Si puedo contar con usted de lunes a viernes hasta las cinco cada día, entonces el resto del tiempo es suyo para que haga lo que le apetezca. ¿Qué le parece?

Increíblemente generoso.

–No podría pedir un acuerdo más perfecto. Pero, por favor, siéntase libre de contar conmigo si le surge algo por la noche o el fin de semana y necesitara mi ayuda.

–Si eso sucediera, le pagaría horas extra.

–No será necesario. Que se me permita vivir aquí, con este lujo y la comida pagada, es como otro sueldo en sí mismo. No soñaría con aceptar más dinero que el que hemos acordado –se sirvió ensalada.

Esos ojos oscuros proyectaron una expresión divertida. Para su irritación, sintió que el corazón se le desbocaba.

–Como ya hemos arreglado eso, ¿hay alguna pregunta que desee formularme?

–En este momento sólo se me ocurre una. ¿Sabe cuándo se supone que Jamie ha de realizarse su siguiente chequeo?

–Le niñera me indicó que vio al pediatra hace tres semanas. Pienso llevarlo a un pediatra nuevo aquí en la ciudad llamado Wells. Lo llamaré mañana y le preguntaré cuándo desea verlo. Solicitarán el envío de su historial médico de inmediato –se reclinó y bebió café–. Si hay algo que le apetezca hacer durante el resto de la tarde, aproveche el tiempo, Reese. Yo pienso trabajar un poco aquí y hacer unos largos en la piscina.

–¿Cómo va a poder trabajar cuando en su despacho reina un desorden absoluto?

Él rió entre dientes.

–Luego me preocuparé de eso.

–Luego el desorden seguirá presente. ¿Por qué no nos ocupamos del otro dormitorio mientras Jamie descansa? Me sentiré mejor si preparamos su despacho.

La sonrisa de él la conquistó.

–De acuerdo, pongámonos manos a la obra –se puso de pie–. Pero cuando hayamos terminado, yo me encargaré de Jamie hasta que me marche a trabajar por la mañana.

–Estará encantado de recibir toda su atención.

Una vez que comprobaron que el bebé dormía plácidamente, fueron al otro dormitorio.

Era una visión de color blanco y café con leche. Unas cortinas blancas colgaban de la ventana enorme que daba a una fabulosa vista de la ciudad.

Había un sofá con una tapicería de la misma tonalidad y una alfombra blanca con un diseño geométrico en tonos beige.

–Es una habitación preciosa –comentó–. Por suerte, es lo bastante grande como para acomodar todo si movemos el sofá contra esa pared. ¿Qué le parecería si colocáramos su escritorio delante de la ventana, donde pueda disfrutar de la vista? Si hay demasiada luz, siempre puede echar las cortinas. Y aquí a la izquierda colocaremos su ordenador. Recuerde que si se cansa, sólo tendrá que caminar unos pasos para llegar a la cama.

Él se puso a estudiar la habitación y Reese se acercó a la ventana, esperando hasta que tomara una decisión.

–Se me ocurre una idea mejor –indicó y ella giró, curiosa por escuchar lo que tenía que decir–. Voy a abandonar la idea de tener un despacho y cuando no me quede otra alternativa, trabajaré desde un portátil en mi dormitorio.

–No entiendo –inquirió incrédula.

–El día tiene un número de horas. Si no logro conseguir lo que pretendo en la oficina, entonces se lo delegaré a otra persona. Ahora tengo un hijo en el que pensar –explicó como con la mente en otro sitio–. Por favor, disfrute del resto de día como le apetezca. Yo iré a la piscina.

Una vez que sus asuntos habían concluido, él tenía otros planes que no la incluían. Era una tontería lo desolada que se sintió.

Decidida a desterrar esa sensación, fue a su dormitorio para ponerse a estudiar. Pero una hora más tarde comprendió que había estado repasando la misma sección sin que nada quedara en su mente. Sólo era capaz de pensar en un par de ojos oscuros que le desbocaban el corazón.

Lo que necesitaba era dar un buen paseo por el parque para despejar la mente.

–¿Albert? –Nick se acercó a la recepción a las tres de la tarde–. ¿Ha salido ya la señorita Chamberlain con Jamie? –era viernes. Había delegado algo de trabajo con el fin de llegar pronto a casa para estar con su hijo.

–Se fue hace una media hora.

–Gracias.

Se sintió desilusionado, ya que no sólo había esperado ver a su hijo. Toda la semana había llamado a Paul a las cinco menos cuarto para que lo esperara en la entrada y lo llevara a casa. Ese día no pudo aguantar más y supo que había provocado sorpresa entre sus empleados al marcharse dos horas antes.

Supo que la compañía constante que habían mantenido durante esos dos días lo había malacostumbrado. En ese momento echaba de menos hablar

con Reese. Era la mujer más vivaz que jamás había conocido. Inteligente. Su conversación lo estimulaba y no había ninguna duda de que Jamie la adoraba.

Como no tenía ninguna razón legítima para impedirle hacer lo que deseara con su tiempo libre, por lo general se llevaba al pequeño arriba, al gimnasio, y se ejercitaba delante de él.

Durante toda la semana no había llamado ni una sola vez a la cocina para pedir la cena, lo que no le brindó la posibilidad de unirse a ella. Al parecer le gustaba prepararse su propia comida y cenaba antes de que él llegara, frustrándolo de forma indecible.

Incapaz de aguantarlo más, quebró su propia regla y la llamó. Contestó a la cuarta llamada.

–¿Hola, Nick? ¿Llama desde la oficina?

La voz sonaba insegura, si no algo ansiosa. Desterró la idea de que ya sabía cómo interpretar los estados de ánimo que la embargaban por el simple hecho de escucharle la voz. Tenía que recordarse que sin importar lo mucho que disfrutara de la compañía de Reese, sólo era una presencia temporal en su vida y en la de Jamie.

–No. ¿Dónde están usted y Jamie?

–En el parque. ¿Sucede algo?

Le molestó que pareciera que tuviera que existir algún tipo de urgencia para justificar poder estar con ella fuera del horario establecido. «¡Horario que tú mismo organizaste, Wainwright!»

–Pude acabar temprano el trabajo y decidí pasar el resto del día con mi hijo.

–Regresaré de inmediato a casa, entonces.

–Eso no será necesario. Dígame dónde los puedo encontrar.

Percibió un titubeo. No supo si se debía a que desconocía el lugar exacto en el que se hallaban o al hecho de que no quería su compañía. ¿Tendría miedo de estar a solas con él? En el fondo de su ser, sabía que no le era indiferente, pero tal vez no quería que la relación entre ambos pasara a un plano más personal. Él mismo sabía que sería un error difuminar las líneas que había entre ambos, pero cada vez se sentía más encantado con Reese.

Hizo una mueca al pensar que podría estar en contacto con su ex novio. ¿Era posible que aún sintiera algo por él? Tenía demasiadas preguntas para las que todavía no disponía de respuestas.

–Estamos delante del Sweet Café observando los barcos de vela.

–No se marche. La veré en breve.

En cuanto cortó, se quitó el traje y se puso ropa más informal. Para

ahorrar tiempo, hizo que Paul lo dejara en el borde oriental del estanque.

Un rubia hermosa con el cabello atractivamente revuelto captó su atención junto al agua, donde examinaba uno de los barcos. Lucía un top tenue en tonalidades azules y verdes con unos vaqueros que le definían las caderas a la perfección. Su cuerpo esbelto pero curvilíneo le recordó a alguien. Se acercó y de pronto el corazón le latió con fuerza porque vio a Jamie en el cochecito que ella tenía delante.

–¿Reese?

Ésta giró y el movimiento hizo que el pelo le cayera sobre un hombro. Lo había despistado el cambio de estilo en el peinado. No pudo decidir cuál le gustaba más. Pero sí sabía que ese cabello exhibía la clase de textura que hacía que tuviera ganas de entrelazar los dedos con él.

Lo miró largo rato antes de desviar la vista e inclinarse para recoger a Jamie del cochecito.

–Mira quién ha venido –en cuanto el pequeño vio a Nick, se animó y comenzó a retorcerse para ir hacia él–. Reconoces muy bien a tu papi –Reese rió suavemente mientras se lo entregaba.

Besó a su hijo y lo meció un rato.

–¿Me has echado de menos hoy? Sé que yo a ti sí –le dio un beso en la barriguita, lo que provocó más sonrisas y carcajadas. Estaba orgulloso de reclamarlo y agradecido del meticuloso cuidado que se tomaba Reese en arreglarlo–. ¿Ha ido al extremo norte para ver la estatua de Alicia en el País de las Maravillas?

Ella asintió.

–Es maravillosa. En particular me gustó el Sombrerero Loco. Estoy impaciente porque Jamie sea lo suficientemente mayor para... –calló.

A Nick le resultó fascinante el rubor súbito que invadió sus mejillas.

–¿Para qué? –instó, conociendo ya la respuesta.

–A veces tengo la tendencia a adelantarme. Es obvio que no estaré presente cuando sea mayor... es que a veces resulta duro pensar que no veré crecer a este pequeñajo.

A Nick lo gratificó descubrir que ye tenía tanto apego a Jamie. La verdad era que en las últimas semanas había estado imaginando un futuro que los incluía a los tres. Desde el momento en que la llevó al ático, había sido más feliz que en el resto de su vida.

No podía atribuirlo a una cosa o momento específicos. Lo único que sabía era que la tenía en la mente hasta el punto de interferir con su concentración en el despacho.

–Comamos algo mientras estamos aquí. ¿Ha comido?

–No había planeado hacerlo hasta volver al ático.

–¿Tiene hambre?

–He de reconocer que una ensalada y una limonada serían perfectas.

Sin duda reducía sus gastos conteniéndose en la comida.

–Yo estoy más hambriento –miró a su hijo–. ¿Y qué me dices tú, colega?

Reese respondió por él.

–Estoy segura de que no rechazará un biberón. Hace calor aquí.

Con Jamie apoyado en su hombro, Nick empujó el cochecito. Juntos fueron a una mesa vacía y se sentaron bajo la sombrilla. Él miró alrededor y pensó que hacía años que no iba por allí. Había estado tan ocupado ganando dinero para la empresa, que una parte de su vida lo había dejado atrás

–Aquí hay un biberón para él –Reese también le entregó la toallita para el eructo final.

–Gracias –contuvo el aliento cuando sus ojos se encontraron–. Ahí viene el camarero. ¿Quiere pedirme un sándwich de carne y un café mientras le doy de comer a Jamie?

El bebé estaba hambriento y prácticamente succionó de una tirada todo el contenido del biberón, luego soltó varios eructos lo bastante sonoros como para hacer que otros comensales giraran la cabeza con una sonrisa.

Reese rió, un sonido que a él le encantó.

Mientras ella comía la ensalada y él su sándwich, le comentó:

–¿Le he mencionado que voy a llevarlo con sus abuelos por la mañana?

Ella asintió.

–Apuesto que están impacientes por verlo.

–La próxima vez la llevaré con nosotros –una sombra cruzó por ese rostro hermoso

–¿Por qué iba a hacerlo?

–Primero, porque le gustará un cambio de paisaje. Segundo, porque Jamie ya está apegado a usted. Otra semana disfrutando de su atención exclusiva, y le costará separarse incluso un día de su lado. Con usted para tranquilizarlo, las cosas irán mejor –pudo ver que la idea le preocupaba–. No se sienta agobiada, dispondrá de libertad para dar paseos por ciertas zonas de la propiedad. Hirst Hollow está abierto al público lo sábados. Le encantarán los jardines florales.

Reese se acabó la limonada antes de responder. –Sin importar lo que diga, a su suegra no le gustará ver a la niñera acompañándolos, ¡y en especial a esta niñera! –No le quedará más remedio que acostumbrarse. Usted forma parte de mi casa.

–Pero Jamie no viene de una casa normal.

–Adelante –instó, bebiéndose el resto del café. Sentía curiosidad por lo que tenía que decir. –No quiere que se lo diga. –Se equivoca –replicó–. Me fascina cualquier cosa que tenga que decir al respecto.

–Si lo hiciera, podría interpretarlo como un insulto, y es lo último que busco cuando acabo de conseguir un trabajo de ensueño.

–Al menos tenga la cortesía de contarme en qué *no* es normal el hogar de mi hijo. Yo tengo que trabajar, y necesito a alguien que cuide de Jamie... ¿qué hay de malo en eso?

Ella tomó la decisión de hablar.

–En el poco tiempo que llevo trabajando para usted, he descubierto que Jamie es un Hirst y un Wainwright, un miembro de dos grandes familias estadounidenses.

–¿Quiere decir que sólo respiramos la atmósfera enrarecida de la clase alta de la Inglaterra que se remonta a varios siglos atrás? Tiene razón, señorita Chamberlain. Alguien lo expuso mejor que lo que yo hubiera podido hacer. «En nuestro mundo, los hombres eran mejores que las mujeres, los caballos mejores que los perros y Harvard mejor que todo lo demás».

Se ruborizó, pero no rehuyó su mirada.

–Jamás debería haber sacado el tema.

–¿Por qué no? Es la verdad. ¿Sabía que los Wainwright han tenido caballos en Long Island desde hace más de doscientos años? No hay nada más importante que el pedigrí y pertenecer a los clubes apropiados. Ni siquiera los matrimonios tienen tanta importancia mientras los principios pertenezcan a ese mundo exclusivo en el que las mujeres aportan el elemento decorativo. Todo el mundo tiene jerarquía, algunos más alta que otros. Uno es consciente de su posición social en todo momento. Y sólo estamos hablando del caparazón exterior. A diferencia de la carne delicada y tierna del cangrejo, su interior es incluso más duro. Los ciega al amor y a la comprensión de sus propios hijos.

Vio que la emoción oscurecía los ojos de Reese.

–La familia de Erica y la mía comparten un linaje que durante siglos ha estado enamorado de sí mismo. Perfeccionaron el modo «correcto» de hacer las cosas hasta convertirlo en un arte al tiempo que distanciaban a sus hijos con sus críticas y desapego.

–Por eso mismo hay cosas que no se hacen, como contratar a una niñera inapropiada como yo, a alguien como yo.

–Correcto. Por el modo en que abraza y besa a Jamie todo el tiempo, es usted la niñera menos apropiada que pueda haber, lo que la hace perfecta para el trabajo.

Ella frunció el ceño delicado.

–Eso ha sonado como una declaración de guerra.

–Guerra... divorcio... En última instancia, son lo mismo. Es hora de que el ciclo de la desatención termine, empezando por Jamie.

–¿O sea que me está usando como conejillo de indias?

–Nick asintió sin ningún pudor–. La señora Tribe mencionó que iba a contratar a otra niñera en el otoño. ¿Qué será de ella?

–Como fue mi suegra quien organizó todo eso, dejaré que sea ella quien repare el error. Barbara Cosgriff es otra «pura sangre». Anne y ella forman parte de un círculo muy elitista. Los Cosgriff dejarán de necesitar a su niñera en septiembre, por lo tanto, están encantados de hacerle ese favor a mi suegra, quien habló en mi nombre sin mi permiso, algo que se le da muy bien hacer.

–Entonces, ¿a quién piensa contratar?

–Aún no estoy seguro de nada, pero no hace falta decir que quienquiera que sea, será absolutamente inapropiada.

Reese esbozó una sonrisa triste. –Es usted un hombre inteligente que se está ganando mi simpatía, de modo que seré una cómplice dispuesta. –Digamos que por el bien de Jamie, me gustaría tener su ayuda. ¿Está conmigo en esto? Ella miró al bebé, quien empezaba a despertarse. Soltó un suspiro atribulado. –Es mi jefe. Necesito este trabajo y adoro a Jamie, por lo que haré todo lo que pueda por usted.

Nick soslayó la pequeña pulla que sintió al referirse a él como su jefe. Esperaba que se sintiera inclinada a hacerlo por él. Sacó la cartera y depositó unos billetes sobre la mesa.

–Dispone de una semana entera antes de que la obligue a encarar al dragón. Destierre el pensamiento hasta que llegue el momento de tratar con ella.

–No es tan fácil.

–Pero sí posible. Recuerde que yo tengo más práctica en ello que usted –se puso de pie–. Si empuja el cochecito, yo llevaré a Jamie hasta el coche. Le gusta tanto su baño, que creo que lo llevaré a nadar un poco a ver cómo lo hace. ¿Ha nadado usted ya?

–No tengo bañador.

–Pero sabe nadar, ¿verdad?

–Sí.

–En mi adolescencia solía navegar mucho. Es un deporte que me gustará practicar con mi hijo. Si él va a compartir ese amor conmigo, entonces necesita empezar a acostumbrarse al agua. Ya se siente seguro con usted. La próxima vez que salga con Jamie, cómprese un bañador.

Considérelo su uniforme y cárguelo a mi cuenta.

CAPÍTULO 5

EL SÁBADO, Reese trató de estudiar, pero al final se rindió. Con el ático vacío, se sentía perdida. Se preparó un sándwich para el almuerzo y luego se marchó a Macy's, en Herald Square.

Los atestados grandes almacenes lo tenían todo, incluido lo inimaginable. Después de dar varias vueltas, encontró algunos bañadores en oferta para Jamie y para ella.

Estando próximo el día del padre, encargó que le enviaran al suyo un pequeño cuadro enmarcado de Park Avenue. Adjuntó una nota pidiéndole que lo colgara en el despacho del almacén.

Mientras buscaba los juguetes, descubrió un velero pintado a mano en tonos celestes con una vela blanca que Jamie podría regalarle a su padre. Tenía el tamaño perfecto para un escritorio o una cómoda. El artista lo había llamado *The Flying NJ*. Le pidió a la vendedora que lo envolviera para regalo.

Cuando llegó al piso, eran las siete pasadas.

Al ir por el pasillo en dirección a su dormitorio, casi choca con Nick.

–Oh... no sabía que estaba en casa –el pulso se le desbocó al verlo con unos pantalones de color tostado y una camisa de seda azul medianoche. Se lo veía y olía maravilloso.

La miró.

–Da la impresión de que ha estado divirtiéndose. ¿Hay un biquini dentro de esas bolsas?

Se ruborizó sin motivo aparente.

–Sí, entre otras cosas.

–Espero que haya cargado todo a mi cuenta.

–Hoy no –movió la cabeza–. Discúlpeme mientras voy a guardarlo todo.

–No sé usted, pero yo aún no he cenado. Paul nos va a llevar a Nolia's en el Greenwich Village. Preparan un salmón y una lubina para morirse.

Ella se mordió el labio. Era obvio que necesitaba relajarse después de haber estado con sus suegros.

–¿No será un día demasiado largo para Jamie?

–Hoy se quedará en casa. Rita, una de las doncellas que lleva tiempo trabajando aquí, va a cuidar de él durante nuestra ausencia. Llegará de un momento a otro.

Salir a cenar a solas con Nick no formaba parte de su trabajo de niñera, pero cuando pensó en rechazar la invitación, comprendió que anhelaba tanto estar con él, que sintió un hormigueo en el estómago.

–¿Qué debería ponerme?

–Cualquier cosa con la que se sienta a gusto.

En otras palabras, no se requería un vestido formal.

Diez minutos más tarde, se reunió con él en el recibidor luciendo un vestido sin mangas con un escote redondeado, negro con lunares blancos. Después de soltarse la coleta y cepillarse el cabello, se lo había recogido en la nuca con un pañuelo negro de chifón y se había enfundado unos zapatos del mismo color de tacón bajo.

El destello en los ojos de Nick al verla, estableció el tono para el resto de la velada, haciendo que se sintiera febril durante la deliciosa cena. Un grupo de jazz que tocaba en vivo lo impulsó a bailar con ella.

Nick le había dicho que quería que experimentara parte de la vida nocturna de la ciudad mientras trabajara para él. En su ingenuidad, había cedido a esa tentación y creído que podría manejar la situación, pero como él la pegara a ese cuerpo duro una vez más, la sentiría temblar.

–Es una gran bailarina, Reese.

–Gracias. También usted baila muy bien.

–Podría hacerlo toda la noche –le murmuró cerca del oído.

«No digas una palabra más, Nick».

–Si no hubiera estado dando vueltas toda la tarde por Macy’s, nada me gustaría más.

–Había olvidado eso. Debería haberlo mencionado antes. Nos iremos de inmediato.

Regresaron al ático en la limusina. Los recibió la doncella.

–Jamie no ha dicho ni pío.

–Gracias, Rita.

–Ha sido un placer –dijo antes de marcharse.

Cuando la puerta se cerró, Reese miró a su apuesto anfitrión.

–Gracias por una noche maravillosa, Nick. Debo ser la niñera más afortunada de Nueva York, con el jefe más agradable y el bebé más dulce.

Le sonrió con ojos velados.

–Tendremos que repetirla.

No, no.

–Por si lo ha olvidado, la Cenicienta sólo gozó de una noche en el baile.

No sería apropiado que la empleada esperara una repetición con el príncipe. Buenas noches, Nick.

Se marchó al dormitorio meditando en sus palabras sinceras. Perder la cabeza por ese hombre, cuando le pagaba por realizar un trabajo, sólo conseguiría partirle el corazón... e instintivamente sabía que eso sería algo de lo que jamás lograría recuperarse.

El resto de la semana se aseguró de que Jamie y ella estuvieran presentes para recibirlo cuando entrara en el ático, pero eso fue todo. Después de informarle sobre el día que había tenido su hijo y contestar cualquier pregunta que él pudiera hacerle, desaparecía para ir a concentrarse en los estudios.

Al llegar el viernes, se hallaba estudiando ante su portátil cuando oyó un grito nítido a través del monitor infantil. Jamie apenas llevaba durmiendo una hora después del biberón de la una. Se levantó de la cama y fue a la habitación del pequeño. Alarmada al verlo tan angustiado, lo alzó para consolarlo.

–Mmm... estás caliente –fue a la cómoda en busca del termómetro. Hasta el momento había gozado de una salud excelente que casi ya daba por sentada–. Oh, oh... Treinta y ocho y medio. Eso no está nada bien. Veamos qué pasa –cuando le abrió el trajecito elástico y el pañal, descubrió que tenía diarrea–. Oh... te duele el estómago –volvió a limpiarlo y le puso un pañal y un traje nuevos.

Durante la hora siguiente, lo paseó al hombro por el piso, cantándole todas las canciones que podía recordar con el fin de consolarlo. Siguió mostrándose agitado y quejándose. Luego soltó un grito penetrante antes de que Reese sintiera que volvía a tener diarrea.

Regresó a su habitación y otra vez lo limpió. En esa ocasión le aplicó una crema para que no se le irritara el culito. Al volver a alzarlo, Jamie se acomodó contra el cuello de ella. Reese notó que seguía caliente.

Sin vacilar, lo llevó a su dormitorio y sacó el móvil para llamar a Nick. Era la primera vez que lo llamaba al despacho, y aunque detestaba molestarlo, sabía que querría que le informara de lo que sucedía.

–¿Reese? –contestó a la tercera llamada–. ¿Sucede algo?

–Jamie tiene diarrea y treinta y ocho de fiebre. Va a necesitar algo para bajarla, pero no estoy segura de lo que recetará el médico.

–Llamaré al doctor Wells ahora mismo. ¿Cuánto tiempo lleva enfermo? Al irme esta mañana, parecía bien.

–Lo sé. Despertó llorando en mitad de su siesta de la tarde. Hasta no saber que nos recomiende el doctor, le daré agua para mantenerlo hidratado.

–Voy para allá –declaró con tono firme.

Para sus adentros, ella se sintió aliviada. Por lo general, Nick ocultaba bien sus emociones, pero quien estaba enfermo era su hijito. Debía estar tan nervioso como ella, si no más.

–Mientras intenta hidratarlo –añadió antes de colgar–, llamaré al médico y luego pasaré por una farmacia.

Al terminar la conversación, Reese fue a la cocina para llenar un biberón con agua fresca. Jamie pareció bastante ansioso por beber, pero para cuando llegó a su habitación y lo alimentó un poco, el pequeño vomitó.

Lo depositó en la cuna y le cambió de ropa una segunda vez. La temperatura le había subido otra décima. Humedeció un trapo y le mojó la frente y las mejillas.

Al rato Nick entró en el ático.

–¿Reese?

–En el cuarto de Jamie.

En el momento en que entraba, el bebé volvió a vomitar. Eso lo asustó tanto, que hizo que se pusiera a llorar con más fuerza. Después de que ella le limpiara la boca, Nick se lo quitó de los brazos y lo acurrucó contra su pecho.

–Eh, colega... ¿qué te ha pasado?

Reese lo miró.

–¿Ha llamado al pediatra?

–Su enfermera me dijo que me llamaría. Mientras tanto, debemos intentar suministrarle líquidos, aumentando las dosis poco a poco. –Es lo que he estado haciendo, pero pasado un minuto, lo vomita. Debe tratarse de algún tipo de gripe.

–La enfermera dijo que podíamos tratar de darle algo con sabor dulce. Le he comprado una botella de Pedialyte con sabor a cereza. Es afortunado de tenerla a usted aquí.

Él siempre la alababa, lo que la impulsaba a desear hacerlo todo bien.

–La llevaré a la cocina para llenar un biberón.

Al regresar, Nick le informó de que había llamado el médico.

–Debemos vigilarlo. Si no conseguimos que retenga algo, hemos de llevarlo a urgencias. El hospital lo mantendrá al corriente.

Ella asintió. Al atardecer Jamie había vomitado suficientes veces como para convencerla de que se trataba de algo serio. La fiebre no bajó en ningún momento.

–Parece demasiado aletargado.

La cara de Nick mostraba preocupación.

–Llevémoslo al hospital. Le diré a Paul que traiga el coche. –Mientras usted lo abraza, yo guardaré algunas cosas en un bolso.

Paul los llevó hasta la entrada de urgencias.

Un miembro del personal de dicha sección los condujo a un cubículo. Inmediatamente después, otra persona entró. La identificación que llevaba ponía Doctor Marsh. Se puso a comprobar los signos vitales del bebé.

–¿Cuánto tiempo lleva enfermo. A Jamie no le gustaba que lo examinaran. Sus gritos desgarraron el corazón de Reese.

–Aproximadamente, desde las dos. Sucedió tan deprisa que no podía creérmelo. Hemos intentado que se hidratara, pero no deja de vomitar todos los líquidos y no ha hecho pis en varias horas.

–Tendremos que hacerle un cultivo para averiguar si la infección es bacteriana, pero yo diría que ha pillado un rotavirus.

–¿Qué es eso exactamente? –las facciones de Nick mostraban una gran ansiedad.

–Una enfermedad del intestino que causa diarrea y vómitos. La mayoría de los niños sufre varias incidencias de este tipo al llegar a los cinco años.

–¿Cómo ha podido infectarse?

–Se transmite de varias maneras, pero imagino que su hijo la pilló por el aire. La tos de alguien podría haberla diseminado. Es muy contagiosa.

–Tengo entendido que es grave... –soltó Reese.

–Puede serlo si no se trata. Si tengo razón, lo aislaremos y lo hidrataremos con un gotero de suero para devolverle los minerales a su cuerpo y que el nivel de fluidos recupere la normalidad. Debería superar esto sin ninguna consecuencia. ¿Quién es su pediatra?

–El doctor Hebert Wells.

–En un minuto vendrá un equipo para extraerle una muestra de sangre. Cuando sepamos con certeza a qué nos enfrentamos, llamaremos a su médico. Si es bacteriano, él lo tratará con un antibiótico.

Reese cruzó los brazos para controlar su agitación.

–Si hace falta que le coloquen un gotero, dónde lo insertarán... es tan pequeño –preguntó Nick.

–El equipo lo decidirá, pero probablemente sea en el pie. Duele un instante, pero luego nada. Adelante, abrace a su bebé antes de que alguien de personal lo lleve a la zona de aislamiento.

Cuando el médico abandonó el cubículo, Nick alzó a Jamie. En cuanto estuvo otra vez en los brazos fuertes de su padre, se calmó un poco, pero era evidente que estaba sufriendo. Reese le acarició la cabeza.

–Estás exhausto, ¿verdad, cariño?

–Los dos estamos aquí... –le dijo Nick con voz tranquilizadora a su

hijo– y pronto vas a sentirte mejor.

Al rato entró alguien que los llevó por unas puertas dobles a una zona restringida donde los instaló en una habitación privada. Jamie lloró un poco más.

–Creo que quiere estar con usted, Reese –Nick le pasó al bebé.

Ella lo abrazó y le cantó. La música lo mantuvo algo sosegado.

Alzó la vista y vio una expresión de tal dolor en los ojos de Nick, que le partió el alma.

Algo le indicó que estaba pensando en su esposa y en la rapidez con que la había perdido una vez que habían llegado al hospital. En las dos semanas que hacía que lo conocía, jamás le había hablado de ella salvo para explicarle cómo había muerto. Se negó a pensar en la posibilidad de que también pudiera perder a su hijo.

–A Jamie no va a pasarle nada –le aseguró con un nudo en la garganta–. Ya ha oído al doctor. Todo el mundo padece rotavirus en su vida. Hasta nosotros dos, y estamos sanos y vivos, ¿no? –le ofreció una sonrisa.

No pudo oír lo que iba a decirle, porque dos enfermeros entraron en la habitación llevando unas mascarillas.

El más alto dijo:

–Si mamá y papá salen un momento, acabaremos con esto en un abrir y cerrar de ojos.

Alargó los brazos hacia el bebé que Reese le entregó de mala gana.

–No pasa nada, amiguito –aseguró Nick–. Estaremos ahí afuera.

Tomó la mano de Reese y la llevó al exterior. Ella supo que no era consciente de lo que hacía, pero la invadió una sensación de calidez. No la soltó durante todo el tiempo que Jamie lloró. Con los sentimientos a flor de piel, la sensación de su mano le dio la fuerza necesaria para encarar esa crisis.

El enfermero los había llamado mamá y papá. En ese momento no podía imaginarse sintiendo algo diferente si Jamie fuera de verdad su hijo. Amaba a ese bebé con cada fibra de su ser.

Juntos permanecieron allí, teniendo que soportar sus gritos asustados.

–En las últimas dos semanas, sólo ha estado con nosotros –susurró ella–. No está acostumbrado a nadie más.

En un minuto los enfermeros se marcharon y apareció otro equipo con mascarilla y un carrito.

–Quédense donde están. No tardaremos.

Nick le apretó la mano con gentileza antes de soltarla.

Ella supuso que la llegada del segundo equipo hizo que se diera cuenta de que no la había dejado en ningún momento. Deseó que no la hubiera

soltado. Sin esa conexión física, la expulsaban de su fantasía de que era la madre de Jamie. También Nick había formado parte de dicha fantasía. Los tres... formando una familia. ¿Cómo iba a poder decirles adiós cuando llegara el momento?

–Están tardando mucho ahí adentro –murmuró Nick.

Reese se mordió el labio.

–A mí también me lo parece.

–A este ritmo, Jamie pensará que lo han abandonado.

–Pero en cuanto todo se acabe, no lo recordará.

En ese momento un miembro del equipo apartó la cortina y salió con el carrito, cortando la conversación.

–Ya pueden volver a entrar. Le hemos sujeto el pie a una almohadilla por pura protección. Pueden sostenerlo en brazos todo lo que quieran, sólo tengan en cuenta la vía.

Entraron sin dilación en la habitación para rescatar al bebé que no paraba de chillar, pero se encontraron con otro enfermero.

–Lávense las manos primero, luego póngase los guantes esterilizados que hay en el contenedor en la pared. Después colóquense las mascarillas que hemos dejado en el mostrador. Hagan todo eso cada vez que salgan del cubículo hasta que el doctor les confirme que el bebé tiene o no el rotavirus. Tiren todo en la papelera que hay en el cuarto de baño. Salgan por la otra puerta que conduce al pasillo.

–Gracias –dijeron al unísono.

En cuanto se lavaron, se pusieron los guantes y las mascarillas, dedicaron la hora siguiente a turnarse para sostenerlo mientras intentaban todo lo que podían para calmar-lo. Al final se quedó dormido y Nick lo depositó en la cuna.

–Ahora mismo no sufre, Nick.

–Al menos podemos estar agradecidos por eso.

–Se lo ve agotado. Ésta va a ser una noche de completa vigilia. ¿Por qué no va a la cafetería a comer algo primero? Cuando vuelva, iré yo. Preferiría que al despertar, lo viera a usted.

–No sé qué haríamos sin usted. Él la adora –la miró con ojos intensos.

El corazón de Reese latió con furia.

Sabía que la espera lo tenía agitado, pero cuanto más le decía esas cosas, más quería creerlas.

–Dese prisa antes de que despierte y se ponga a buscarlo.

–De acuerdo, pero no tardaré –desapareció en el cuarto de baño y cerró la puerta.

Reese se acercó a la cuna y observó al adorable bebé al que había

tenido el privilegio de cuidar hasta el momento.

Después de comer un sándwich y una porción de tarta en un tiempo récord, Nick salió de la cafetería y cruzó las puertas del hospital. Tenía que hacer una llamada, pero en el interior no permitían los teléfonos móviles. Contestó su suegro.

–¿Nick?

–Lamento llamar tan tarde, Walter, pero pensé que deberíais saber que mañana no podré llevar a Jamie a White Plains.

Reinó un silencio prolongado.

–Anne predijo cómo te comportarías.

Respiró hondo para calmarse.

–Jamie está en el hospital con un severo caso de gripe de algún tipo. Lo mantendrán en observación toda la noche. Dependiendo de lo que encuentren en las pruebas, existe la posibilidad de que también permanezca aquí mañana por la noche. Os tendré informados y planearemos llevarlo a White Plains el próximo fin de semana.

–¿Qué clase de gripe? –demandó Anne. Había alzado otro supletorio de la casa en cuanto Walter le dijo quién llamaba.

–Aún no lo sabemos.

–Esto jamás sucedió cuando estaba con nosotros.

Nick lamentó que se hubiera puesto al teléfono. Eso era exactamente lo que había esperado evitar.

–Todos los niños la pillan, Anne. La cuestión es que está recibiendo un cuidado excelente. Ahora he de volver a su lado. Mañana os comunicaré cómo reacciona. Buenas noches.

Cortó.

Fue un gesto automático que comprobara los mensajes del buzón de voz. Para su sorpresa, había uno de su padre. Mientras viajaban, jamás lo llamaban. Por curiosidad más que por deber filial, lo activó.

«¿Nicholas? Soy tu padre», movió la cabeza, ya que era el modo en que siempre iniciaban una conversación con él. La distancia entre ellos seguía aumentando. «Tu madre y yo hemos vuelto a Long Island. Fui al despacho y descubrí que ya te habías ido a casa. Stan me ha contado que tienes al bebé contigo en el ático. Que hagas eso me desconcierta y podría resultar algo poco inteligente. Nos encontramos con los Ridgeway mientras estábamos de vacaciones en Cannes. Regresarán la semana próxima con su hija Jennifer, que ha estado en casa de unos amigos en Inglaterra. Es una joven adorable que queremos que conozcas. Será mejor que no la sorprendas con Jamie al principio. Ya sabes a qué me refiero. Espero una

llamada tuya antes de que vayas a acostarte».

¿Antes de acostarme?

¿Su padre podía decirle eso cuando se pasaba meses sin llamarlo?

El dolor que había llevado encima desde que tenía memoria se convirtió en ira. Sus padres podían esperar. Reese no y tampoco Jamie. De hecho, llevaba mucho rato ausente y era hora de regresar a urgencias.

Para su alivio, el pequeño seguía dormido. Los ojos azules de ella lo miraron con intensidad.

–El doctor aún no ha vuelto con los resultados.

–Es una noche ajetreada aquí. ¿Por qué no va usted ahora a comer algo?

–Lo haré.

Después de que ella saliera del cuarto de baño, él se lavó las manos, se puso unos guantes y una mascarilla nuevos. Acercó una de las sillas a la cuna y observó a su hijo.

Había crecido en el último par de semanas y ésa era la respuesta a la pregunta de su padre sobre por qué había llevado a su hijo a vivir con él. Cada día en la vida de Jamie aportaba algún cambio y él quería estar en todos ellos. Se acabó perderse fragmentos de tiempo que jamás podría recuperar.

¿Sus padres habían llegado a oírlo decir su primera palabra? Cuando pilló la gripe siendo niño, alguien del personal había cuidado de él. Su madre no habría sido capaz de soportar que le vomitaran encima. Habría dejado eso para una niñera.

Por el contrario, Reese adoraba y besaba a Jamie constantemente. Ésa era su naturaleza. Y gracias a esa atención individualizada, Jamie empezaba a florecer. «Nunca se puede mimar lo suficiente a un bebé». Ésas eran sus palabras. Y Nick creía en dicha filosofía.

Sus padres no tenían ni idea. Ellos mismos habían sido criados por niñeras, igual que antes sus abuelos. La mención de su padre de la hija de los Ridgeway, otra mujer que tenía que estar hecha a imagen exacta de las otras mujeres en la vida de Nick, le revolvía el estómago.

–¿Señor Wainwright? –el doctor Marsh había entrado.

Nick se puso de pie.

–¿Cuál es el diagnóstico?

–Su hijo tiene rotavirus. He hablado con su pediatra. Vendrá por la mañana a menos que la temperatura del bebé se dispare. Mientras tanto, continuaremos haciendo lo que hasta ahora y pasaremos a intervalos regulares para comprobarle los signos vitales. ¿Hay alguna pregunta que quiera hacerme?

–Ahora no se me ocurre ninguna.

–Si su esposa y usted necesitan un camastro, están en el armario, detrás de usted.

–Se lo agradezco. Pero, para su información, mi esposa falleció. Reese es la niñera.

Tuvo que concederle méritos al doctor Marsh por no reaccionar del modo en que probablemente lo habría hecho él en otras circunstancias.

–Es afortunado de haber encontrado a alguien con tan fuerte instinto maternal. Eso ayudará a su hijo.

–Estoy de acuerdo.

Reese regresó poco después de que se marchara el doctor y se lavó las manos.

–¿Sabe algo ya?

Le contó la información recibida. Ella terminó de atarse la mascarilla y se acercó a la cuna.

–Dormir es lo que mejor le sentará.

–Nosotros también vamos a necesitarlo. Son las once pasadas –fue al armario y sacó los camastros ya preparados y los situó frente a frente, dejando espacio suficiente para que el personal pudiera cambiar el gotero mientras le tomaban las constantes vitales e introducían las notas en el ordenador.

Oyó un suspiro.

–Dormir suena bien –se quitó las sandalias y se metió bajó la manta con la cabeza en el extremo más alejado.

Quizá lo había hecho a propósito para que sus cabezas no pudieran estar cerca. Él lo lamentó, pero al menos iban a pasar la noche en la misma habitación que Jamie.

Apagó la luz del techo. Después de estudiar a su hijo durante unos minutos más, se quitó los zapatos y se tumbó encima de la manta, colocando una mano bajo la cabeza.

–¿Reese? ¿Ya se ha dormido? –la vio moverse.

–No.

–Sólo quería decirle que el motivo por el que tardé tanto fue porque tuve que comunicarle a los abuelos de Jamie que no íbamos a llevarlo a White Plains por la mañana.

–Estoy segura de que se sintieron contrariados.

–No se sorprenda si aparecen mañana.

–Sería normal. En mi familia, si alguien estuviera en el hospital, se presentaría una multitud. Es una pena que sus padres se encuentren fuera y no sepan que está enfermo.

–En realidad, han vuelto de Cannes hoy. Me enteré por un mensaje de

mi padre en el buzón de voz.

–¿Van a venir esta noche?

–No. No le devolví la llamada.

Hubo un silencio prolongado.

–Comprendo.

–No lo comprende en absoluto, pero es tan educada que no se le pasaría por la cabeza sonsacarme. –Su vida personal no es asunto mío. – Ésa es una respuesta excelente. –¿Qué quiere decir? –se sentó–. No entiendo. –Olvídelo. Me temo que no soy yo mismo esta noche.

Puede que seamos jefe y niñera, pero a veces los límites se tornan borrosos. Ya llevamos dos semanas viviendo bajo el mismo techo y a veces me dan ganas de hacerle preguntas que no tengo derecho a formular.

–Sé a qué se refiere –musitó.

–Admite que siente cierta curiosidad por mí.

–Por supuesto. De lo contrario, no sería humana.

–Adelante. Pregúnteme por qué no le conté a mis padres que Jamie está enfermo.

Ella inclinó la cabeza.

–No si no quiere hablar del tema.

–En realidad, sí que quiero. ¿Recuerda la conversación que tuvimos acerca de que mi familia pertenecía a un linaje antiguo? Bueno, me juré que la vida de Jamie sería diferente. Sí, es un Hirst y un Wainwright, pero no dejaré que crezca en un sistema en el que las apariencias lo son todo. Al principio puede parecer algo deseable, pero luego te destruye.

–¿Siente que es lo que le pasó a usted? –inquirió ella.

–Todas nuestras familias llevan generaciones destruyéndose, hasta el punto de que ya carecen de esa cualidad humana de dar y recibir afecto. No lo sienten.

–¡Pero usted no es así! –afirmó con vehemencia.

–Iba camino de ser exactamente así hasta que un cliente hizo un comentario fortuito hace tres semanas que me llevó a abrir los ojos.

–¿Qué dijo?

–Me ofrecía sus condolencias y comentó que no hay nada como un hijo para ayudarte a superar la pérdida. Es evidente que dio por hecho que yo era el típico padre nuevo que se levantaba por las noches para alimentar a su hijo. No comprendía que hablaba con un Wainwright. No puede imaginar cómo me sentí en ese momento, sabiendo que Jamie se encontraba con mis suegros, cuidado por su personal y que la culpa de eso era mía. Peor, que mis padres no veían nada malo en ello. Pero el verdadero delito fue el que cometí yo al dejar que se fuera con ellos. Entregar a mi

hijo al cuidado de unos empleados a sueldo. Prácticamente abandonarlo.

–Pero si odiaba lo que le habían hecho sus padres, entonces...

–Lo sé –se pasó una mano por el pelo–. Es complicado. En el momento de la muerte de Erica, todo estaba turbio. Pero al estar ahora aquí, con mi hijo, veo las cosas con tanta claridad que me aterra que en una ocasión fuera ese otro hombre.

–Oh, Nick... Lo siento tanto. No lo sabía. –¿Cómo podía llegar a saberlo? Usted viene de otro mundo. De un mundo *real.*

–Al menos los padres de Erica han estado ahí para ofrecerle su apoyo.

–Se equivoca. Ellos me desprecian.

–¿Por haberme contratado a mí?

–No, Reese. Mis problemas con ellos se remontan a un año atrás, cuando Erica aceptó divorciarse. –¿Se divorció de ella? –sonó sorprendida. –Sí. Probamos una vez más arreglar nuestro matrimonio de dos años, pero no funcionó. No fue hasta después de separarnos cuando me dijo que estaba embarazada. Había vuelto con sus padres. No volví a verla hasta que recibí una llamada en la que me decía que iba camino del hospital. Ya conoce el resto.

–Por eso no había una habitación infantil en el ático.

–Le di carta blanca en la decoración del piso para que pudiera dar fiestas a su gusto, pero casi siempre se quedaba en White Plains. Vivimos separados gran parte del tiempo, una situación que nos iba bien a los dos. Sé que no puede comprender eso.

–Es tan triste –comentó sin mirarlo.

–En ese entonces, simplemente era la norma. Al morir, quedé desolado, pero fue mi culpabilidad por nuestro matrimonio fallido lo que me sumió en un cenagal oscuro. Dejé que se llevaran al bebé a casa. El problema es que los padres de Erica creen que Jamie, y todo el dinero que lo acompaña como mi heredero, les pertenece más a ellos que a mí después de haberles herido el orgullo familiar.

Reese emitió un leve gemido.

–Suena horrorizada. Una persona normal lo estaría. Pero en mi mundo, quebranté el código de nuestras buenas costumbres sociales al divorciarme de ella y se me consideró un revolucionario. Dejar que sus padres se quedaran con nuestro hijo durante tanto tiempo parecía bueno en la superficie. Mis padres preferirían si la situación siguiera de esa manera. Cualquier cosa con tal de mantener la imagen.

–Qué terrible –ella movió la cabeza.

–No sabía si contarle todo esto. Es tan complicado y entenderé si no quiere tener nada que ver en el asunto. Si quiere dejar el trabajo, le daré un

cheque por toda la cantidad que acordamos. Pero le pediré que no se marche hasta que Jamie empiece a curarse.

¿Dejarlos... a él y al bebé?

Si Nick supiera lo que estaba pensando de verdad. Aunque llegaría el día en que tendría que marcharse, jamás estaría preparada para abandonarlos a él o al pequeño.

–No sea ridículo. El acuerdo que establecimos fue que no me iría hasta el fin del verano. Si aún lo acepta, no hablemos más de ello.

–Entonces, no lo haremos.

–Bien –para sus adentros se sintió muy aliviada–. Ahora mismo, su hijo necesita que únicamente nos centremos en él.

Nada más decir esas palabras, Jamie despertó llorando. Nick fue al lado de la cuna para alzarlo en brazos.

–¿Sigue estando tan caliente?

–Sí –dijo con tono sombrío.

Eso la alarmó. La temperatura de Jamie llevaba subiendo casi dieciocho horas.

Se turnaron para sostenerlo en brazos. Pasaron los minutos. Apareció otra enfermera para examinarlo. Se marchó sin decirles nada. Eso la asustó de verdad. La situación continuó media hora más. Entonces, el doctor Wells entró en el cuarto con los guantes y la mascarilla ya puestos.

–Lamento haberme enterado de que su hijo está enfermo, señor Wainwright. Deje que le eche un vistazo.

Mientras Nick le entregaba al bebé, Reese retrocedió y observó al pediatra, agradecida de que hubiera llegado. Un minuto después alzó la cabeza.

–Haré que empiecen a darle leche infantil. La enfermera se la traerá. Sólo un poco por vez. Puede que al principio la vomite, pero perseveren y veremos si al final la retiene. Volveré más tarde.

La hora siguiente fue una pesadilla, con Jamie vomitando cada diez minutos después de beber.

Plegó los camastros y los guardó para que hubiera sitio para los sillones. Cuando se sentó junto a Nick y el bebé, el sol había salido. Aunque las persianas estaban cerradas, la luz iluminaba la habitación.

Reese miró su reloj de pulsera.

–Nick... ¿se da cuenta de que no ha vomitado en veinte minutos?

Él alzó la cabeza.

–Decididamente, es un progreso –sonó encantado.

–¡Lo es! –exclamó ella.

La enfermera entró un rato más tarde.

–¿Cómo se encuentra?

–Hace media hora desde la última vez que vomitó.

–Estupendo –le tomó la temperatura–. Ha bajado cuatro décimas. Llamaré al doctor Wells para informárselo. Dejen que duerma ahora –salió de la habitación.

Nick se levantó y depositó al bebé en la cuna.

Reese lo siguió.

–Ya debió pasar lo peor.

Los dos oyeron que la puerta se abría y el doctor Wells entró para examinar al bebé.

–Se va a poner bien. Durante el resto del día denle leche cada vez que parezca preparado para aceptarla. Mantendremos el gotero de suero. Esta noche vendré a verlo. Si todo va bien, hoy podrá dormir en su propia cuna.

–¡Eso es maravilloso! –exclamó Reese cuando el médico abandonaba la habitación.

Nick se volvió hacia ella y alargó las manos para aferrarla por los brazos.

–Usted es *maravillosa.* No sé qué habría hecho sin usted.

CAPÍTULO 6

–¿LLEVA los pañales?

–Sí.

–No olvide su nuevo bañador.

Reese parpadeó.

–¿Vamos a nadar?

–Podríamos.

–¿En la piscina de sus suegros?

–Tal vez. Tienen varias.

Había estado nadando en la piscina de la terraza todas las tardes mientras Jamie dormía la siesta. Una semana más tarde, el pequeño estaba radiante. En una semana, podría moverlo sobre el agua y ver si le gustaba.

–¿Lista? –preguntó él.

–Casi.

Mientras Nick se movía por el piso, ella regresó a toda velocidad a su habitación y guardó su bañador nuevo en el bolso. Después del desayuno se había vestido para el trayecto a White Plains. Había elegido un vestido de verano de color rosa con una chaqueta blanca de manga corta. Era un cambio con respecto a los vaqueros, algo más presentable para una niñera que estaba a punto de volver a ver a los Hirst. Una cinta blanca para la coleta a juego con sus sandalias y abandonó el dormitorio.

–¡Vámonos!

Después de guardar los biberones fríos en la bolsa de los pañales, Reese se reunió con él en el vestíbulo. Nick llevaba unos chinos con muchos bolsillos y una camiseta color tostado. Aunque se había afeitado, lucía un vestigio de sombra que le daba un aire sospechoso que incrementaba su sensualidad. Verlo tan apuesto y relajado la dejó sin aire.

De inmediato miró al pequeño sentado en el asiento portátil. Nick le había puesto el traje blanco con el tigre en la parte frontal. El bebé ya tenía tres meses y una semana de edad. Estaba más grande y se veía tan saludable que nadie habría imaginado que una semana atrás había estado tan enfermo. Incapaz de contenerse, le besó la mejilla varias veces. Él sonrió y le recordó a Nick. El corazón le dio un vuelco.

Le hizo cosquillas en el estómago y el bebé rió tan alto que provocó una sonrisa en su padre. Las miradas de los dos adultos se encontraron.

–Parece feliz.

–¿Quién no lo estaría? Cuando pienso en la semana pasada...

–No me lo recuerde.

Dejaron el piso y no tardaron en subirse a la limusina, saliendo de la ciudad bajo un cielo seminublado, aunque nada podría mitigar el alborozo de Reese de pasar un día entero con Nick y Jamie.

Desde que le hablara aquella noche en el hospital sobre su pasado y el matrimonio fallido, no se sentía tan nerviosa de ver a los padres de Erica. El conocimiento la ayudaba a estar prevenida.

En ciertos sentidos, las cosas habían sido más fáciles desde lo del hospital. El vínculo formado con Jamie hacía que todo lo que realizaban pareciera más natural cuando los tres se hallaban juntos.

Reese sentía como si el ático se hubiera convertido en un lugar feliz para Nick. Aún no le había contado lo sucedido entre Erica y él como para que los separara, pero se dijo que, en última instancia, ella sólo era la niñera. De vez en cuanto debía recordarlo, aunque empezaba a resultarle cada vez más difícil.

Cuando apareció a la vista la mansión Hirst, Reese comprendió aún más la línea que separaba a la gente con estilos de vida como el de Nick y su anterior esposa del resto del mundo. Paul se dirigió a la entrada por el sendero de tres carriles y ayudó a Reese con la bolsa de los pañales. Nick la siguió con Jamie y los tres subieron los escalones. Al llegar a la puerta de entrada, Walter Hirst ya la había abierto. El hombre mayor no pudo ocultar la sorpresa al ver a Reese.

El interior de la mansión podía representar un triunfo arquitectónico de la elegancia del siglo XIX, pero la única vida que ella pudo ver era la que aportaba Jamie, cuya cabeza no paraba de girar de un lado a otro mientras seguían el señor Hirst a una estancia con una decoración sorprendentemente contemporánea. La abuela, con un elegante traje de dos piezas de un color lima verdoso, cruzaba justo las puertas que conducían desde un hermoso jardín floral que Reese pudo ver detrás de ella.

–No os esperábamos tan pronto. Doy por hecho que Jamie ya está mejor.

–Está bien –afirmó Nick–. De hecho, estás perfecto, ¿verdad, amiguito? –le besó las mejillas mientras le soltaba las sujeciones de seguridad y lo alzaba–. Notaréis que ha crecido.

–Déjalo en el cochecito.

Sin un corralito o una hamaca, a Nick no le quedó otra alternativa,

salvo que lo plantara en los brazos de su abuela. Pero ella no mostraba indicio alguno de querer tenerlo en brazos. Reese sabía que había muchas personas en el mundo incapaces de mostrar afecto, sin importar la clase social. No obstante, era la familia de Jamie y no parecía natural.

El problema con un cochecito era que le bloqueaba parte de la vista al bebé, quien empezó a llorar en cuanto Nick se alejó de su campo de visión. El primer instinto de Reese fue alzarlo en brazos. Igual que Nick, también ella tuvo que contenerse de hacerlo.

–He traído esto –Reese dejó la bolsa de los pañales en una de las sillas–. Tiene suficientes biberones y pañales para hoy.

–Tenemos todo lo que va a necesitar. ¿Walter? Dile a la niñera que están aquí.

Jamie no estaba contento y sus gritos se volvían más estridentes.

–Volveré a buscarlo a las seis –miró a Reese–. Dejémoslos solos, señorita Chamberlain.

Salieron de la mansión por la puerta principal seguidos por los gritos de Jamie. Ella dio por hecho que irían a explorar los terrenos de la mansión y luego a nadar. Para su sorpresa, Nick se dirigió a la limusina y la ayudó a subir.

Lo miró desconcertada.

–Pensé que nuestro plan era quedarnos cerca. ¿Y si Jamie lo necesita?

–Entonces, llorará hasta quedarse dormido.

–Nick...

La expresión sombría de él era demasiado para la última semana tan relajada y despreocupada que habían vivido.

–No tenía elección, Reese, porque les había hecho una promesa. Pero después de hoy, todas las promesas quedan canceladas –activó el teléfono interno–. Paul, llévanos al helipuerto.

–¿Adónde vamos? –quiso saber ella.

–A navegar en mi velero.

–Si necesitamos un helicóptero, es que está bastante lejos.

–No se preocupe. Sólo vamos a ir a Martha's Vineyard. Una de nuestras casas de verano está allí.

Una casa de verano en esa isla, una mansión con caballos en Long Island, un ático en Park Avenue, una villa en Cannes. Reese tuvo la impresión de que esas posesiones no eran más que la punta del iceberg.

Él la estudió un momento.

–¿Ha navegado alguna vez?

Sabía que era el deporte predilecto de él.

–No. Una vez nuestra familia fue a Wisconsin y cruzamos el lago

Michigan en el ferry con las aguas un poco revueltas. A ninguno nos gustó la experiencia. Eso resume todas mis vivencias en el agua.

Los ojos de él brillaron.

–Mientras sepa nadar, es lo único que necesita dominar. Cuando salgamos de la zona en la que la brisa hincha la vela, descubrirá que es una excelente navegante.

–Eso no son más que buenos deseos. Sólo espero no imitar los vómitos de Jamie de la semana pasada.

Él rió entre dientes.

–No tiene la gripe.

Reese sabía que Nick quería y necesitaba esa salida, aunque sólo fuera para quitarse de la mente haber dejado a Jamie con sus abuelos.

Al ver el helicóptero, también rezó para no marearse en el aire. Nunca había subido en uno de esos aparatos.

Al final, no tuvo que preocuparse, porque el móvil de Nick sonó incluso antes de que bajaran de la limusina. Después de contestar, la buscó con la mirada. Escuchó durante un minuto. Después de colgar, le dijo a Paul que diera la vuelta y regresara a la mansión de los Hirst.

Ella enarcó las cejas.

–¿Jamie?

–No se calma. Anne dice que la niñera no puede hacer nada con él, de modo que si no puede, se acabó.

Reese se mordió el labio.

–Me lo temía. Jamie lo adora a usted.

–Nada podría complacerme más –declaró con tono satisfecho–. Ahora lo podemos llevar con nosotros. Llamaré para que nos tengan preparada una nevera portátil para la comida y las bebidas.

La exaltación le duró sólo hasta que recordó que ella era únicamente la niñera temporal. Pero el dolor que experimentaba ante la idea de abandonar a esa reducida familia empezaba a ser demasiado.

Al llegar a la mansión, pudo oír el llanto desgarrador de Jamie desde el recibidor. Avanzaron deprisa por el pasillo hacia la sala de estar y encontraron a la niñera caminando con él en brazos. Los suegros de Nick se hallaban de pie con aspecto alterado.

–¿Eh, amiguito? ¿Qué sucede? –Nick se dirigió hacia la mujer de expresión angustiada y le quitó al bebé de los brazos.

Jamie vio a su papá y se lanzó hacia él antes de caer en otro paroxismo de llanto.

Cuando enterró la cara en el cuello de su padre, a los pocos segundos reinó la paz. Mientras Jamie se aferraba a él, todos los presentes parecieron

infinitamente aliviados.

–Creo que ya ha habido demasiada excitación por un día. ¿Por qué no vais al ático la próxima semana y volvemos a intentarlo?

–Estaremos en Salzburgo. ¿No lo recuerdas? –Anne sonó indignada–. Erica y tú nos acompañasteis hace dos años.

–Lo siento. Este nuevo trabajo de ser padre ha dominado mi vida. Llamadme cuando volváis y quedaremos. Que tengáis un buen viaje.

Jamie se negó a dejar sus brazos, de modo que Reese recogió el asiento portátil y la bolsa de pañales antes de dirigirse a la limusina que los esperaba ante la entrada. En cuanto Nick se sentó con el pequeño en brazos, ella miró al bebé.

–Tienes toda esa carita preciosa manchada por el llanto. Aquí tienes el chupete. ¿Quieres tu sonajero también?

Sus dedos volaron hacia él. No se opuso a que Nick lo sujetara en el asiento infantil del coche.

–Crisis solucionada –le dijo a Paul antes de que el hombre mayor cerrara la puerta.

A los pocos segundos estaban en marcha.

–No ha sido una situación agradable –le comentó ella.

–No, y no volverá a haber otra jamás.

Reese no supo lo proféticas que serían esas palabras.

El pequeño, agotado, durmió durante todo el fabuloso trayecto en helicóptero que los llevó a la pequeña isla de Cabo Cod. Se posaron en el Katama Airpark, a unos pocos kilómetros de Edgartown.

Nick los llevó a uno de los restaurantes del puerto, donde comieron un delicioso almuerzo de mariscos. Luego pasearon por la parte histórica de la ciudad y visitaron algunas de las tiendas. No fue hasta llegar al muelle, en la propiedad de los Wainwright, cuando el bebé abrió los ojos. Se lo había perdido todo.

Sonriente, Nick trasladó a su hijo de la rampa al extremo del inmaculado velero de veintitrés pies llamado Eolo, en honor del dios del viento en la antigua mitología griega.

La quilla blanca tenía una franja azul. Ella pensó en el pequeño bote que le había comprado a Nick y la dominó la impaciencia porque abriera su regalo, aunque pensaba retrasarlo hasta que terminaran de navegar.

Se dijo que era un día fuera del tiempo, para atesorar antes de que regresaran a la ciudad. Pero tener a Jamie con ellos era el único recordatorio que necesitaba de que sólo era la niñera.

Nick sacó dos chalecos salvavidas para adultos y uno infantil. Mientras se dedicaba a preparar el velero y a soltar los cabos, ella depositó a Jamie

en uno de los bancos y le cambió los pañales.

Con el pequeño apoyado contra el hombro, bajó a la cocina. Había un microondas en el que poder calentarle el biberón. Cuando volvió a subir, Nick lo tenía todo listo para zarpar. Ella dejó el biberón y juntos le pusieron el chaleco, aunque en ningún momento pudo evitar ser insoportablemente consciente de ese hombre y de su poderosa masculinidad.

Sus manos se rozaron, provocándole remolinos internos de anhelo.

Una vez que terminó, él lo sujetó bien en el asiento y le dio un beso en la barriguita.

Con una celeridad que la dejó sin aliento, centró su atención en ella.

–Ahora es *su* turno.

El mensaje en sus ojos castaño oscuros era inconfundible. Le recorrieron las facciones y el cuerpo, derritiéndole las entrañas. Reese experimentó esa sensación de pesadez en las piernas y las manos sintieron dolores que le subieron por los brazos.

Su boca era como un torbellino que la succionaba. Encantada y aterrada porque el deseo que le inspiraba era tan palpable que debería percibirlo, fue a quitarle el chaleco para que no la tocara.

Pero las manos de Nick se cerraron sobre las suyas y la atrajeron contra él, enviándole una calidez que la paralizó.

–Voy a besarte y realmente espero que no te opongas.

No habría podido aunque lo hubiera querido.

Al siguiente instante él encontró su boca suave y levemente entreabierta. Incapaz de hacer algo más, se fundió contra él y se dejó llevar, ansiando el sabor de Nick mientras extendía y ahondaba el beso. Nunca en la vida había experimentado unas sensaciones semejantes. El chaleco cayó a sus pies, pero apenas fue consciente de ello.

Fue una sorpresa descubrir que el ansia de él era como el que ella misma sentía y que le encendía las venas con lenguas de fuego. Reese notó el gemido ronco en la garganta de Nick antes de que impregnara todo su cuerpo. Al llegar a su núcleo interior, su grito desvalido causó una reacción de refinado salvajismo en él.

–No sabes lo hermosa que eres. Quiero llevarte abajo –le susurró sobre los labios–. Si te he conmocionado, yo me he conmocionado aún más.

Una fiebre de éxtasis la consumía con cada caricia insistente de los labios de él sobre su cara, su cabello, su garganta.

Respiró hondo y se apartó de sus brazos, que se mostraron reacios a dejarla. El leve bamboleo del barco no ayudó en nada a que mantuviera el equilibrio.

–Lo que de verdad me conmociona es que me gustaría ir abajo contigo

–admitió, porque el momento requería de una sinceridad visceral–. Pero después de romper con Jeremy, me prometí que no dejaría que nada se interpusiera en mis objetivos. Un hombre puede lograr que te descentres. ¿Quién sabe qué podría pasarme después de un glorioso día en tus brazos en el océano? Yo... sé que sería maravilloso –tartamudeó–, porque acabo de tener una pizca de ti y anhelo más.

Los ojos de Nick se clavaron en su boca. Bien podría haber empezado a besarla otra vez. Reese tuvo que apartar la vista para evitar arrojarse a sus brazos.

–Tu sinceridad es otra de las cualidades que admiro en ti –se apoyó en el costado del barco–. ¿Qué sucedió entre Jeremy y tú?

–Probablemente, lo mismo que salió mal entre Erica y tú.

Necesitaba distanciarse de ese hombre antes de que hiciera tambalear todo su mundo.

Jamie aún no se quejaba, pero ella sabía que cada vez sentía más hambre. Lo levantó del asiento portátil y luego lo acomodó en sus brazos para alimentarlo.

–¿Quieres decir que te dejaste arrastrar hasta llegar a estar comprometida? –preguntó él con tono benévolo.

Reese alzó la cabeza.

–¿Es lo que te sucedió a ti? –preguntó antes de darse cuenta de lo reveladora que debía de sonar la pregunta.

En todo momento había pensado que Erica debía haber sido su gran pasión porque podía haber tenido a la mujer que quisiera.

–¿Por qué primero no nos concentramos en Jeremy y tú?

–Él ya no está en mi vida.

–Compláceme, de todos modos –insistió.

–Bueno, nos conocimos en el banco con el que trabaja mi padre. Fue el verano anterior a que fuera a estudiar a Wharton. Nos enamoramos y salimos hasta que me marché, luego recurrimos al teléfono y al correo electrónico hasta que pudiéramos volver a estar juntos. Yo iba a casa cada vez que tenía unos días libres o vacaciones. Él vino a verme dos veces.

»El otoño pasado me pidió que me casara con él y me dio un anillo de compromiso. Sabía que yo no quería casarme antes de acabar la carrera, pero cuando fui a casa por Navidad, quiso que nos casáramos de inmediato. Que no esperáramos más.

»Le dije que lo haría, pero que tendríamos que vivir separados mientras yo aún fuera a la universidad. Fue el momento en que me dio un ultimátum. O me casaba con él antes de que terminara el mes y me quedaba en Lincoln o nos separábamos.

El bebé había terminado el biberón. Sacó una toallita de la bolsa y la colocó sobre su hombro para hacerlo eructar.

–Creía conocerlo, pero no era así. Finalmente salió a la superficie que no quería una mujer que trabajara. Él ganaba suficiente dinero y quería que yo me quedara en casa para poder iniciar una familia. Le indiqué que algún día deseaba tener hijos, pero que mis estudios y mi trabajo iban primero.

»Me sorprendió que mi beca en Wharton no significara nada para él. Él albergaba aspiraciones de subir a lo más alto, pero no se tomó las mías en serio. Es una pena que no comprendiera que yo hablaba en serio. Nos habría ahorrado a ambos mucho dolor. Le devolví su anillo y le dije adiós.

–¿Lo has visto desde entonces?

–No.

–Probablemente, aún espera que cambies de idea.

–Entonces, espera en balde.

En el silencio que siguió, Nick se puso el chaleco salvavidas. Era obvio que la conversación se había terminado. No había averiguado nada de su matrimonio porque él había ido allí a navegar.

Después de ese breve e íntimo intervalo que podría haber terminado con ella cometiendo el peor error de su vida, él estaba dispuesto a zarpar, olvidado el éxtasis del momento. Tenía la impresión de que la invitación a reunirse con él abajo no se repetiría en ese viaje ni en ningún otro que planeara para el futuro.

Si creía que todavía estaba necesitada después de su compromiso roto y que por ello había sido una participante ardiente en lo que acababa de suceder, que así fuera. No deseaba que conociera su secreto.

Estaba locamente enamorada de Nick Wainwright. Entre su hijo y él, ya nunca volvería a ser la misma mujer.

No se podía estar en su presencia más de cinco minutos sin anhelar todo el amor que pudiera dar. Si alguien había sucumbido a una relación permanente, siempre que fuera eso lo que de verdad había sucedido, habría sido Nick.

Erica debería haber quedado destrozada cuando él le pidió el divorcio. Quería creer que el descubrimiento de que se hallaba embarazada del hijo de él, le había aportado algún solaz a pesar del dolor.

Qué trágico que hubiera muerto. Las lágrimas aguijonearon sus párpados. Adoraba al hijo que habían tenido con todo su corazón.

Volvió a asegurar al pequeño en el asiento.

–Creo que tu hijo está a punto de dormirse otra vez. ¿Dónde lo ponemos mientras navegamos?

–Mantenlo a tu lado. Yo me ocuparé de todo el trabajo, pero primero

ponte el chaleco salvavidas –se lo entregó.

Obedeció y ajustó las tiras.

–¿Lista?

Ella asintió.

Él fue a la parte de atrás del barco y arrancó el motor a una velocidad que no despertara al bebé. Lentamente, se dirigieron más allá de las boyas, momento en que Nick apagó el motor e izó la vela blanca. Una brisa ligera la llenó y entonces la dominó una sensación increíble cuando la embarcación se elevó y surcó las aguas. Descubrió que no se diferenciaba mucho de la sensación que le había causado el beso de Nick.

Temía el momento en que se acabara el día, pero llegó la hora en que él tuvo que llevarlos de vuelta al puerto. El crepúsculo había caído a su alrededor. En cuanto flotaron junto al muelle y Nick saltaba fuera del barco para atar los cabos, ella buscó en la bolsa de los pañales el regalo.

Mientras Nick seguía en cuclillas, se lo entregó.

–¿Qué es?

–Será el día del padre en unas horas. Antes de que Jamie se quedara dormido, me pidió que te diera esto. Y que te confesara que había pasado el día más maravilloso de su vida navegando con su papá.

En silencio, Nick abrió el regalo y descubrió el velero. En la semioscuridad su sonrisa blanca resaltó. Lo examinó.

–El NJ Volador.

–Sí. Una sociedad entre Nick y Jamie. Pensó que tal vez te gustaría ponerlo sobre tu escritorio en el trabajo.

–Reese... –volvió a subir a la embarcación. Con la mano libre le tomó el mentón y le alzó el rostro–. Nadie me había dado jamás un regalo así.

–Eso es porque es tu primer día del padre –bromeó para ocultar la intensidad de sus emociones.

Él le rozó los labios con los suyos, derritiéndola.

–¿De dónde vienes, señorita Chamberlain?

–De la Agencia de Trabajo que hay en la Calle 59 Este.

–Mi secretaria hizo un buen trabajo eligiéndote. Voy a tener que darle una bonificación.

–Yo también me alegro de que me eligiera. Jamie es... maravilloso – sintió un nudo en la garganta antes de apartarse de él.

Corría el peligro de suplicarle que la llevara abajo. Si eso sucedía, entonces una noche entera con él jamás sería suficiente.

CAPÍTULO 7

DOS semanas más tarde, Reese entró en el edificio del ático con Jamie después de una tarde de caminar y compras. El conserje la llamó.

–Tiene correo, señorita Chamberlain.

Vio una postal de Rich Bonner, la cuarta que le mandaba, enviada desde la oficina postal de Filadelfia a su domicilio temporal allí. Su persistencia la irritaba. También había una carta de Wharton. Sin duda la universidad le recordaba el examen que tendría lugar en dos semanas. Se había registrado para él y lo haría en línea.

–Gracias, Albert.

Subió al ático. Antes de ponerse con la correspondencia, tenía que hacer una cosa más importante. En una semana Jamie cumpliría los cuatro meses de edad, pero no podía esperar hasta su cumpleaños.

Su hermana había tenido uno de esos edredones plegables con los extremos de un móvil cosidos a él. Cuando se abría y se extendía sobre el suelo, el móvil se desplegaba. El bebé estaría allí tumbado entretenido con todo tipo y colores de pequeños bloques, formas y espejos colgando encima de él. Al pasar ante una juguetería, vio uno similar y tuvo que comprarlo.

–Esto te va a encantar –le dijo al pequeño mientras empujaba el cochecito a su dormitorio. En cuanto se lavó las manos, lo llevó al cuarto infantil y le cambió el pañal en la cuna. Lo dejó el tiempo suficiente para volver a lavarse las manos y regresar con él.

El pequeño reloj que había comprado la semana anterior indicaba que eran las cuatro y cinco. Nick llegaría en cualquier momento. Vivía para ese momento del día en que él cruzaba la puerta de entrada y anunciaba que ya estaba en casa. Era viernes, lo que significaba que se quedaría en casa todo el fin de semana.

Desde aquella salida en barco en que había estado a punto de hacer el amor con él, no la había tocado y esa privación la mataba.

–Ven, cariño –alzó al bebé con amor–. Te estás haciendo cada día más pesado, ¿lo sabías? –se arrodilló en el suelo, donde podría depositarlo boca arriba bajo el móvil.

–Toma –una mariquita colgaba de una espiral para poder tirar de ella.

Se la puso en la mano. Intentó aplastarla con los dedos y se le escapó. Reese rió y volvió a acomodársela en la mano, iniciando un juego que hizo que ambos rieran.

Estaba tan absorta, que no se dio cuenta de que Nick había entrado en la habitación hasta que se arrodilló en el suelo con ellos.

–Parece tan divertido que creo que lo probaré yo –le rozó la cadera cuando acercó la cabeza para besar a su hijo.

Jamie se mostró deleitado de ver a su padre. Reese se sintió tan excitada de sentir el cuerpo de él contra el suyo que casi olvidó respirar.

Al retroceder con esa risa profunda que la hechizaba, de pronto la acercó y la tuvo a medias encima de él con las caras muy próximas.

–Un hombre podría acostumbrarse a mirar arriba cuando hay tanto para seducirlo –le soltó la cinta que le sujetaba la coleta, haciendo que el cabello cayera en cascada alrededor de su cara–. Llevo semanas esperando poder hacer esto.

Fueron los dedos de él entre su pelo los que abrieron las compuertas. Sin inmunidad contra la intensidad del deseo de Nick, no pudo evitar bajar la boca, ansiosa por el alivio que sólo él podía brindarle.

Con lenta deliberación, comenzó a devorarla. Tenía un aliento tan dulce y familiar que los sentidos de Reese dieron vueltas. Se besaron como si obedecieran a algún ritmo primitivo.

–Hueles maravillosamente, ¿lo sabías? –bajó la boca al hueco perfumado de la garganta de ella.

–Tú también –soltó un pequeño jadeo porque él había modificado la presión de la boca, haciéndola tan exquisita y cariñosa que se habría desmayado de placer si no hubiera estado ya en el suelo con Nick.

La situó boca arriba y una y otra vez la besó apasionadamente hasta que ella ya no supo dónde acababa un beso y comenzaba el otro. Inmersa en una euforia como nunca antes había conocido, no tenía idea de la hora que era o del tiempo que había transcurrido, hasta que Jamie se puso a emitir ruidos de hambre.

–Puede esperar que le den el biberón un minuto, o dos, o tres –musitó Nick con una voz descarnada por la emoción mientras le daba otro beso encendido en la boca, cada uno más urgente que el anterior.

Reese estuvo de acuerdo mientras cedía a las necesidades que crecían en su interior. El carisma de él la había atraído desde el principio, pero en ese momento la tenía encandilada esa potente y absoluta sensualidad masculina. El apetito de Nick, jamás satisfecho, la hacía sentirse inmortal.

Sólo los gritos de Jamie, cada vez más fuertes, tuvieron el poder de devolverla a la tierra.

–Nick...

El gemido de protesta de él significaba que también había vuelto a la tierra. Sintió que su cuerpo duro se apartaba y vislumbró esos ojos vidriosos por la pasión antes de que se pusiera de pie.

Miró alrededor y quedó sorprendida al ver la chaqueta y la corbata de él en el suelo. Tenía que habérselas quitado deprisa después de haber entrado. Bajó la cabeza. ¿Qué había hecho? ¿Qué estaba haciendo?

Nick abandonó la habitación con Nick en busca de un biberón. Al ponerse de pie, su cuerpo no pudo parar de palpitar. Se sentía completamente aturdida por emociones y sentimientos que la habían abrumado. En un sentido, la asustó de verdad. Nick poseía el poder de arrebatarle el corazón, el alma, la mente, la voluntad, *todo...* sin siquiera proponérselo.

«Te has metido en un lío terrible, Reese».

Como drogada, recogió la bolsa e iba a tirarla cuando recordó el correo que había dentro. Después de sacarlo, la echó en la papelera y primero miró la postal. Laguna Beach.

Hola, preciosa... Ojalá estuvieras haciendo surf aquí conmigo. Hay algunas olas que llevan tu nombre en ellas. Por casualidad, ¿recibiste una carta de Wharton?

Reese contempló el sobre sin abrir que sostenía.

Yo recibí uno el otro día. Sea como fuere, mándame un correo electrónico, ¿de acuerdo? ¡Espero que estés preparada para el examen! Ciao por ahora, Rich.

No tenía ninguna intención de ponerse en contacto con él, pero sí sentía curiosidad por la mención de la carta. No habría dicho nada si todo lo que hubiera en ella fuera únicamente el recordatorio de la fecha del examen.

Nick debía de haber salido a la terraza para alimentar a Jamie. Agradecida de que hubiera desaparecido, brindándole así tiempo para recobrarse, no perdió tiempo en abrir la carta. Era del mismo decano del departamento.

Estimada señorita Chamberlain,

Dos estudiantes cuyos logros académicos los han situado por encima de su clase de graduación, han recibido las anheladas becas de capacitación para el próximo semestre. Es mi privilegio informarle de que usted es uno de esos dos notables estudiantes.

Felicidades, señorita Chamberlain, por su sobresaliente historial. Me

enorgullece y satisface decirle que la hemos situado como analista con Miroff & Hooplan, con oficinas en Broadway, Nueva York. Se dedicará a la investigación y a la contabilidad, pero en breve se le enviará información más detallada desde mi despacho.

Quería que recibiera esta carta con suficiente tiempo para encontrar alojamiento y poder planificar sus finanzas en consonancia.

Una vez más le expreso mi satisfacción personal por su desempeño estelar aquí en Wharton. Miroff & Hooplan serán afortunados de tenerla a bordo.

Reciba mis cordiales saludos.

Pegó la carta contra su pecho. Miroff & Hooplan figuraban en la lista de las mejores diez empresas bursátiles del país. No podía creérselo. Realmente era un sueño hecho realidad.

En cuanto a Rich, su pregunta significaba que él era el estudiante que había recibido la otra beca. Se preguntó dónde iba a trabajar. Lo único que tenía que hacer para averiguarlo era enviarle un correo electrónico. ¡Sólo esperaba que no fuera cerca de Miroff & Hooplan!

Aunque ese tipo de becas de aprendizaje significaban estar disponible las veinticuatro horas de los siete días de la semana, como un soldado raso, iba a ser una soldado en una empresa bursátil exclusiva. Sintió una oleada de satisfacción. Volvió a leer la carta. Sus padres tenían que saberlo. La habían apoyado durante todos esos años para que pudiera alcanzar su sueño. Estaba en deuda con ellos por muchas cosas, pero especialmente por la fe en su capacidad para alcanzar el éxito. Ése sería un buen momento para llamar a su madre.

Fue a su dormitorio para realizar la llamada.

–¿Adónde vas con tanta prisa?

Había salido con tanta velocidad, que estuvo a punto de toparse contra Nick en el pasillo. Jamie descansaba sobre su hombro. Después de lo sucedido entre ellos, apenas podía mirarlo sin ruborizarse o experimentar otra vez la poderosa pasión existente entre ellos.

–Al ir a recoger mi correo, Albert me dijo que también tú recibiste unas cartas. Por la velocidad a la que abandonabas la habitación del niño, debían ser importantes.

Nada escapaba a la atención de Nick. Nada.

–¿Algo de Jeremy, tal vez? –añadió él.

Jeremy...

Después de besarlo como si en ello le fuera la vida, había olvidado la existencia de su ex novio. Con una súbita inspiración, le entregó la carta. Debía demostrarse tanto a ella como a él que sin importar cuánto la

atrajera, seguía en su camino para labrarse un sitio en el mundo de los negocios.

Mientras lo observaba leer, toda la actitud de él cambió. Había estado tan convencido de que trataba sobre su ex novio.

–Sabía que eras estudiante. Pero desconocía que poseías la capacidad para ganarte esta entrada en Miroff.

–La carta ha sido una completa sorpresa para mí –musitó–. Iba de camino a llamar a mis padres para darles la noticia.

–Ahora me doy cuenta de que cuando me preguntaste sobre el mercado bursátil –comentó él tras una breve pausa–, no se trataba de una pregunta ociosa.

Aunque no sonaba acusador, tampoco parecía él mismo. No pudo descifrar su reacción.

–No fue una pregunta exhaustiva –se sintió extraña al tener que justificarse ante él. Hasta ese momento, entre ellos jamás había existido ese vacío. No lo comprendía.

–Realmente, Jeremy nunca te conoció de verdad.

Otra vez Jeremy. ¿Por qué se mostraba tan frío?

–¿Puedo hacer algo por ti o por Jamie?

Él movió la cabeza.

–Ahora que he llegado a casa, tienes el fin de semana para ti.

Oírlo decir eso con una voz tan gélida fue como verse desterrada a la oscuridad. Era dolor en una dimensión nueva. Por primera vez, no se atrevió a darle un beso a Jamie.

–Antes de que lo olvide. Esta mañana sonó el teléfono. Contesté para que no despertara al bebé. Alguien llamado Greg llamó, pero no dejó ningún mensaje. Hace aproximadamente una hora llamó otro llamado Lew. Al descubrir que no te encontrabas aquí, dijo que te vería esta noche en el Club Náutico. Si necesitas que me quede con Jamie, yo...

–No –cortó él–, pero te agradezco el ofrecimiento –le devolvió la carta.

Al aceptarla, la postal se le cayó de la mano. Nick la capturó antes de que ella pudiera hacerlo. Si buscaba el nombre de Jeremy antes de devolvérsela, quedaría decepcionado.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, se irguió para sus adentros y sonrió.

–Si cambia algo, estaré estudiando en mi habitación.

–Exactamente, ¿para qué?

–Los G7 y G65 –él sabía qué eran. En algún momento del pasado, también Nick había tenido que estudiarlos–. Mi examen es antes de fin de mes.

–No me cabe duda de que lo manejarás a tu antojo.
–Ya veremos.

Nick se sentó en la mecedora y observó a su hijo jugar debajo del edredón con el móvil que había comprado Reese. Todos los objetos lo estimulaban mucho y tardó un buen rato en quedarse dormido. No le importó, ya que necesitaba tiempo para relajarse antes de estallar con unas emociones que le eran tan ajenas que hacían que ya ni se reconociera.

Se mordió el labio. Reese realmente había buscado un trabajo que durara sólo tres meses. Jeremy como se apellidara, había sido un imbécil al no darse cuenta de que jamás había tenido una oportunidad a largo plazo.

Pero una vez sereno, comprendía que su ira contra Jeremy había estado mal dirigida. La culpa era suya por dar por sentado que podría convencerla de quedarse como su niñera más tiempo que el verano pactado. Cuando en ese momento pensaba que ella se marcharía, no podía soportarlo.

Dominado por un pánico renovado, sacó el móvil y llamó a su secretaria.

–¿Nick? Me alegro de que llame. Greg, Lew y su padre han intentado ponerse en contacto con usted. Me pidió que le dijera que la hora para la fiesta en el Club Náutico esta noche se ha cambiado de seis y media a siete. Le dejé el mensaje en el buzón de voz.

–Gracias –se levantó de la mecedora y fue a su dormitorio contiguo–. ¿Leah? ¿A cuántas mujeres entrevistaste para el puesto de niñera?

–A cuatro. ¿Significa eso que la señorita Chamberlain no encaja?

–Encaja muy bien, pero pienso en el futuro.

–¿Qué ha pasado con la niñera de los Cosgriff?

–Que yo sepa, nada, pero he decidido que no quiero que venga ella.

–¿Quiere que reanude la búsqueda?

–Aún no, pero siento curiosidad. ¿Cuántas se presentaron para el puesto?

–Creo que el señor Lloyd dijo que disponían de quinientas cuarenta solicitudes.

Teniendo en cuenta el estado de la economía, no debería sorprenderlo.

–¿Cómo le indicaste que las seleccionara?

–Le pedí que seleccionara a las que tuvieran más estudios.

Se frotó la nuca sorprendido.

–¿Eso fue todo?

–Sí. Las que aún estuvieran estudiando o tuvieran una educación superior y todavía quisieran aceptar un trabajo de niñera durante tres meses, tendrían otra cosa en la cabeza. Cuando me proporcionó los cuatro

nombres, me puse a hacer llamadas y a comprobar las referencias.

»Uno de los profesores de la señorita Chamberlain me dijo que era ejemplar. Eso representó un plus. Venía de una familia de cinco hermanos y era la más joven de las cuatro, lo que consideré otro punto a su favor. Con un bebé, hay que poder moverse con celeridad y ponerse en el suelo.

Sintió una oleada de calor al recordar lo que había estado haciendo con ella en el suelo del cuarto de su hijo hacía menos de dos horas.

–¿Qué decantó la balanza a su favor?

–¿Quiere decirme que aún no lo ha averiguado?

Leah lo conocía demasiado bien. Mantenían pocos secretos. Una cosa con la que podía contar era con su sinceridad.

–¿Sabías que ha recibido una beca de capacitación como analista en Miroff & Hooplan para el otoño?

–Vaya. Me alegro por ella.

Nick había descubierto todo lo que necesitaba saber.

–Te llamaré luego. Y Leah...

–¿Sí?

–Gracias.

Reese se había puesto unos pantalones con varios bolsillos laterales y una blusa de color caqui. Al oír la llamada a la puerta, pensaba salir, aunque sin ningún destino concreto en mente. Esa tarde había vivido un tumulto de emociones y necesitaba caminar hasta caer rendida.

Recogió el bolso antes de abrir la puerta. Ahí estaba Nick con Jamie. Sintió que el corazón le daba un vuelco, porque la oscuridad que antes había percibido procedente de él parecía haber desaparecido.

–Para vergüenza mía, hoy me he extralimitado dos veces. Eres una mujer muy atractiva, pero eso no es ninguna excusa para el comportamiento que muestro cada vez que estoy cerca de ti. Te juro que mientras estés trabajando para mí, ya no tienes nada más que temer de mí.

Sus palabras le causaron dolor, pero también alivio, porque significaban que no se había producido ningún daño permanente.

–Yo participé por voluntad propia, por lo que resulta obvio que no te he tenido miedo precisamente, Nick.

–No obstante, ¿existe la posibilidad de que me perdones y podamos empezar de nuevo? Pasara lo que pasase conmigo antes, no tiene nada que ver contigo. La idea de que pudieras decidir dejarnos a Jamie y a mí antes de tiempo me aterra.

Ella esbozó una leve sonrisa.

–También a mí me aterra, porque necesito el dinero que me pagas.

Él enarcó una ceja.

–¿Lo necesitas lo suficiente como para venir conmigo esta noche? Vamos a llevar a Jamie a una fiesta.

Ella cruzó los brazos.

–¿Por qué me da la impresión de que no se trata de una fiesta corriente?

–Mis padres esperan que vuelva a casarme y han elegido a una mujer para que sea mi próxima esposa. Se llama Jennifer Ridgeway. No la veo desde la adolescencia, pero te aseguro que su linaje forma parte del entramado de su armazón exterior. Estará en el Club Náutico con sus padres.

–Veo que planeas una revuelta abierta.

–Sí –sus ojos casi irradiaron fuego–. La visión de mi hijo con su inapropiada niñera ahogará todas las esperanzas en ambos bandos y representará la mejor manifestación que pueda realizar. Será mi abdicación virtual de mi familia.

Sintió la convicción de Nick hasta la médula y supo que esa noche cambiaría el curso de las vidas de Jamie y de su padre. Anheló ser testigo directo de ello.

–¿Cómo he de ir vestida?

Las arrugas en la cara de él se desvanecieron.

–¿Qué te parece el vestido amarillo con una cinta blanca sujetándote la coleta?

–Puedo arreglarlo. ¿Y tú?

–Ningún socio con alcurnia del Club Náutico aparece con un atuendo que no sea formal. Llevaré un esmoquin.

–¿Y Jamie?

Esa boca atractiva mostró una sonrisa.

–Su traje azul marino con Snoopy y los calcetines altos blancos. Será el primer bebé que haya cruzado jamás las puertas del club. Si estás preparada para Miroff & Hooplan, sé que podrás manejar a este grupo.

–¿Cuándo quieres salir?

–En cuanto Jamie y tú estéis listos. Iremos a Long Island en el helicóptero.

–Ya me he duchado. Lo único que tengo que hacer es cambiarme de ropa, luego me ocuparé del bebé y aprovisionaré la bolsa de los pañales.

–Una cosa antes de marcharnos –la miró a los ojos.

–¿Qué? –el corazón le latió con fuerza.

–No pude evitar ver el nombre de la persona que te envió la postal. ¿Quién es Rich?

–Mi compañero de estudios en Wharton.

Él ladeó la cabeza.

–¿Está a la altura de tu inteligencia?

Como acababa de enviarle un correo electrónico a Rich, decidió que lo mejor era contárselo en ese momento.

–Su nombre completo es Richard Bonner.

Él frunció el ceño.

–Suena familiar.

–Es porque acaba de recibir una carta del decano anunciándole que se le ha concedido una beca de aprendizaje en Sherborne y Wainwright este otoño.

Nick la miró con incredulidad.

–Durante años mi tío Lew se ha encargado de elegir a los becarios. Si no los considera lo bastante brillantes, no los acepta.

–Pues ahí lo tienes. Rich es el genio original. Rebosa júbilo por haber sido elegido para trabajar en la empresa más importante de Nueva York. Por si te lo estás preguntando, no tiene ni idea de que eres mi jefe y yo no tengo intención de contárselo jamás.

Dos horas más tarde, el helicóptero iniciaba el aterrizaje. Nick se volvió hacia ella.

–Bienvenida al Club Náutico Sea Nook, que figura en el Registro Histórico de NuevaYork. Antiguo hogar de los barcos de la Costa Dorada de Long Island. Sólo para socios.

Cuando el aparato se posó en la plataforma, a Reese le pareció que la amplia extensión de la mansión Tudor que daba al océano era surrealista. Veleros y yates con insignias ondeando al viento moteaban el puerto deportivo y más allá. Para ella, el mundo que Nick había habitado todos esos años era tan fantástico en su propio estilo como la Tierra Media o el País de Oz.

Al dirigirse hacia la entrada, caminó junto a él con Jamie en brazos mientras Nick llevaba el asiento y la bolsa de los pañales. El pequeño estaba adorable con su traje azul marino.

Nick le había informado de que quería llegar antes que todos los demás. Prefería que sus padres hicieran la entrada con los Ridgeway y no al revés. La visión de Nick en compañía de su niñera y de su hijo establecería las reglas básicas para el futuro.

El conserje del club era un hombre fornido con barba y vestido como un verdadero capitán, con un blazer y pantalones blancos. Cruzó el enorme vestíbulo con una sonrisa en la cara.

–Bienvenido, señor Wainwright.

–¿Cómo estás, Max?

–Muy bien, desde luego. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vimos por aquí. ¿Puedo aprovechar la oportunidad para expresarle cuánto siento la pérdida de la señora Wainwright? Fue una conmoción para todos.

–Gracias.

–Usted es el primero de su grupo en llegar. Los hemos situado en el invernadero. Su padre deseaba la mejor vista y pudimos complacerlo.

–Gracias.

El hombre miró a Reese.

–¿Está de vacaciones, señorita? Lo siento, pero sólo se permite la entrada a los socios del Club Náutico. Desde luego, dispone del beneplácito para pasear por la propiedad junto con su hijo.

Nick la miró un segundo. Ella captó un destello de perversa diversión en sus oscuras profundidades. Disfrutaba de la situación.

–Viene conmigo, Max. La señorita Chamberlain es mi niñera y éste es mi hijo, Jamie. Acaba de salir del hospital y aún no va a separarse de nosotros.

Reese tuvo que reconocer el mérito del conserje por el aplomo que mostró ante una situación incómoda que casi con toda seguridad nunca antes se le había presentado. Pudo ver cómo trataba de decidir la forma de manejar el momento. Carraspeó.

–Por supuesto. Adelante, por favor.

–Gracias, Max.

Reese tuvo que soportar miradas hostiles y cejas enarcadas de la gente hermosa ataviada con ropa formal. Nick dio impresión de indiferencia. La condujo por unas puertas altas hacia otra zona del club, que en alguna ocasión debió de ser la mansión espectacular de alguien.

Llegaron a una sala privada de techos altos y rodeada de ventanas que iban del techo al suelo, una innovación moderna. Casi era igual que estar en el agua. Retiró una silla donde depositó el asiento de Jamie y lo fijó con seguridad.

Ella se sentó junto al bebé.

–Si fuera propensa a ello, creo que ahora me sentiría mareada.

Él le dedicó una sonrisa arrebatadora.

–Alguna que otra vez algo así ha sucedido en esta sala.

–¿Cuál es la historia de este lugar?

Él sacó un sonajero que le entregó a Jamie. Los dos rieron cuando lo primero que hizo el bebé fue llevárselo a la boca.

–El antepasado de mi madre, Martin Sherborne, era un capitán inglés a

comienzos del siglo XVII que comerciaba con todo tipo de cosas lucrativas que le aportaron una buena fortuna. Cuando compró gran parte de la tierra que había alrededor de Sea Nook e hizo construir este lugar, el gobernador colonial de Nueva York le confirió el título de Señor de Sherborne.

»Con el tiempo, su nieto donó el lugar al Ayuntamiento de Sea Nook y construyó Sherborne House, donde creció mi madre. Está situada a unos quince kilómetros de aquí. Los terrenos lindan con Wainwright Meadows, conocidos por sus caballos, donde nació mi padre.

–¿Cómo amasaron su fortuna?

–Sus antepasados desarrollaron herramientas para motores de vapor. Su fabricación proliferó más allá de las expectativas de todos. Para los que vivían aquí, Sea Nook es conocida como Pequeña Inglaterra.

Se acercó el somelier para preguntarles por el vino que preferirían. Nick se volvió hacia ella.

–Para mí nada –respondió.

–Los dos esperaremos –le respondió Nick.

Inesperadamente, ella vio que la mandíbula de Nick se endurecía.

–No mires ahora, pero acaba de llegar mi primo Greg. Parece que está solo. Su esposa y él viven en nuestra propiedad en los Hamptons. Pasan por dificultades matrimoniales.

Una propiedad más en la creciente lista.

–¿Mantienes una relación estrecha con él?

–No, pero trabaja en la empresa y hasta ahora hemos logrado llevarnos bien.

–Eso es algo.

Le dedicó otra de esas sonrisas que la dejaban sin aire.

–Creo que te he sobrecargado de información.

–En absoluto. Es como asistir a un curso universitario sobre la clase alta en la América Colonial. No me lo habría perdido por nada en el mundo.

–Greg –Nick se puso de pie y estrechó la mano de su primo. Tenía el pelo oscuro, como Nick, pero era más bajo y robusto–. Te presento a Reese Chamberlain, de Lincoln, Nebraska. Reese, te presento a Greg Wainwright, uno de los vicepresidentes de la empresa bursátil.

–Encantada de conocerte, Greg –extendió la mano que él estrechó. El primo de Nick no podía quitarle los ojos de encima.

Nick no lo culpó. Cualquiera que viera el rostro oval y los pómulos altos de Reese la consideraría poseedora de una belleza clásica.

–Ven a saludar a Jamie.

Su primo desvió la vista hacia su hijo, pero no se movió. Le lanzó una mirada que decía que necesitaba hablar con él en privado. «En este

momento no». Nick tenía una idea de qué trataría la charla. De hecho, había estado esperándola.

–¿No quieres sentarte? ¿O estás esperando al tío Lew? Greg cambió su peso de un pie a otro, señal de que empezaba a perder la paciencia. –Necesito hablar contigo a solas un minuto. Intenté localizarte antes. –Soy consciente de ello. Puedes decir lo que quieras delante de Reese. –Mi padre me envió para tratar de devolverte el sentido común.

–¿Y a qué sentido común te refieres?

–Ésta es una cena especial –enarcó las cejas–. Max le ha comunicado a todos que... los tres estáis aquí –añadió con tono más bajo.

«Bien», pensó Nick.

–Llamemos a las cosas por su nombre. Esto se planeó para que el viudo pudiera conocer a la esposa número dos, pero mi vida ha cambiado desde la muerte de Erica, Greg. Nadie es mi dueño.

–Entonces, me temo que cenarás aquí solo.

–Mis padres deberían haber pensado en ello antes de intentar manipularme para algo que heriría a los Ridgeway. El hecho es que nadie me lo consultó. Pretendo disfrutar de mi cena con mi hijo y la señorita Chamberlain. Puedes comunicarle eso al tío Lew en privado. Lo que le diga a mi padre depende de él.

Greg lo estudió con ojos diferentes.

–¿Qué te ha pasado?

Era una pregunta sincera que requería una respuesta sincera.

–¿La verdad? Me convertí en padre, pero he descubierto que quiero serlo. La señorita Chamberlain me está enseñando a serlo.

Su primo asintió en dirección de Reese antes de marcharse.

–Nick...

El temblor que captó en su voz fue uno de los sonidos más satisfactorios que jamás había oído.

–A propósito, el pez espada de aquí es excelente. Si lo pides, te aseguro que no te decepcionará.

CAPÍTULO **8**

DURANTE cinco días a partir del lunes siguiente, Reese se llevó a Jamie todas las mañanas y las tardes a buscar un apartamento vacío próximo a las oficinas de Miroff, situadas entre Broadway y la Séptima Avenida. Necesitaba encontrar uno lo bastante cercano como para poder ir andando al trabajo.

A media tarde al fin lo encontró a seis manzanas, encima de una librería pequeña con unos carteles que ponía que iban a cerrar el negocio. Había que entrar en la tienda y dirigirse a la parte de atrás, donde había una escalera circular que conducía al estudio. Los dos eran propiedad del banco.

Trasladarse del ático de treinta millones de dólares de Nick a ese agujero diminuto que no tenía electricidad sería como pasar de lo sublime a lo ridículo.

Con el fin de asegurárselo firmó un contrato de seis meses a partir de ese momento, a pesar de que los dos chicos que vivían allí no lo dejarían hasta finales de agosto. Compraría un futón para usarlo como cama. No necesitaría nada más, ya que sería como una esclava noche y día en la agencia bursátil. Si cuidaba el dinero, el sueldo que le pagaba Nick cubriría el alquiler hasta enero.

El pequeño estipendio que recibiría de Miroff tendría que bastar para la comida y otras contingencias. Pero al menos ya se había ocupado de su problema de alojamiento y podría dedicar la semana siguiente a estudiar para el examen que tendría en una semana a partir de aquel mismo día. Con un suspiro de alivio, llamó a Paul y le pidió que los llevara a Jamie y a ella al parque.

–Te gustan los veleros, ¿eh? –le comentó al pequeño al acercarlo al estanque.

Recordó los que había atracados en Sea Nook. Aquella noche había marcado otro cambio en Nick. Parecía cargado con una energía nueva.

Desprenderse del yugo de su otro yo había servido como una especie de catarsis. Dos veces esa semana había llegado temprano a casa, se había puesto unos vaqueros y una camiseta y preparado la cena. Mientras, había

colocado a Jamie en la hamaca y mantenido largas conversaciones con él. Cuando todo estaba listo, la había invitado a comer con ellos en la terraza.

–Oh... es mi teléfono. Veamos quién es –sacó el móvil, pero no reconoció el número de la pantalla. Después de una leve vacilación, contestó–: ¿Hola?

–¿Señorita Chamberlain? Soy Albert.

–¡Hola, Albert!

–Lamento molestarla, pero tiene una visita y sabía que usted había salido. El señor dice que es urgente que la vea. Se llama Jeremy Young.

Reese cerró los ojos con fuerza. No culpaba a su ex novio por recorrer todo ese trayecto sin avisarle. Si la situación fuera a la inversa y ella no pudiera dejarlo sin intentarlo una vez más, haría lo mismo. Probablemente, su padre le había contado lo de la beca y Jeremy había decidido hablar con ella otra vez con la esperanza de que la rechazara.

Pero era inútil. Ese romance no estaba destinado a tener lugar. Sus planes para el futuro estaban tomados.

Y luego, por supuesto, estaba Nick. Cada momento que vivía con él hacía que se enamorara más y más de él. No iban a estar juntos mucho más tiempo, pero no importaba. Había marcado su vida para siempre. Nick y Jamie poseían su corazón.

–Voy hacia allí ahora mismo. ¿Le importaría hacerlo pasar al ático? Ha volado desde Nebraska y agradecería refrescarse algo antes de que yo llegue.

–Será un placer.

–Gracias.

Colgó.

–Vamos a casa, Jamie. Tenemos compañía.

Cuando un rato más tarde entraba en el ático, Jeremy salió al vestíbulo desde el salón. –Reese... Era una cara familiar y querida, pero ya no podía invocar ningún sentimiento hacia él. Seis meses atrás no habría podido imaginarse sin lanzarse a sus brazos.

–Me alegro de verte, Jeremy –era un hombre atractivo de un metro ochenta y ojos azules oscuros. Llevaba vaqueros y una camisa por fuera, su estilo habitual cuando no vestía traje. Pero faltaba la sonrisa amplia que siempre lo había distinguido. Vio dolor en sus ojos.

–¿No estás enfadada porque apareciera de improviso? –preguntó nervioso.

–No. ¿Cómo podría estarlo? Sólo me entristece que dedicaras tu tiempo y el dinero que tanto te cuesta ganar para nada.

–Eso es cuestión de opiniones. He dispuesto de tiempo para pensar

desde que tu padre me mencionó tu beca de aprendizaje. Me gustaría hablarte de ello.

–Por supuesto. Ven a la terraza conmigo y con Jamie –empujó el cochecito por el piso.

En cuanto abrió el ventanal y salieron, él dejó escapar un silbido bajo y prolongado. Lo observó ir a la barandilla para mirar la ciudad.

–Santo cielo... Sé que hay personas en el mundo que viven de esta manera, pero verlo tan de cerca hace que piense que se trata de una alucinación.

–A mí me ha pasado muchas veces –puso a Jamie en la tumbona y lo cambió. Jeremy regresó junto a ella cuando le abrochaba el trajecito.

–Es un bebé precioso. ¿Qué tiempo tiene?

–Cuatro meses.

–¿Cuánto tiempo piensas quedarte aquí?

–Hasta finales de agosto. Es cuando empiezo en Miroff.

–Reese –susurró–. Me trasladaré a Nueva York y conseguiré trabajo en un banco. Si estás decidida a tener una carrera, que así sea. No quiero perderte.

Pegó a Jamie contra su pecho en busca del minuto que necesitaba para asimilar lo que estaba escuchando. Sólo pudo imaginar lo que le habría costado presentarse allí. Necesitaba ir con cuidado, pero sin importar lo que dijera, Jeremy iba a resultar herido.

–Siempre te querré, Jeremy, pero también he tenido meses para pensar en todo. Tu instinto es ser el patriarca y llegar a una casa en la que te espere una esposa que cuide de ti y de tus hijos. Muchos hombres son así. Es un instinto maravilloso.

»El fallo es que encontraste a una mujer como yo, que necesita un estímulo intelectual más allá de la maternidad. Me gustaría creer que con el tiempo podré abarcar ambos. Si volviéramos a estar juntos, no me cabe duda de que pasaría poco tiempo hasta que sintieras resentimiento por mi decisión y que yo me sentiría molesta por saber que no te hacía feliz. Simplemente, no funcionaría.

–Eres diferente –soltó él en un arranque de furia.

–Tuve que apartarte de mi vida. No resultó fácil.

–Pero la cuestión es que me has desterrado.

–Sí –respondió con sinceridad. Esos ataques eran justamente lo que no quería que pasara–. Jamie necesita su biberón. He de traerlo de la cocina –él la siguió. Sacó la botella de la nevera y la calentó en el microondas.

–¿El padre del bebé ya se te ha insinuado?

–Jeremy... por favor, no hagamos esto.

–Es lo que dices cuando quieres evitar un tema.

Sacó el biberón del microondas.

–Creo que será mejor que te marches.

–No me extraña que no quieras intentarlo de nuevo. No hay nada que te impida quedarte aquí de forma permanente. Vives prácticamente en un palacio con Nueva York a tus pies. El sueldo que te paga probablemente es más que lo que saco yo en un año en el banco.

Reese alimentó al bebé y rezó para que Jeremy viera la inutilidad de la situación y se marchara.

–¿Hay alguien en casa?

La voz profunda de Nick lo precedió hasta la cocina. Estuvo segura de que Albert le habría contado que Jeremy se hallaba arriba. Nick había anunciado su presencia con el fin de advertirle de que había llegado.

La expresión en la cara de Jeremy le recordó a la de los Hirst cuando entraron en la cocina y quedaron cara a cara con ella.

–Nick Wainwright –intentó mantener la voz firme–. Te presento a Jeremy Young.

Siempre el anfitrión cortés, Nick extendió la mano.

–Es un placer conocerlo, Jeremy.

–Lo mismo digo, señor Wainwright. Tiene un hijo precioso.

–Gracias, yo también lo creo. Por favor, discúlpenme por interrumpir. He venido a buscarlo para poder jugar un rato con él –le lanzó una mirada enigmática a Reese antes de quitarle a Jamie de los brazos. El bebé aún tomaba el biberón–. Vamos a salir a la terraza, ¿verdad, amiguito?

Reinó el silencio después de que su cuerpo alto y sólido abandonara la cocina. Jeremy la miró con ojos entrecerrados.

–Bueno... *eso* acaba de responder a mi pregunta.

–Jeremy... –llamó, pero él salió de la cocina y del ático como disparado por un resorte.

No le había dado elección al presentarse sin aviso. Odiaba hacerle daño. Pero si conocer a Nick lo convencía de que mantenía una aventura con su jefe, entonces debía ser algo bueno. De lo contrario, Jeremy seguiría albergando esperanzas por algo que jamás sucedería.

Se frotó los brazos. Se hallaba demasiado cansada para salir otra vez a dar un paseo, pero si se quedaba, sabía que no podría estudiar. Nick necesitaba su tiempo con Jamie. Eso dejaba la televisión. Quizá estuvieran dando una buena película.

Al final ni se molestó en encender el aparato. Se puso a dar vueltas en la cama, agitada. Faltaban cinco semanas, pero estaba metida en problemas. El anhelo por Nick se hacía intolerable.

Una hora después, el hambre la llevó a la cocina, donde lo encontró preparando unos sándwiches de jamón y queso. Sintió el escrutinio de su mirada.

–¿Tienes planes con Jeremy para más tarde?

Movió la cabeza.

–Probablemente mañana ya esté de vuelta en Lincoln.

–¿Sabías que venía?

–No. Su llegada fue una completa sorpresa. Albert me llamó mientras Jamie y yo nos hallábamos en el parque.

Él frunció los labios.

–Entonces, comamos. Saca un par de refrescos de la nevera y saldremos a la terraza.

–Suena bien.

Él abrió un paquete de patatas fritas y juntos llevaron todo a la mesa del exterior. Después de sentarse, Reese destapó su refresco y se bebió casi la mitad, sin darse cuenta de lo sedienta que estaba.

Nick se relajó en la silla, extendió las piernas y se comió dos sándwiches seguidos.

–El otro día Leah y yo estuvimos hablando. Cuando te eligió para el puesto de niñera, había otras tres mujeres que podrían haber desempeñado el trabajo. Una probablemente sigue disponible. Pero aunque todas hubieran encontrado ya otro trabajo, encontraríamos otra.

Un dolor agudo en el pecho la dejó casi sin habla.

–¿Por qué me estás contando esto?

–Porque necesitas estar libre para solucionar las cosas con Jeremy. El hombre no habría volado hasta aquí a menos que aún estuviera terriblemente enamorado de ti. Vi la expresión en su cara. No pudo decirte lo que quería en mi presencia. Si ahora te vas a casa, es posible que arregléis vuestras diferencias y terminéis casándoos.

–¿Quieres decir tal como Erica y tú arreglasteis las vuestras? –su dolor tenía que hallar una salida.

Él dejó de comer y se irguió.

–Yo nunca la amé.

Como tampoco la amaba a ella. De lo contrario, no habría podido sugerirle que abandonara a Jamie y siguiera a Jeremy a casa.

Con una extraña exhibición de sarcasmo, declaró:

–Bueno, ésa es una explicación excelente para el fracaso de tu matrimonio. Jeremy y yo *ahora* tenemos problemas irreconciliables y jamás nos presentaremos juntos ante el altar.

–El amor es algo peculiar –repuso él con suavidad–. Tú lo sentiste una

vez. Él no se ha rendido. A mí me parece que todavía es posible cualquier cosa.

–No cuando él no desea una mujer que trabaje.

–¿Tan terrible sería que transigieras con el fin de que pudierais estar juntos?

–¿Terrible? –exclamó–. Sería desastroso.

–¿Por qué?

–Porque entonces ninguno de los dos sería feliz –movió la cabeza–. Realmente no lo entiendes. Permite que te haga una pregunta. Después de todos los años que dedicaste a estudiar para ocupar tu lugar en Wainwright's, ¿qué habría pasado si Erica te hubiera dicho: «Ya no tienes que trabajar, Nick. Quédate en casa conmigo. Tengo suficiente dinero como para ocuparnos de los dos de por vida?».

Él entrecerró los ojos.

–No puedes usarnos a Erica o a mí como ejemplo.

Ella empezó a crisparse.

–¿Por qué no? Los de la nobleza aún forman parte de nuestro mundo, aunque conforman un porcentaje diminuto de la población.

–Porque, para empezar, nuestra relación no estuvo definida por la clase de amor que ciega a un hombre y una mujer.

–¿Y si lo hubiera estado? ¿Y si hubierais estado locos el uno por el otro y te hubiera dicho que quería que te quedaras en casa con ella y el bebé? Varios bebés, quizá. ¿Qué le habrías contestado?

–Es una pregunta absurda, Reese.

–Claro que es absurda para *ti*. Eres un hombre, ¿verdad? Y del mundo del que provienes, un hombre es mejor que una mujer –se puso de pie, incapaz de permanecer quieta –vio la expresión de ira en Nick, pero ya no podía parar–. Para ti sería como estar en el purgatorio si no pudieras levantarte cada mañana ansioso de enfrentarte a tus competidores.

»La otra noche en el Club Náutico oí toda tu genealogía. Provienes de unos antepasados que hacen que las cosas sucedan. Como a ellos, tú vives para hacer un negocio de un millón de dólares hoy, y otro mañana, y todos los mañanas después de ése. Es lo que te conforma a ti, *a ti*.

Nick se apartó de la mesa y se puso de pie.

–¿Y me estás diciendo que tú sientes exactamente lo mismo? Ella soltó una risa cáustica. –Te resulta inconcebible, ¿verdad? ¿Yo? ¿Una simple mujer que tenga ese mismo fuego en su interior? Imposible. ¿Una mujer que quiera establecer una diferencia? Impensable, ¿verdad?

–Francamente, sí –respondió con ironía–, en especial cuando veo cómo eres con Jamie. Nadie adivinaría jamás que no eres su madre.

–Ni siquiera me estás prestando atención porque a tus ojos una mujer no puede ser ambas cosas –se situó delante de él–. Deja que te diga una cosa sobre ti, Nick. Aunque has progresado mucho para liberarte de los grilletes que te impusieron treinta y cuatro años de descuido emocional, jamás serás un hombre capaz de transigir con algo tan vital para tu misma existencia como tu trabajo.

No le importó ver un brillo peligroso en sus ojos y prosiguió:

–Sin embargo, me das consejos y me sugieres volver a casa para arreglar las cosas con Jeremy, como si mi problema no fuera nada más que una fruslería que puede barrerse bajo la alfombra. Sé una buena chica y haz lo que se supone que hacen las chicas, Reese. Deja que Jeremy se ocupe de los negocios para que tú puedas ocuparte de los bebés. Transige por el bien de tu amor. Es un gran consejo, señor Wainwright, mientras no seas *tú* quien se vea obligado a transigir.

–¿Has terminado? –preguntó él como si se hubiera aburrido de su pataleta.

Ella no soportó su condescendencia.

–No del todo –replicó–. Un día pretendo abrir mi propia empresa bursátil aquí mismo en Nueva York y hacer que tenga un éxito enorme. Mientras tanto, tengo un contrato contigo para ocuparme de Jamie hasta que empiece mi beca en Miroff. Para tu información, jamás reniego de mis compromisos, a diferencia de ti, que me meterías en el siguiente vuelo a Nebraska sin ningún reparo –se detuvo ante la puerta corredera–. Si me necesitas, estaré estudiando en mi dormitorio.

Nick llamó a su secretaria por el interfono.

–¿Leah? Estaré en el despacho de Lew durante un rato –había realizado algunas investigaciones y solicitado esa conferencia–. No me pases llamadas –si Reese lo necesitaba, lo llamaría al móvil. Pero ella no necesitaba ni quería nada de él.

Aún tenía las cicatrices de la incendiaria conversación de tres semanas atrás. Nada en su conducta diaria se había modificado desde entonces, pero la atmósfera había sufrido un cambio drástico. Cuando hablaban de Jamie, todo era cortés, pero la lobreguez que lo había envuelto a la muerte de Erica no podía compararse con la oscuridad que lo envolvía en ese momento. Alrededor de su niñera había crecido una pared de hielo. No podía encontrarla en ninguna parte. El amor y la animación que poseía los dedicaba en exclusiva a su hijo.

Incapaz de soportarlo, cada viernes por la tarde se había ido con Jamie a Martha’s Vineyard. Se dedicaban a navegar todo el fin de semana. Los

domingos por la noche volvían al ático y siempre encontraba la puerta del dormitorio de ella cerrada. Veía la luz por debajo y sabía que se hallaba dentro.

Ese día sabía que ella tenía su examen en línea. Cuando le dijo que se quedaría en casa para ocuparse de Jamie, ella le había respondido que no sería necesario. Se arreglaría con ambas cosas muy bien.

Aquella noche negra de la discusión, Reese había soltado una munición que él jamás había visto llegar. Aturdido por el impacto, apenas había podido funcionar desde entonces. Esa mañana se había encontrado zozobrando en un mar negro y supo que no podría continuar mucho más tiempo de esa manera.

La temperatura emocional era claramente más fría en el despacho de su tío. Lew estaba sentado ante el escritorio y lo miró con ojos entrecerrados cuando entró. Nick había cometido un acto imperdonable en el club, por lo que toda la familia lo evitaba.

Eso no le molestaba, pero había sacado a Lew de su zona de confort. El asunto que Nick estaba a punto de realizar con él disolvería la poca relación que les quedaba. Esa reunión proporcionaría el último punto y aparte.

–¿Qué era tan importante que tuve que pedirle a mi secretaria que cancelara mis dos últimas citas del día?

Nick se sentó en el apoyabrazos de uno de los dos sillones.

–Dimito de la empresa con efecto inmediato y quería que tú fueras el primero en saberlo, aparte de Leah, por supuesto.

–*¿Qué?* –de pronto la máscara de implacabilidad se desprendió de esa cara y reveló una vulnerabilidad que Nick jamás le había visto–. ¿No se lo has contado a Stan? ¿Ni siquiera a tu padre?

–No. Dejaré que lo hagas tú, ya que tienes una relación más estrecha con ellos.

–Pero, *no* puedes dimitir... este lugar se desmoronaría sin ti.

Una emoción auténtica para variar. ¿Quién lo habría imaginado?

–He nombrado a Greg como mi sucesor en la carta de dimisión que le he dado a Leah esta mañana. Ha sido fechada y firmada ante notario. Tu hijo se ha ganado el derecho a dirigir la empresa. Yo me he ganado el derecho a hacer lo que es mejor para mí.

Su tío movió la cabeza con evidente consternación.

–¿Qué planes tienes?

–Me los reservo para mí por el momento. Éste es mi último día aquí. Salvo por unas pocas cosas personales que me llevo, mi despacho está listo para que Greg lo ocupe. Mis cuentas ahora son suyas. Leah permanecerá como su secretaria personal para asegurar una transición fluida.

Su tío se puso de pie despacio.

–¿Tienes una enfermedad terminal?

Nick soltó un sonido gutural. La enfermedad era la única causa que se le podía ocurrir a Lew para que alguien de la familia hiciera algo sin precedentes y herético.

–En cierto sentido, pero es confidencial. Nos veremos –se levantó del apoyabrazos para estrecharle la mano. La respuesta de su tío le recordó a una persona que acabara de entrar en un estado de conmoción. Al marcharse, pasó por la oficina de Leah–. ¿Está todo hecho?

–Sí.

–¿Has conseguido lo que necesito?

–Está en su maletín. Paul espera ante la entrada.

Le entregó un sobre en el que había un cheque a su nombre, la abrazó, luego bajó en el ascensor y salió del edificio como si lo persiguieran mil demonios. Unos minutos más tarde entraba en el ático con la sensación de haber abandonado la cárcel.

–¿Reese?

Al no obtener respuesta, fue a la terraza. En cuanto abrió el ventanal, pudo oír la risa. Por encima del seto, la vio con Jamie en la piscina. Se había recogido la coleta por encima de la cabeza y daba vueltas a su hijo en un pato de goma. Era evidente que había terminado el examen y que había decidido quemar algo de tensión acumulada. Se la veía arrebatadora con ese biquini de color mandarina.

Como ella aún no lo había visto, regresó a su dormitorio y se puso el bañador. De camino al exterior, recogió dos toallas grandes.

Para su júbilo, todavía jugaban en el agua.

Se zambulló en la parte más honda y buceó adrede, para poder darse un festín visual con esas piernas largas y preciosas. Eran una tentación que no podía resistir, pero que no le quedaba más remedio que contener.

Emergió a un metro y se ayudó con las manos para sentarse en el borde. Ella se mostró atónita al verlo salir.

–*Nick...*

Pero de inmediato se volvió hacia Jamie, quien se había convertido en su escudo.

–¿Cómo te ha ido el examen?

–No ha sido tan duro como imaginé que sería.

–Seguro que te alegra que todo haya terminado.

–Desde luego –giró a Jamie en el pato para que pudiera verlo–. Ha estado esperando que vinieras.

Esos ojos azules resultaban más deslumbrantes que el agua. Volvió a

meterse en la piscina y nadó hacia su hijo.

–Te lo estás pasando en grande, ¿eh? –Jamie casi se cae del flotador en su intención por llegar hasta él. Riendo, Nick lo alzó en brazos y le dio un beso. Mientras disfrutaba de su hijo, Reese nadó hacia el otro extremo de la piscina para salir. No fue una mala maniobra, pero no pensaba dejar que tuviera éxito–. ¿Reese? –lo miró cuando estaba a punto de irse–. Sean cuales sean tus planes para esta noche, primero necesito hablar contigo. Dame diez minutos y me reuniré contigo en el comedor.

–De acuerdo.

Al irse, miró a Jamie.

–Tenemos que ir a vestirnos, amiguito. Esta noche es importante –salió por los escalones de la piscina.

Después de envolver a su hijo en una toalla, fue a la habitación de Jamie y le cambió el pañal y le puso una camiseta.

Como parecía satisfecho, lo dejó quedarse en la cuna con el chupete. Luego fue a su dormitorio a darse una ducha y a ponerse unos pantalones y una camisa de sport.

Quince minutos más tarde recogía a Jamie y el asiento portátil. Reese ya los esperaba a la mesa con la coleta rehecha. El camarero ya había subido la cena y todo estaba puesto y preparado.

Con el pequeño sujeto al asiento, Nick pudo concentrarse en Reese, quien se había puesto una blusa de algodón celeste y unos vaqueros.

–¿Te gusta el cordero? –alzó las tapas de las bandejas.

–Me encanta.

–Entonces, creo que disfrutarás con el costillar de cordero de Cesar –sirvió agua para los dos antes de dedicarse a cenar.

Ella lo imitó.

–Da la impresión de que celebras algo.

–Me pareció una buena idea. Tu examen ha terminado y un amigo mío griego llamado Andreas Simonides me ha invitado a pasar un tiempo con él y su esposa, Gabi, en la isla de Milos, en el Egeo. Nos conocimos hace unos años, cuando ambos estábamos solteros y navegamos juntos. En algunas ocasiones se ha quedado aquí en el ático. Ahora está casado y tiene una hija de tres meses y le apetece conocer a Jamie. Así que le dije que iría.

–Suena estimulante –hacía lo que podía para mostrarse complacida por él, pero llevaba semanas a todas horas con Jamie y Nick. La idea de una separación le causaba un tumulto interior tan grande que el dolor apenas la dejaba respirar.

–Lo mismo pienso yo.

–¿Cuándo os marcháis?

–Mañana a primera hora.

La sorprendió que fuera tan pronto.

–¿Cuánto tiempo estaréis fuera? –luchó por mantener la voz firme.

–Dos semanas.

No dispuso de tiempo para ocultar su conmoción.

–Ahora que tengo a Jamie, me apetece tomarme unas vacaciones largas. Tú nos acompañarás, por supuesto. Su esposa es estadounidense, lo cual te resultará agradable.

***

Reese y Gabi estaban sentadas en unas tumbonas del patio que rodeaba la piscina de la villa de los Simonides y observaban a los bebés en sus respectivas hamacas. La pequeña Cristiana tenía el cabello tan rubio como el de Jamie era negro.

Reese no había envidiado a nadie hasta ese momento, pero envidiaba a Gabi, ya que disfrutaba del amor de Andreas y el de su bebé.

Miró a su alrededor. La casa de los Simonides era tan maravillosa que resultaba imposible describirla. Una miríada de villas blancas con formas de cubos colgaban junto al risco en el que predominaban las flores y el verdor casi hasta el mismo borde del agua. Allí, la arena blanca se mezclaba con el océano de tonalidad verdoso que dejaba sin aliento.

Esa mañana los hombres habían salido temprano a pescar, pero volverían para el almuerzo. Las vacaciones de Reese habrían sido como estar en el paraíso si Nick y ella fueran amantes, pero no era el caso. Se había comportado como el jefe perfecto, aunque amable y generoso y le había dejado mucho tiempo libre para poder disfrutar de la estancia sin tener que atender a Jamie a cada segundo.

Gabi era un encanto. Había sido la directora de una agencia de publicidad en Alexandria, Virginia, de modo que tenían mucho en común. Se habían caído bien en el acto y habían volado a Atenas varias veces para conocer a otros miembros del clan Simonides. Fueron de compras y a la ópera, pero la mayor parte del tiempo lo pasaban en el fabuloso yate de lujo de Andreas, de un blanco reluciente y quince metros de eslora.

Con los bebés, los cuatro visitaron las maravillas de la isla y disfrutaron de las playas únicas. Pero ese momento idílico se acercaba velozmente a su final. Al día siguiente tenían billete de avión para Nueva York.

Después de nadar, cuando todos estaban almorzando alrededor de la mesa del patio, Nick la miró.

–He arreglado que esta tarde una de las doncellas se ocupe de Jamie para poder llevarte a una playa que no has visto.

–Es nuestro sitio preferido en Milos –comentó Andreas, apoyando una mano sobre la de su esposa.

–Suena maravilloso –murmuró Reese, aunque algo en su interior le decía que sería una tonta si pasaba tanto tiempo a solas con él.

–Bien, y como ya tienes puesto el bañador, en cuanto terminemos de comer, nos iremos.

Reese se bebió lo que le quedaba de limonada y se levantó para darle un beso a Jamie.

–Sé un buen chico. Volveremos pronto –el reconocimiento del bebé le encendió el corazón.

–Bajaremos por aquí.

Zigzaguearon senda abajo hasta el muelle privado en el que a ambos lados había embarcaciones diferentes. Nick eligió una pequeña lancha motora en la que todavía no habían navegado.

Cuando la ayudó a subir, sintió fuego por el brazo. De algún modo, necesitaba desactivar sus hormonas. Pero no sabía cómo hacerlo.

Después de entregarle un chaleco salvavidas y pedirle que se lo pusiera, soltó los cabos y retrocedieron hacia la bahía azul. En cuanto dejaron atrás las boyas, aceleraron sobre las aguas cristalinas del Egeo. Fue algo glorioso.

Él giró la cabeza y le dijo:

–No existe en el mundo una playa como la que vas a ver.

–No puedo imaginarme nada más hermoso que las que ya hemos visitado.

–Papafragas es diferente. ¿Te lo has pasado bien hasta ahora? ¿Sientes que te has alejado de tus estudios y preocupaciones?

Le dedicó una sonrisa plena.

–¿Pasármelo bien? Es como preguntarme si me he divertido en el paraíso.

–Hay niveles de emoción, incluso en el paraíso.

Ella apartó la vista. Que Nick la amara y le hiciera el amor sería la cúspide, la única parte que jamás conocería del paraíso.

Al rato se aproximaron a otra parte de la isla. Él apagó el motor y el impulso adquirido los llevó hacia la entrada de una cueva.

–Desde aquí, iremos a nado –Nick se incorporó y echó el ancla–. Si te cansas, el chaleco te mantendrá a flote y yo te remolcaré el resto del trayecto.

Ante la idea de que la tocara una vez más, sintió una descarga de adrenalina que la empujó a levantarse. Sin esperarlo, saltó al agua y se metió por la entrada de la cueva. Una vez dentro, vio que se trataba de un

estanque natural, largo y parecido a un fiordo, rodeado de paredes de roca blanca.

–¡Es fantástico!

«¡Es fantástico!» respondió el eco. Reese rió encantada.

Él la alcanzó y nadaron de costado, sin dejar de mirarse, hasta el otro extremo.

–Hay media docena de cuevas aquí. Si tuviéramos más tiempo, podríamos explorarlas.

Tiempo. Su enemigo.

A cincuenta metros había una franja de arena blanca cálida debido al sol que encontraba un paso entre las paredes de roca. Nick llegó primero y la ayudó a subir. Los dos se tumbaron boca arriba.

–Tenías razón, Nick. Esta playa es increíble.

–Suenas feliz.

–Feliz no. Es algo tan superior, que no encuentro una palabra adecuada que exprese cómo me siento ahora. –Entonces reconoces que tú también necesitabas unas vacaciones.

Ella dejó escapar un sonido exasperado.

–Sabes que sí. Llevaba tanto tiempo en la universidad que casi olvidé lo que es jugar. La risa profunda de Nick resonó contra las paredes. Ella le sonrió. –Suenas como Poseidón, que sale del mar para descansar porque también es feliz.

–Lo soy. Cuando pienso en el lugar oscuro en el que me hallaba antes de contratarte, me es imposible identificarme más con él. He de agradecértelo a ti. No hay manera de que pueda pagarte por enseñarme a ser padre con mi hijo.

Sus ojos se llenaron de unas lágrimas que luchó por contener.

–Lo acabas de hacer con este viaje. Andreas y Gabi son las personas más agradables que he conocido. Ha sido una experiencia que atesoraré toda mi vida.

–Me alegro, entonces –comentó con voz ronca. Con rapidez, se puso de costado y la atrajo hacia él–. Reese... –apoyó la mano en su brazo...

Pero ella no estaba destinada a sucumbir a las necesidades que bullían en su interior, porque cuatro personas bajaban por las rocas desde la superficie del extremo de playa en que se encontraban ellos y las voces ya producían ecos.

Oyó un gemido de protesta de Nick antes de que se pusiera de pie y la ayudara a levantarse. Sus ojos se fundieron con los de ella.

–Una serpiente ha entrado en el paraíso. Vámonos.

A pesar de lo mucho que odiaba esa intrusión, los nadadores

probablemente le habían impedido que le confesara todo y que le suplicara que le hiciera el amor. En esa ocasión no habría tenido la voluntad de negarle nada.

Otros nadadores llegaban desde el otro extremo de la entrada de la cueva. Al parecer era un sitio muy popular a última hora de la tarde.

Durante el trayecto de regreso, Nick permaneció inusualmente callado. Ella lo agradeció, ya que no estaba de ánimos para mantener una conversación social. Menos mal que se iban por la mañana. Ya no podía soportar esa proximidad, sabiendo que carecía de futuro.

En cuanto atracaron, le dijo que necesitaba ir a darse una ducha. Después, relevaría a la doncella de cuidar a Jamie y lo vería en la cena.

Resultó ser una cena familiar llena de niños y de amor.

Se sintió contenta de que llegara la mañana y los tres subieran al helicóptero que los llevó a Atenas. En cuanto regresaran a Nueva York, recobrarían su vida habitual. Nick iría a trabajar y ella seguiría adorando al bebé y llevándoselo a todas partes hasta...

No podía pensar en ese *hasta.* La idea de trasladarse a su nueva habitación diminuta e iniciar su beca sin ellos le resultaba una maldición.

CAPÍTULO 9

REESE había pasado una noche horrible en Milos y al final había logrado quedarse dormida después de un llanto prolongado.

Una vez sentados en el jet privado de Nick y después de darle un biberón a Jamie, se sentía tan agotada, que Nick le quitó al bebé de los brazos y le dijo que durmiera.

No despertó hasta que se encendió el aviso de que se abrocharan los cinturones. Jamie iba sujeto en su asiento, profundamente dormido. Reese miró a Nick.

–Lamento haber dormido tanto.

–Es evidente que lo necesitabas.

La miraba de forma algo extraña. No lo entendía.

–¿Sucede algo?

–En absoluto.

El jet aterrizó y se detuvo delante de un hangar privado. Por la ventanilla vio bajar a Paul de la limusina y caminar hacia ellos. Con Nick, todo funcionaba con la máxima puntualidad.

Se desabrochó el cinturón y se puso de pie para estirarse. Paul subió a bordo y la saludó con un gesto de la cabeza antes de llevarse a Jamie del jet. Reese se volvió hacia Nick y vio que sonreía.

–Se te ve descansada.

–Lo estoy. ¿Cómo se comportó Jamie durante el vuelo?

–Estuvo perfecto.

¿Por qué seguía ahí de pie, mirándola otra vez de forma tan peculiar?

–Y todo gracias a ti, por el cuidado experto que le brindas. Ahora es tu turno de disfrutar de unas semanas antes de iniciar tu beca de aprendizaje en Miroff. Mi piloto tiene instrucciones de llevarte a Lincoln en cuanto yo baje del avión.

¿Qué? Su mundo comenzó a darle vueltas.

–Andreas y yo hablamos sobre el tema y consideramos que lo mejor era que Jamie y tú tuvierais una separación amistosa. Durante nuestra estancia en Grecia lo han cuidado muchas doncellas. Con suerte, se adaptará a la nueva niñera que Leah me ha encontrado. Como no tengo queja alguna

sobre ti, voy a confiar una vez más en su buen juicio.

¿La enviaba de vuelta a Nebraska de esa manera?

–Por favor, acepta mi gratitud por todo lo que has hecho y este último regalo. Como tu jefe, tengo derecho a dártelo –sacó un sobre del bolsillo y se lo entregó–. Dentro hay un billete de avión para cuando vuelvas a Nueva York en dos semanas.

–No podría aceptarlo –le costó hablar, ya que se le había resecado la boca.

–Si ésa es tu decisión, pero me gustaría que la reconsideraras –se lo quitó y lo dejó en el asiento del jet junto al que ella había ocupado–. La fecha de regreso ha quedado abierta por si no planeabas volver justo hasta el día en que empieces a trabajar en Miroff. Y como te ingresé el sueldo de tres meses en tu cuenta el día en que viniste a trabajar para mí, creo que no queda ningún cabo suelto.

No. Nada. Absolutamente nada.

–Le he dado instrucciones a Rita de que guardara el resto de tus pertenencias. Paul las ha traído al aeropuerto.
Las están subiendo a bordo ahora mismo. Como seguro que tus padres querrán saber que vas a ir, ¿por qué no los llamas antes de que el piloto esté listo para despegar?

–Lo haré –respondió embotada.

–Si necesitas algo, pídeselo a la azafata.

–Lo haré. Dale un beso de despedida a Jamie.

–Por supuesto –la estudió un momento más–. Miroff tendrá suerte de incorporarte a su empresa. Que tengas un buen vuelo.

–No puedo enfrentarme a la familia esta noche, mamá. Ayer cuando llegué, pensé que sería capaz –había estado limpiando las mazorcas de maíz mientras su madre preparaba la ensalada para la barbacoa. Su padre se hallaba en el exterior encargándose de la parrilla. En un rato, toda la familia se presentaría en masa.

–Sé que estás destrozada, y por eso mismo necesitas hacerlo.

Las lágrimas cayeron por su rostro bronceado.

–No sabes el dolor que siento. De verdad creí que Nick también se había enamorado de mí. Soy tan tonta que me cuesta creerlo.

Su madre le dedicó una mirada compasiva.

–¿Sabes lo que vas a tener que hacer? –cortó dos hileras de tomates y cebollas en partes perfectas–. Dejar esta experiencia atrás. Comprendo que es fácil decirlo, pero, en cierto sentido, él te ha hecho un gran favor. Otras dos semanas de vivir bajo el mismo techo habrían hecho que la separación

fuera casi imposible. Debes pensar en Jamie.

–Tienes razón –se limpió las mejillas húmedas con el dorso de la mano–. Adoro a ese pequeño. No te haces idea de lo encantador que es.

–Estoy segura de que él te adora a ti. La visita al hospital os unió.

–Lo sé –musitó con voz ahogada.

–Gracias a la generosidad de Nick, disponemos de dos semanas para hablar de esto sin que tengas que preocuparte por el dinero o un horario.

Pero era una agonía estar lejos de Nick. Cada vez que pensaba en él y en Jamie, apenas podía respirar.

–¿Tienes fotos de ellos?

–Sí. He sacado copias para el álbum infantil que le hice a Jamie y me quedé con algunas. Las traeré –fue a su dormitorio y recogió el sobre de la cómoda–. Éstas son las que saqué el día que montamos juntos la habitación del bebé. Y aquí hay algunas que tomé cuando fuimos a Milos.

Su madre se limpió las manos y las estudió. Cuando terminó, sus ojos grises lo decían todo.

–Creo que tu dolor tardará en desaparecer. Es una suerte que vayas a tener que trabajar tanto en Miroff.

Su madre tenía razón. Necesitaba a la familia alrededor. Su hermana Carrie no tardaría en llegar con los niños. La distracción ayudaría, pero en cuanto terminara el fin de semana, todos se irían a casa y ella volvería a ser prisionera de sus recuerdos.

No sabía cómo lograría pasar el resto de su vida sin Nick y Jamie, pero, para su sorpresa, al día siguiente continuaba con su vida, y al otro. Su padre la puso a trabajar en el almacén de madera, lo cual la salvó. Se dedicaba a contestar el teléfono y a hacer diversas cosas que pudieran surgir.

El viernes de la segunda semana su madre llamó a la oficina.

–Me alegro de que contestaras tú. Acaba de llegar una carta certificada para ti. ¿Quieres que la abra?

El corazón de Reese se desbocó. Racionalmente sabía que no era de Nick, pero su alma gritaba que lo fuera.

–Por favor. Podrían ser los resultados de mi examen, aunque pensé que me los enviarían por correo electrónico.

–Bueno, tú eres su mejor estudiante.

Sonrió a pesar del dolor.

–Es una carta de Miroff y Hooplan. ¿Quieres que te la lea?

Había esperado las directrices finales de ellos, pero no pudo evitar sentirse embargada por una profunda decepción.

–Sí. Necesito saber cuándo he de volver.

–Veamos. Es muy corta. «Estimada señorita Chamberlain, felicidades

por su nuevo nombramiento. Por favor, preséntese en nuestra oficina el lunes 29 de agosto a las nueve de la mañana para un curso de orientación que durará hasta las cuatro de la tarde».

–Eso es dos días antes de que quede libre mi apartamento...

–No te preocupes. Tu padre y yo queremos pagarte un hotel decente hasta que te establezcas.

–Sois maravillosos. Gracias, mamá.

–Termina: «Ansiamos trabajar con usted. Mi más cordial saludo, Gerald Soffe, Vicepresidente de Asuntos Internos». Bueno, cariño, ya es oficial.

El taxi la dejó ante la sede de Miroff en Broadway. Había decidido ponerse un traje estival de dos piezas de color melón. Quizá más adelante pudiera librarse y llevar coleta, pero ese día lucía el cabello suelto. Caía por un costado y mostraba la tendencia a ondularse por la humedad.

Entró portando el maletín que contenía su ordenador portátil.

–Soy Reese Chamberlain. Se me ha indicado que me presentara ante el señor Soffe –le indicó a la recepcionista.

–Segunda puerta por ese pasillo, a la izquierda. La está esperando.

–Gracias –al caminar, se dio cuenta de que no sentía el entusiasmo que debería haber experimentado. En las últimas dos semanas había estado deprimida. Regresar a Nueva York lo empeoraba.

Al ver el nombre en la puerta, la abrió y encontró a otra recepcionista que alzó la cabeza de cabellera pelirroja.

–Usted debe ser la señorita Chamberlain.

–Sí.

–Pase.

–Gracias.

En cuanto entró en el despacho de ese hombre, vio una figura familiar sentada detrás del escritorio.

¡Era Nick!

Había mantenido el bronceado desde el regreso de Grecia y le había crecido el pelo negro. Con un traje veraniego de un gris perla, una camisa gris más oscura y sin corbata, se lo veía de un atractivo increíble.

–Hola, Reese –la recorrió lentamente con la mirada sin perder un solo detalle, desde la cabeza hasta los zapatos de tacón bajo–. Entra y siéntate.

No hizo falta que se lo dijera. Al dejarse caer en el sillón más próximo, estaba sin aire y las piernas ya no podían soportarla.

–¿Có... cómo está Jamie? –tartamudeó como una boba.

–Aparte de que te echa de menos, perfecto.

Comenzó a temblar y no pudo parar. –¿Qué está sucediendo? ¿Dónde se encuentra el señor Soffe? –Es amigo mío. Le pedí que desapareciera mientras hablaba contigo primero.

Se dijo que quizá estuviera alucinando.

–¿Por qué harías algo así?

–Cuando mi tío Lew nombró a Rich Bonner para ser el becario de otoño, cometió un error. Tú eras la máxima candidata de Wharton, pero como ya sabes, los «aristócratas» no consideran a las mujeres iguales que los hombres, de modo que eligió al señor Bonner, quien era el segundo de su clase.

Reese quería morirse.

–Jamás me perdonarás por eso, ¿verdad? ¿No sabes cuánto lo lamento? –exclamó en un arranque de emotividad.

–No hay nada por lo que sentirse culpable. ¡Si es la verdad! Aclaré las cosas con Gerald. Se ha puesto en contacto con Bonner, quien vendrá a trabajar a Miroff en unos pocos días.

Al oír eso, Reese sintió como si se hallara en un sueño extraño en el que nada era como debería ser.

–No creas que no agradezco lo que has intentado hacer por mí, Nick, pero no quiero que nada cambie, ya que no tengo intención de trabajar para tu corporación. A pesar de ser una mujer, Miroff me contrató. Pienso hacer que se sientan muy satisfechos con su decisión.

La estudió un instante.

–En ese caso, tendrás que cruzar la calle conmigo para visitar a Greg, el hijo de Lew. Lo conociste la noche que cenamos en el Club Náutico. Debes comunicarle a él lo que acabas de decirme a mí. Entonces, él lo arreglará con Gerald y con tu amigo Rich –rodeó el escritorio y recogió el maletín de ella–. ¿Vamos?

Esquivaron a la gente en la acera atestada y al final cruzaron la entrada de la firma de su familia.

Nick saludó con un gesto de la cabeza a la recepcionista y continuó hacia los ascensores.

–Greg nos espera en su despacho –salieron en el tercer piso y cruzaron una puerta con el letrero *Gregory Wainwright, Presidente.*

¿Presidente? Ese puesto lo ostentaba Nick.

Antes de que pudiera preguntar qué significaba eso, Leah Tribe salió a su encuentro.

–Volvemos a vernos, señorita Chamberlain.

La señora Tribe era la secretaria de Nick. ¿Qué estaba pasando?

–¿Cómo está, señora Tribe?

–No podría estar mejor. Tengo entendido que va a trabajar para nosotros. ¿Qué le parece?

–Me temo que ha habido un error. Necesito hablar con el señor Wainwright.

–Oh... –la secretaria pareció sorprendida–. Pasen. Los está esperando.

Llevando aún su maletín, Nick la condujo por la puerta interior.

Reese recordaba a su primo, quien se puso de pie. Era un hombre de treinta y tantos años con cierto parecido a Nick, aunque era más bajo y se lo veía menos en forma.

–¿Greg? Ya conoces a la señorita Chamberlain. Al parecer ha habido un error. Tiene la intención de permanecer con Miroff y tú recibirás al señor Bonner, según lo planeado.

Su primo pareció desconcertado, pero antes de poder decir algo, por el interfono sonó la voz de Leah Tribe.

–Lamento molestarlo, señor Wainwright, pero Stan necesita un minuto de su tiempo por algo que no puede esperar.

–Voy para allá, Leah. ¿Nick? –se volvió hacia él–. Si puedes hacerle compañía a la señorita Chamberlain, volveré en cuanto pueda.

La puerta se cerró y los envolvió el silencio. Él se sentó detrás del escritorio y ella encontró un sillón enfrente. –¿Te dejaron marchar debido a lo sucedido en el Club Náutico? –No, fue mi elección. De hecho, dimití antes de ir a Grecia contigo y Jamie.

–¿Por qué? –preguntó aturdida–. No lo entiendo.

La miró largo rato.

–Porque quería estar libre. Verás... Voy a casarme de inmediato. Podrías decir que emprenderé una vida nueva. Reese pensó que iba a desmayarse, pero no dejaría que él supiera cómo la afectaba esa noticia.

–¿Con alguien a quien conoces desde hace tiempo?

Él ladeó la cabeza.

–¿Recuerdas el día en que entraste en mi limusina por primera vez?

–No creo que necesites una respuesta a esa pregunta. –No creo que debieras haberme formulado esa pregunta en primer lugar –replicó–. ¿Con quién más podría casarme que no fueras tú?

La sangre martilleó en sus oídos.

–Habla en serio, Nick –la voz le tembló.

–Nunca haría otra cosa con la mujer que está a punto de convertirse en mi esposa y en la madre legal de Jamie. Votamos durante nuestra estancia en Milos, y decidimos que eras tú o nadie. Andreas y Gabi secundaron la moción.

»Ésta es mi proposición. Nos casamos en Nebraska y tenemos la luna

de miel allí. Quiero conocer a tu familia. Luego volvemos al ático y tú empiezas a trabajar. Yo seré un padre residente mientras tú terminas tu aprendizaje.

Era imposible que hubiera oído bien.

–Cuando termines en Miroff y te gradúes –prosiguió él–, cuidaremos juntos de Jamie mientras decides dónde y cuándo vas a abrir tu empresa bursátil. Lo harás a tu manera. Cuando estés preparada para tener un socio, yo seré tu hombre entre bambalinas.

–*Nick...*

–Estableceremos mi despacho en el otro dormitorio al final del pasillo, como quisiste hacer al principio. Trabajaré para ti en casa. Cuento con que tengas un éxito enorme, porque serás tú quien gane el dinero para los dos, empezando con el estipendio que obtendrás siendo una becaria. Verás, le he legado toda mi herencia a la familia.

Ella se quedó boquiabierta.

–El dinero que gané me permitió comprar el ático. Pero representa mi antigua vida con Erica. Cuando tu empresa despegue, quiero venderlo y comprarnos una casa fuera de la ciudad. En alguna parte de una zona residencial donde Jamie y otro hermano o hermana puedan jugar con otros niños en la calle y tengan un perro. El resto lo invertiré para el futuro de nuestros hijos.

–Oh, *cariño...* –se levantó, rodeó la mesa y se lanzó a sus brazos. Le rodeó el cuello con los suyos, tan feliz que le era imposible hablar. A cambio, comenzó a sollozar–. Nick... os quiero tanto a Jamie y a ti. No sabes...

–Demuéstramelo –le susurró, aplastándola entre sus brazos.

Ninguno fue consciente de que la señora Tribe había entrado hasta que habló.

–Me gusta lo que veo. Me gusta mucho.

Nick retiró la boca de la de Reese.

–Menos mal que eres tú, Leah.

Al cerrarse la puerta, ella volvió a darle un beso lleno de urgencia. No podía tener suficiente y jamás podría, pero una vez más volvieron a interrumpir su euforia. En esa ocasión oyó el llanto de un bebé, pero había perdido el sonido del de un recién nacido.

–¿Jamie?

–¿Quién más? Viene para que lo abraces y lo beses, pero esta vez tendrá que esperar su turno.

Miroff cerraría por Navidad el día dieciocho, lo que sería el último día

de trabajo de Reese como becaria. Pero cuando unos días antes fue a ver a Gerald para decirle que tenía una sorpresa especial para Nick que requería que se tomara el último día libre, su jefe se lo concedió encantado.

De hecho, le entregó una bonificación enorme por su trabajo sobresaliente. Luego le ofreció un puesto en la empresa. No había esperado ninguna de las dos cosas y se sintió abrumada.

Después de expresarle su gratitud, le informó de que no podía aceptar porque Nick y ella tenían otros planes. Pero se lo agradeció con un sentido abrazo y le entregó el regalo de Navidad. Era una caja de trufas de chocolate de la bombonería preferida de Gerald. Le había dado el mismo regalo a Leah.

El día diecisiete, se despidió de su marido y de su hijo con un beso y fingió marcharse a trabajar. Como siempre, Paul la esperaba ante la entrada del edificio. Al subir a la limusina, le pidió que la llevara al apartamento que había alquilado en agosto. Sin saberlo Nick, durante los últimos cuatro meses Paul la había estado conduciendo hasta allí casi todos los días laborables durante su descanso para almorzar.

Al bajar al intenso frío, se acercó a la ventanilla que él bajó.

–Esto es para ti. Feliz Navidad –le entregó el regalo que le había hecho grabar. Era un anillo de oro con un deslumbrante ónice en él. En el interior ponía *Siempre Fiel.*

–No sé qué haríamos Nick y yo sin ti –sonrió–. Hasta luego.

Él le guiñó un ojo.

–Estoy impaciente por ver la cara de Nick cuando venga con él.

–Yo también.

Al marcharse, fue hacia la entrada de la antigua librería casi desbordada por el entusiasmo. Un toldo grande y elegante a rayas blancas y negras le daban un aire completamente nuevo a la parte frontal de la tienda y captaba la vista de los transeúntes. Leyó las letras doradas en la limpia puerta de cristal con una guirnalda de acebo encima.

Chamberlain & Wainwright, Corretaje Bursátil.

El resto del día lo dedicó a envolver regalos y a depositarlos debajo del árbol iluminado de Navidad que había en el centro de la estancia. A las dos todo estaba listo arriba y abajo.

Sacó el teléfono móvil y llamó a Nick.

–¿Reese? –preguntó él con cierto grado de ansiedad.

–Hola, cariño.

–¿Va todo bien? Por lo general no me llamas a esta hora del día.

–Todo va bien. Sólo estoy cansada y me apetece salir temprano. Gerald me ha dado el resto del día libre. He pensado que si Jamie y tú veníais a

recogerme, podríamos disfrutar de una cena temprana en un lugar acogedor que he encontrado.

–Iremos ahora mismo. ¿Seguro que estás bien? Has estado trabajando con tanto ahínco que te has dejado la piel y estás extenuada.

–No más que tú. ¿Vendréis pronto? Os echo mucho de menos a los dos.

Convencido de que algo iba mal, Nick llamó a Paul y le pidió que tuviera el coche en la entrada del edificio. Fue al cuarto del pequeño, al que aún le faltaba media hora para despertar de su siesta, pero no había otra opción. No era típico de Reese llamar por la tarde. Por lo general, era el momento en que mantenía las reuniones con su personal.

–Lo siento, amigo.

Jamie seguía medio dormido cuando le cambió el pañal y le puso su traje de nieve azul con la falsa piel blanca alrededor de la capucha. Guardó unos biberones en la bolsa de los pañales. En cuanto se puso el abrigo, bajaron.

Ese debía ser el último día de trabajo de Reese en la empresa. Su esposa era un torbellino y necesitaba relajarse. Después de que descansara unos días, podrían ir a comprar un árbol navideño. Sumido en sus pensamientos, lo sorprendió ver que giraban en Broadway con la Séptima. Había empezado a nevar. ¿Qué estaba pasando?

Habló por el intercomunicador:

–¿Paul? ¿Has tenido que dar un rodeo?

–No. Su esposa llamó y me pidió que los dejara en el restaurante para ahorrar tiempo. Ya sólo quedan unas pocas manzanas.

–¿Te sonó bien? –preguntó ceñudo.

–Perfectamente.

Al rato, se detuvieron en el tráfico intenso. Nick bajó y alzó el asiento de Jamie. Paul rodeó el vehículo y le entregó la bolsa de los pañales.

Cuando miró alrededor, dijo:

–No veo un restaurante por ninguna parte. ¿Estás seguro de haber apuntado la dirección correcta?

–Está justo ahí, delante de usted, Nick.

Lo único que podía ver era una especie de negocio. En el toldo vio las palabras *Chamberlain & Wainwright, Corretaje Bursátil.*

Miró la puerta de entrada con las mismas palabras grabadas con letras doradas. A través de la nieve que caía, un árbol de Navidad con docenas de luces de colores lo llamaba detrás del cristal.

–¿Hace cuánto que estás al corriente de esto?

–Unos cuatro meses.

–¿La has estado ayudando?

–Llevándola a un sitio u otro durante su hora para comer. Me regaló esto –alzó la mano para mostrarle el anillo que llevaba–. Tiene una dedicatoria.

Cuando le contó lo que ponía, Nick sintió un nudo en la garganta. No había nadie más estimulante, considerada, amable y llena de sorpresas que su amada esposa.

–Gracias por ayudarla, Paul.

–Ha sido un placer. Estaré a mano cuando necesiten que los lleve a casa.

Fue hacia la puerta.

Reese no pudo esperar más y la abrió.

–Feliz Navidad anticipada, cariño.

Nick entró y cerró a su espalda. Lo primero que hizo fue poner el asiento de Jamie en el suelo y luego aplas

tarla entre sus brazos. A ella no le importó la nieve que recibió. –No sé cómo lo has hecho –comentó–, pero lo has *hecho.* Sus bocas se unieron en un profundo éxtasis. Permanecieron el uno en los brazos del otro largo rato.

–El señor Soffe me dio una bonificación –le explicó cuando la dejó respirar–. Fue suficiente para comprar los muebles y la equipación de oficina.

–¿Dónde encontraste este lugar? ¿Cómo te arreglaste?

–Cuando alquilé la parte de arriba pensando que viviría aquí mientras trabajaba para Miroff, el negocio iba a cerrar. El señor Harvey, del banco, era uno de los clientes que llevaba en la empresa. Le conté la idea que tenía para mis propios planes y estuvo dispuesto a concederme un préstamo para arreglar todo el lugar sin un aval. Eso fue gracias a ti, cariño. Pero tengo que obtener beneficios para el año próximo con el fin de devolvérselo. ¡Ahora sí que me siento asustada!

Nick rió, la alzó y dio vueltas. –¿De qué? ¡Estoy convencido de que puedes lograr lo que quieras! –Usé parte del dinero que me pagaste para contratar a Toni para que pintara el lugar.

–¿El camarero? Bromeas.

–Espero que eso no te moleste. Pinta casas y apartamentos en sus horas libres para obtener dinero mientras estudia por la noche. Fue él quien también me puso el toldo. Creo que ha hecho una labor maravillosa.

La miró antes de llenarle el rostro de besos.

–Creo que tú eres maravillosa.

–Gracias por estar ahí en cada paso del camino. Nunca había conocido una felicidad semejante. Ahora yo quiero hacerte feliz a ti. Quítate el abrigo y sígueme arriba.

Mientras él obedecía, ella sacó a Jamie del asiento.

–Qué guapo estás con tu traje impermeable para la nieve. Podría comerte a besos –él no dejó de reír mientras Reese se alternaba para besarle las mejillas y el cuello–. Te adoro, pequeñín –alzó la vista y vio el amor en los ojos de Nick–. Ven conmigo.

Los tres subieron la escalara de caracol hasta el estudio. Reese había comprado un corralito que había situado junto a la cama matrimonial. Introdujo a Jamie en él y le entregó una pelota de su mismo tamaño.

–Con la cocina diminuta a un lado de la habitación, apenas queda espacio para maniobrar.

–Me gusta cuando estamos tan cerca que nada se interpone entre nosotros –le susurró sobre el cuello. Le rodeó las caderas y antes de que ella se diera cuenta, habían caído sobre la cama–. Me encanta esta innovación, señora Wainwright.

–Supongo que vendrá bien para pequeños descansos en los próximos siete meses y medio.

–¿De qué estás hablando? –murmuró.

Ella sonrió con expresión secreta.

–Ya me has oído. Se te conoce por poseer un cerebro de ordenador que te catapultó a ser el anterior presidente de Sherborne & Wainwright. Nadie se creería que no eres capaz de calcular el significado de un número tan simple como siete y medio.

Él frunció el ceño.

–Quizá si bajamos y abrimos algunos regalos, lo entenderás –añadió Reese.

–Dame una pista ahora –le volvió a reclamar la boca en un beso profundo inagotable.

–Aunque no vamos a necesitarla hasta julio, la he comprado ahora en las rebajas. Está en la limusina.

Más silencio. Y de repente él se sentó en la cama. En su rostro apareció la expresión ansiosa y trémula del júbilo.

–¿Estás embarazada? –inquirió–. Pero tú tomabas la píldora.

–No, no la tomaba. En nuestra luna de miel una noche me hablaste de ese sueño en que le dabas casi de inmediato a Jamie un hermanito o una hermanita para que no creciera solo como te pasó a ti. Dijiste que por supuesto sabías que era imposible y descartaste el tema.

»Cuando te quedaste dormido, pensé en ello toda la noche y supe que tenías razón. Yo crecí con hermanos y no puedo imaginarme ser hija única. Tampoco quería eso para Jamie.

Le enmarcó el rostro con la mano.

–¿Has ido al ginecólogo?

–Sí. Es el mismo que me recomendó Leah. Me gusta. Ha dicho que todo va bien.

–*Reese...*

Se tumbó y le pasó la mano por el estómago.

–¿De verdad estás contento con la noticia?

–Vaya pregunta.

–Me alegro, porque yo también lo estoy. De hecho, me siento extasiada. Ya nos arreglaremos.

–Después de cuidar de Jamie, ¿qué más da otro?

Ella rió y se puso encima de él.

–Para un hombre que no sabía cambiar un pañal, te has ganado el premio al padre del año. Para celebrarlo, he pedido algo especial para ti. ¿Por qué no bajas a verlo? Es la caja con la cinta roja alrededor.

–Ahora vuelvo –regresó en un minuto.

Ella se apoyó en un codo.

–Adelante, ábrelo.

Como un niño, arrancó el envoltorio en un abrir y cerrar de ojos.

–¿Qué es esto? –sacó la botella–. Vino Deer Springs de Lincoln –la miró con una sonrisa–. ¿Producen vino en Nebraska?

–Es asombroso. Y también muy bueno. La etiqueta te informará de que procede de una uva robusta llamada Edelveiss capaz de soportar el frío, el calor y los vientos de las praderas.

–Ésa bien podría ser la descripción de mi niñera de Nebraska que soportó todo lo que se topó en el camino y ahora es una fuerza poderosa en el mundo de la Bolsa –fue a la cocina y encontró unos vasos de papel que ella había comprado. Después de descorchar la botella, se sirvió un poco. Luego volvió a sentarse al lado de ella en la cama–. Salud, mi amor embarazado –brindó con profunda voz aterciopelada–. Que nuestra sociedad dure para siempre.

–Algún día beberé por eso. Te amo, Nick. Para siempre.